



Manuel Brioso y Candiani

“Manuel Brioso y Candiani”

p. 171-272

*Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*

Álvaro Matute Aguirre (selección de textos, prólogo y estudio introductorio)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas/Fondo de Cultura  
Económica

1999

480 p.

(Sección Obras de Historia)

ISBN 968-16-5584-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/364/pensamiento\\_historiografico.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/364/pensamiento_historiografico.html)

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



---

## MANUEL BRIOSO Y CANDIANI

---

### LAS NUEVAS ORIENTACIONES PARA LA CONSTITUCIÓN DE LA HISTORIA *Exposición compendiada de la "Teoría de la historia" de A. D. Xéropol*

#### CAPÍTULO I

#### *Sucesión y repetición universales*

Vengo a exponer los pensamientos capitales de la obra del profesor rumano A[lexandru] D[imitriu] Xéropol, intitulada *Teoría de la historia*, y a juzgarla con el fin, en ambos trabajos, de alentar a los que se dedican a escribir sobre los sucesos históricos. Cuando sea preciso, transcribiré los párrafos íntegros de dicho libro.

La obra a que me refiero ha sido objeto de numerosos trabajos críticos, según se asienta en el preámbulo de ella; traducida por don Domingo Vaca, e impresa en Madrid, en 1911.

El primer capítulo trata de la repetición y de la sucesión universales, y en él, el citado profesor establece una distinción entre los fenómenos de la naturaleza, que son iguales en esencia, y que llama *de repetición*, y los hechos que se presentan únicos y con desemejanzas profundas, aunque, desde otros puntos de vista, pueden ser semejantes, hechos a los cuales los denomina *de sucesión*.

Para entender esa distinción hay que apelar a ejemplos que voy a escoger y que no son todos los que el autor propone.

Cuantas veces soltemos de nuestra mano una piedra, otras tantas caerá al suelo, siguiendo una dirección vertical; todos los días sale el sol por el oriente y se oculta por el occidente.

Aunque en la caída de las piedras pueda haber pequeñas diferencias de altura, porque no esté la mano a igual distancia del suelo, y aunque la luz del sol sea en unos días más intensa que en otros, resulta que la caída de las piedras siempre presenta la

misma línea vertical, y la salida del sol, las mismas apariencias al ascender sobre el horizonte. La caída de las piedras, como la salida y la ocultación del sol, están, pues, sujetas a lo que se llama una ley de la naturaleza.

Pero hay otros casos que no son como éstos; por ejemplo, la formación del Valle de México, en la época en que se destacó con su superficie generalmente plana, con sus volcanes, y con las montañas que la circundaron; la guerra de Independencia, que comenzó con el grito de Dolores y que acabó con la entrada del ejército trigarante a México. Estos hechos no se han repetido ni se repetirán jamás, si no es como simple movimiento terráqueo el primero, y como guerra el segundo; pero no con las particularidades de uno y otro, que ambos nos ofrecen, las cuales los hacen diferentes de otros movimientos terráqueos y de otras guerras contra el poder sobre las colonias sojuzgadas. A hechos como éstos, los llama Xénopol, hechos *de sucesión*, con los cuales, por el encadenamiento que los unos tienen respecto de los otros, se forman, no leyes, sino series.

El profesor rumano, para hacer esta distinción entre los hechos de repetición, sujetos a leyes, y los de sucesión, que sólo pueden formar series, establece cuatro clases en los mismos:

1ª Los fenómenos universales, ya se trate del espacio o del tiempo, como el de rotación de los planetas sobre su eje, y su traslación alrededor del sol, y el flujo y reflujo de las mareas.

2ª Los fenómenos universales en cuanto al tiempo, pero individuales por lo que toca al espacio: *v. gr.* la inclinación del eje de la tierra sobre la elíptica, la casi perpendicular que presenta el eje de Júpiter, y la casi horizontal del de Venus.

3ª Los fenómenos universales, en lo que toca al espacio, pero individuales en lo que toca al tiempo, como, por ejemplo, las formaciones de las capas terrestres, los animales desaparecidos y las transformaciones de los organismos vegetales y animales, hechos que han ocurrido en distintas partes de la tierra, pero que ya no se han presentado otra vez.

4ª Los fenómenos individuales, tanto con relación al espacio como con relación al tiempo: *v. gr.* la civilización egipcia, sólo del Valle del Nilo; la de Babilonia y de Asiria, en la Mesopotamia; la de los griegos, la de Roma, etcétera, que corresponden exclusivamente a comarcas especiales, pero no reaparecerán, a lo

menos como manifestaciones de la vida egipcia, de la vida babilónica y asiria, de la vida griega ni de la vida romana.

Xénopol da tanta importancia a la historia, que pretende que ésta sirva de base para clasificar las ciencias. Rechaza la clasificación de Bacon, basada en los conceptos de nuestras facultades (memoria, imaginación y razón), porque Bacon considera la historia en una acepción distinta de la que le corresponde; no acepta tampoco la clasificación de Comte (matemáticas, física, química, biología y sociología) ni la de Ampère que se basa en la distinción entre los fenómenos de la materia (ciencias cosmológicas), y los del espíritu (ciencias noológicas,) porque las juzga arbitrarias, puesto que reúnen lo que debe estar separado, y separan lo que debe estar reunido. Para el profesor rumano, la base de la clasificación de las ciencias está en la distinción que él hace entre los fenómenos de repetición, que conducen a formar el grupo de las *ciencias teóricas*, y los fenómenos de sucesión, a los que se contrae el grupo de las *ciencias históricas*.

Tomada esa base, siguen las subdivisiones así:

En las ciencias teóricas: a, *de la materia*, física, química, astronomía, biología, fisiología, etcétera; b, *del espíritu*, matemáticas, psicología, lógica, economía política, derecho, sociología, estáticas, etcétera, etcétera; en las ciencias históricas: c, *de la materia*, geología, paleontología, teoría de la herencia; *del espíritu*; ch, historia, en todas sus ramas.

Como se comprenderá, esta clasificación es tan arbitraria y tan incompleta como las otras; tan arbitraria, porque también reúne cosas que deben estar separadas y separa otras que deben reunirse; y tan incompleta, porque lo mismo que la de Comte, no comprende la filosofía, que es la más importante de todas las ciencias.

Así es que si la base tomada por Xénopol es valiosísima, puesto que hasta hoy no se había hecho la distinción que él hace entre los fenómenos de repetición y los de sucesión; si esa base, repito, es valiosísima para los estudios científicos, no puede aceptarse sino como provisional, y eso, cuando se trate de consagrarse de preferencia a los estudios históricos.

Adolece la clasificación de Xénopol del mismo defecto que tiene la de Bulnes, respecto de las razas. Este escritor nuestro, en su primer libro sobre *El porvenir de los pueblos latino-americanos*,

*ante las conquistas de la Europa y de los Estados Unidos*, clasificó a las razas sólo según su modo de alimentación (raza del trigo, raza del maíz y raza del arroz), olvidando que toda clasificación, para ser natural, necesita tener en cuenta todos los órganos y todos los caracteres. Xénopol, lo repito, incurre en el mismo defecto, pues sólo toma en cuenta, para la clasificación de las ciencias, la repetición y la sucesión, sin considerar la naturaleza de los fenómenos, ni las concepciones de nuestro espíritu, al examinarlos y separarlos en grupos, según los caracteres que presentan.

## CAPÍTULO II

### *Doble forma de la causalidad*

Bajo este rubro, el profesor rumano escribió un capítulo que ofrece un singular contraste, pues en la sección inicial en que trata de la “Realidad de la ciencia” se expresa con tal oscuridad y con tal vaguedad, comentando opiniones de otros autores, que nada se saca en limpio de sus párrafos, poco menos que enigmáticos; pero, en cambio, al referirse a “Los dos elementos de la causa; la fuerza y las condiciones” se presenta como un sabio profundo, como un revelador, pues da una explicación de lo que se llama causa, tan acertada y tan elocuente, que en vano buscaríamos otra más satisfactoria en los libros de los filósofos modernos.

Muchos de los sabios de los últimos tiempos, al explicar lo que debe entenderse por causa, no precisan los caracteres de ésta; pues unos la definen: *el antecedente constante e invariable de un fenómeno*; otros, creyendo dar una explicación que juzgan la más comprensiva, nos dicen que la causa de un fenómeno, *es otro fenómeno más general, en el que está comprendido el primero*, y así pasan a decir, por ejemplo, que el rayo es un caso particular de los fenómenos eléctricos, lo cual no nos ilustra; porque desde que hemos tenido el uso de la razón, hemos comprendido que la causa es cosa distinta del efecto; que en la causa hay una fuerza, una virtud, un algo, del que nace lo que llamamos efecto, y la noción más clara de ese concepto de causa la adquirimos cuando pensamos que, después de la decisión de nuestra voluntad, sigue a esta decisión el acto, ya se trate de andar, de sentarnos o de tomar alguna cosa entre las manos.

Xénopol, en esa segunda sección, en su capítulo segundo, ha llegado a señalar los caracteres que nos servirán para saber lo que es causa; y en verdad que su definición, además de feliz, porque nadie la había expuesto hasta hoy tan bien como él, es utilísima en su libro, puesto que, como veremos al llegar al concepto que forma de la historia, no concibe que haya hecho histórico alguno que no esté explicado por la causa que lo ha producido. Expongamos, pues, en breve resumen, lo que el profesor rumano entiende por causa.

Todo fenómeno, dice, es siempre producto de una fuerza natural que obra en determinadas condiciones de la existencia. La causa no se debe ni a la fuerza sola, como equivocadamente piensan algunos autores, ni sólo a las condiciones, a las cuales la atribuyen otros muchos.

La causa que hace andar a un tren no está sólo en la fuerza expansiva del vapor, ni en el maquinista solamente; la causa de que el tren se mueva está en la fuerza expansiva del vapor de agua, colocado en las condiciones debidas por el maquinista. Refiriéndose a esta clase de fenómenos, asevera Xénopol que, *si la fuerza no existiera, no habría motor; si las condiciones faltaran, la acción de la fuerza se perdería en el vacío*. Con motivo de éste, su concepto, critica, con fundados motivos, las opiniones de otros pensadores que no se han dado cuenta de lo que debe entenderse por causa.

Cuando la fuerza o la energía, en vez de obrar dentro de determinadas condiciones, obra en otras, el fenómeno que produce no es el mismo: esto prueba cuán necesarias son las condiciones para que la fuerza actúe. Así la gravedad hace caer, de un lado, sobre la superficie sólida del globo, todos los cuerpos más pesados que el aire o que los líquidos; pero la misma fuerza, actuando en otras condiciones, sobre cuerpos más ligeros que los líquidos, los hace que floten encima de éstos, como hace subir en el aire a los que son más ligeros que este fluido.

Por lo expuesto se infiere que no es aceptable lo dicho hasta hoy por muchos filósofos, que sostienen que *la misma causa puede producir distintos efectos*; pues no es lo mismo fuerza o energía, que causa; ésta es la fuerza o la energía obrando dentro de determinadas condiciones. Esta aseveración, la de que la misma causa puede producir distintos efectos, es absurda; destruiría, si se

admitiera, el postulado en que se basa toda ciencia; y, por otra parte, está en abierta contradicción con lo que los mismos sabios han dicho, esto es, *que la misma causa produce iguales resultados*. Es que, cuando los filósofos han aseverado esto último, han tenido en la mente la idea de la verdadera causa; y que, cuando han asentado el pensamiento absurdo de que antes se hizo mención, han confundido la causa con la energía o la fuerza, lo cual, como hemos visto, es inadmisibile, si no se tienen en cuenta las condiciones en que la energía o la fuerza actúa. Haciendo la distinción que se ha indicado, ya se puede aseverar que la misma causa produce el mismo resultado, *cuando actúa en las mismas condiciones*; que produce resultados diferentes, *cuando las condiciones son distintas*.

Explicar un fenómeno es señalar su causa, pero de tal modo, que no nos queda duda acerca de la dependencia de ese fenómeno respecto de lo que lo ha producido. Decir que la cristalización de la pirita de hierro en cubos se debe a la energía dispositiva de las moléculas no es dar una explicación, pues todo se reduce a palabras; pero asentar que la subida del mercurio en el termómetro, a causa del calor, y su descenso, motivado por el frío, están determinados por la dilatación o la contracción de las moléculas del metal, sí es explicación satisfactoria, pues responde a la necesidad que tiene nuestro espíritu de penetrar, todo lo posible, en la naturaleza íntima de los fenómenos. Para que, cuando hablamos de *fuerza que actúa*, quedemos satisfechos, es necesario que nos sea conocido el modo de actuar de esa fuerza. Sobre este punto es tan importante la exposición, que hay que copiar, textualmente, el párrafo que, a dicho punto, se contrae.

Todos los fenómenos debidos a la gravedad están suficientemente explicados por esta fuerza, puesto que sabemos que obra por *atracción mutua*, ejercida en determinadas proporciones. Los fenómenos debidos al calor, como la formación de las nubes, la dilatación, el paso de los cuerpos al estado líquido y al gaseoso, la tensión del vapor, nos son comprensibles porque sabemos el modo de obrar de esa fuerza natural, que tiende a separar unas de otras las moléculas que constituyen a los cuerpos. Por el contrario, el frío, que tiende a *hacer más íntimo el contacto de las moléculas*, aun cuando explica muchos fenómenos, deja de ser causa satisfactoria para la congelación del agua, puesto que, en lugar de disminuir, aumenta de volumen al

helarse, y este fenómeno sigue siendo un misterio, porque en él desconocemos cómo obra el frío. Los fenómenos eléctricos, que dependen del contacto de las dos electricidades, positiva y negativa, están explicados, hasta cierto punto, por el modo de obrar de los dos polos de la misma fuerza, atrayéndose, cuando son de nombre contrario, repeliéndose, cuando lo son del mismo; pero la acción de las corrientes eléctricas, la transformación del movimiento en electricidad, el electromagnetismo, etcétera, siguen sin explicación, porque se desconoce el modo de obrar de las fuerzas que representan, y estas últimas no son, para nuestro espíritu, más que simples palabras. Lo mismo ocurre con la luz, cuya acción es también desconocida, a pesar de las miles de miles de vibraciones por segundo que en ella se han contado. Por el contrario, sabemos el modo de obrar de las fuerzas que se manifiestan al través del alma humana, y, por analogía, también al través de los animales. Lo conocemos, porque se manifiesta por el órgano mismo de nuestra percepción, en nuestro interior y directamente, mientras que, en lo que respecta a la naturaleza, nuestro conocimiento está, forzosamente, limitado al exterior, y no podemos tenerlo sino indirectamente.

Por esta transcripción se advertirá que Xénopol estuvo feliz —lo que no pasa en otras partes de la obra— al explicar la naturaleza de las causas.

Concebida la causa como la fuerza que obra en determinadas condiciones, ya es fácil explicarse por qué la simple secuencia, es decir, la verificación de un fenómeno después de la de otro, no implica relación de causalidad, tema que la lógica trata cuando enseña lo que es el sofisma de *non causa pro causa*, fundado, falsamente, en el pensamiento: *después de esto; luego por esto*. En efecto, aunque el día y la noche se suceden, ni el primero es la causa de la segunda, ni la noche es causa del día; pues la causa de ambos está en la rotación impresa al globo terráqueo por el movimiento inicial, actuando en condiciones distintas de posición de la tierra con respecto al sol.

Cuando se ha dicho que un fenómeno es la causa de otro no se ha tenido en cuenta que el fenómeno que se denomina causa no es más que un elemento componente de las condiciones que una fuerza o una energía necesita para obrar como causa.

Preciso es, dice Xénopol, que intervenga una fuerza para poner en juego las condiciones y hacerlas producir el efecto. Combate,



por esta convicción, el aserto de Durkheim, por el cual se establece que la causa de un hecho social debe buscarse en los hechos que lo han precedido. De acuerdo con Xénopol, no atribuiremos la muerte de Maximiliano sólo a la ley de 25 de enero de 1862, sino también al factor singular que obraba en aquel momento: el de la aversión del ejército, triunfante en Querétaro, contra el príncipe austriaco, por las ejecuciones originadas por el decreto imperial de 3 de octubre de 1865, y, también, a la entereza de Juárez, negando el indulto, factores que, unidos a los antecedentes del fusilamiento, dan la explicación causal de éste, puesto que se sabe que don Benito Juárez estaba pendiente de la opinión pública al examinar la solicitud de indulto en favor de Maximiliano.

Al examinar la causa de los hechos no basta conocer la fuerza o la energía que los produce: es forzoso apreciar también las condiciones en que esa fuerza actúa. Por ejemplo, para deslindar responsabilidades en el incendio de los puestos de pólvora, en Oaxaca y en 1869, no basta referirse a la combustibilidad de la pólvora; es preciso pensar, también, en la imprudencia de la mujer que, para probar que su pólvora era buena, la encendió en su mano, y, por el ardor de la quemadura, dejó caer dicha pólvora encendida sobre el montón de que despachaba, lo cual originó el incendio de los demás puestos y produjo la catástrofe, inolvidable para los oaxaqueños.

Hay una sección del capítulo segundo, que se intitula: “Causa y tiempo”; en ella es preciso hacer algún esfuerzo para entender al autor. Voy a procurar dar una idea sencilla del contenido de esa sección.

Se ha creído —dice el autor— que el factor tiempo es necesario para que la causa produzca el efecto, es decir, que se necesita un transcurso para que una energía o una fuerza origine un fenómeno; pero no es así, porque en los hechos de repetición, esto es, en los que están sujetos a leyes, la causa obra concomitante con el efecto, siempre que la génesis del hecho proviene de una o de varias fuerzas que actúan sobre un solo grupo de condiciones. El movimiento de los planetas alrededor del sol, y la rotación alrededor de su eje, la atracción mutua de todos los cuerpos, y el fenómeno de las mareas, son fenómenos que se desarrollan en el tiempo y reclaman el transcurso de éste para realizarse; pero, en

realidad, la causa es coetánea del efecto; porque ¿cómo puede decirse, en razón, que la gravedad ha precedido a la revolución en los planetas o a la caída de los cuerpos? Podría decirse que la gravitación, origen de la revolución de los planetas, existía anteriormente; pero el movimiento rotatorio existía ya en la rotación del sol sobre sí mismo, y, si es preciso remontarse hasta el comienzo de las cosas, ese movimiento estaba en los centros de la materia cósmica. Ocurre lo mismo, aunque con algunas diferencias, cuando se trata de hechos en que parece que el tiempo ya no hace un papel pasivo; en el de la fusión de los metales, por ejemplo, en que podría creerse que es necesario el calor para la disgregación de las moléculas; en este caso, como en el de la influencia del calor sobre la vegetación, por más que parezca que se necesita el tiempo, se advierte que la causa, esto es, la energía calorífica, empieza a funcionar desde el momento en que esa energía entra en contacto con las condiciones de su actuación, y cesa en el momento en que esas condiciones desaparecen.

Hay otra tercera clase de fenómenos, en la que, con más fundamento aparente, pero siempre ilusorio, podría creerse que el tiempo es factor importante: *v. gr.*, el caso del arco iris, que supone que habrá que esperar a que la lluvia haya cesado en el lugar en que estamos, y a que el sol se encuentre en determinada posición, para producir el espectro; el del rayo, que supone la acumulación de la electricidad en las nubes y en un cuerpo terrestre; pero se advertirá que en estos casos, inmediatamente que las condiciones se encuentran, la fuerza se añade a ellas e impulsa al fenómeno a manifestarse; el efecto se produce al mismo tiempo que la causa, siendo ésta, según se ha dicho, la cooperación de la fuerza con las condiciones.

Entra después Xénopol a rectificar sobre este punto los juicios de Stuart Mill, de Schopenhauer y de Fonsegríes, y concluye haciendo notar que en los hechos de repetición, por más que, a veces, parezca lo contrario, la causa, esto es, la fuerza latente, es concomitante con el efecto, puesto que actúa desde el momento en que existen determinadas condiciones.

Como advertirán los que me escuchan, o los que lean estas líneas, el profesor rumano se contradice en lo que asevera y dejo extractado; se contradice puesto que, para él, la causa de los fenómenos no está sólo en la energía o en la fuerza que obra, sino

también en las condiciones que acompañan a estos fenómenos; y como estas condiciones sí requieren a veces tiempo, para presentarse, resulta que el factor tiempo, aun en los fenómenos de repetición, no desempeña un papel enteramente pasivo en la producción de los hechos.

No se me tache de presuntuoso; yo procuro siempre, al apreciar el pensamiento de un autor, examinar la congruencia y la armonía de sus asertos; y por lo que he dicho, tomándolo del texto, no queda duda de que Xénopol se contradice, al aseverar: primero, que por causa debe entenderse la fuerza o la energía que obra, unida a determinadas condiciones; y después, que en los fenómenos de repetición, la causa debe considerarse concomitante siempre con el efecto. Esto último sólo podría admitirse si hubiera aseverado que la causa de los hechos está, únicamente, en la energía; pero como afirmó que las condiciones son necesarias también para el concepto de causa, y estas condiciones sí requieren el tiempo para presentarse, resulta que hay una manifiesta contradicción en esa parte de la obra.

Dado este antecedente no creo necesario detenerme para exponer cómo distingue Xénopol la *anterioridad* de la *irrevertibilidad*, a fin de refutar a los que confunden a ésta con aquélla, pues dice que los teoremas geométricos dependen de los axiomas, pero que éstos no dependen de aquéllos. A esta circunstancia la llama irrevertibilidad, y sobre ella diserta, para concluir sobre el punto de la no influencia del tiempo en la causa de los fenómenos de repetición. Siendo falsa la base de que parte, por la contradicción que he hecho notar, creo que está de sobra examinar esa distinción que opone a otros autores entre la anterioridad y la irrevertibilidad.

Hay otra sección del capítulo segundo, la que se denomina: "Otros caracteres de la causalidad de repetición", en la que el autor diserta, no con la claridad que fuera de desearse, acerca de cómo la relación entre la causa y el efecto viene a estar sujeta a una ley, esto es, a lo que los sabios llaman *ley de causalidad*; y acerca del hecho de que la forma sucesiva de los fenómenos de repetición, que se determina por el examen de esos fenómenos, es de poca fuerza y choca pronto con el misterio de la causa última. No creo necesario examinar esa sección, que pertenece más a la filosofía de las ciencias que a la historia; pero sí copio aquí un aserto con-

tenido en ella, y que a su tiempo comentaré; está en el párrafo que dice así, después de haber hablado de las condiciones de la causa, en los fenómenos de repetición:

Pero hay condiciones que no se producen en cuanto al espacio, sino tratándose de cuerpos individuales, y que, por tanto, no se encuentran sino una sola vez en la variedad infinita de los mundos. Tales son las que presentan los planetas y que constituyen los elementos a través de los cuales se realizan la rotación y la revolución alrededor del sol. Estas condiciones dan origen a la diferente distribución del calor solar en las distintas regiones de cada uno de los planetas. Están determinadas por el ángulo de inclinación del eje del planeta sobre su órbita, inclinación que es absolutamente especial en cada uno: veintitrés grados en la Tierra; casi perpendicular en Júpiter, y casi horizontal en Venus, etcétera. Estas inclinaciones especiales, particulares a cada planeta, constituyen circunstancias de espacio, *únicas para cada uno de ellos*, y excluyen, por tanto, el elemento universal del segundo componente de la causa de los fenómenos, las condiciones. No obstante, aun cuando individualizada en punto al espacio, no por eso deja de dar origen esta distribución a leyes, y se puede hablar perfectamente de la ley de la sucesión de las estaciones, o de la alternativa de los días y de las noches, en tal o cual planeta; pero esta ley será diferente, según los planetas: porque las condiciones materiales del espacio son distintas en cada uno de ellos. Si las causas, cuyas condiciones están individualizadas, en punto al espacio, poseen, no obstante, el carácter de leyes, esta cualidad no puede serles atribuida, sino porque su producción no tiene límites *en el tiempo*, porque es eterna; a lo menos, con respecto a nuestra existencia humana. Pero esta circunstancia prueba que el principio de *que no hay ciencia más que de lo general*, es demasiado absoluto. Las ciencias tienden efectivamente a generalizar todo lo posible; pero deben muchas veces tomar en consideración elementos individuales.

He copiado el párrafo anterior, para que se vea en qué funda Xénopol su tesis de que no es tan absoluto el principio de Aristóteles, de *que no hay ciencia más que de lo general*, porque después voy a combatir ese aserto del sabio profesor rumano; pero será cuando examine el carácter científico de la historia, cuando haya de comentar todo lo que sobre esto dice ese profesor. Por ahora, seguiré exponiendo, en resumen, y comentando lo que contiene su capítulo segundo.

Hemos llegado a un punto de la obra que examino, en el que el autor, como buzo de las profundidades de la historia, comienza a penetrar en la naturaleza de los sucesos humanos; me refiero al que intitula: “La causalidad en la sucesión”: ésta comprende, no como vulgarmente se cree, los hechos que se siguen el uno al otro, como lo habíamos aprendido en nuestros estudios de lógica, sino los hechos singulares, más o menos generales, por lo que toca sólo al espacio, que son individualizados por el tiempo.

Aunque la causación de estos hechos, es decir, de los fenómenos de sucesión, pueda estar sujeta también a leyes, como la de los hechos de repetición, estas leyes no se someten a condiciones idénticas, de modo que den origen al mismo fenómeno, repetido muchas veces. Por eso, los hechos que se estudian en la sucesión se nos presentan siempre como nuevos, aunque, como hechos generales humanos, presenten algunas semejanzas, y, dentro de éstas, puedan ser objeto de las generalizaciones de la sociología estática. Las desemejanzas, entre uno y otro de esos hechos, son tan profundas, que por eso resulta cada uno como singular.

En los fenómenos de sucesión no deja de haber causa, pero ésta se halla no sólo en la energía que genera esos hechos, sino en las condiciones que el tiempo, como factor importante en el caso, va presentando. Y sucede, además, que estos fenómenos, producidos por determinada causa, vienen a ser causa de otros fenómenos.

En los hechos de repetición, al remontarnos a las causas, encontramos pronto un límite para nuestra investigación, esto es, nos detenemos pronto en lo incognoscible, como, por ejemplo, al examinar la causa de la caída de los cuerpos, llegamos a señalar como tal la gravedad, o, si se quiere, lo que llamamos la gravitación; pero la causa de ésta ya no puede señalarse; en cambio, en la sucesión, encontrada la causa de un hecho vemos que éste provino de otro u otros; que éstos, a su vez, se originan de otros anteriores; y así, hasta llegar al origen de tal pueblo o de la humanidad. Por este motivo, y porque las semejanzas entre los hechos de sucesión valen muy poco, enfrente de las desemejanzas que presentan, no se estudian tales hechos como uniformidades, a la manera que pasa en física, en química, en biología y en la sociología estática, esto es, no se estudian en leyes, sino en series, o sea, las disposiciones de esos hechos, enlazados en el tiempo los unos con los otros. Valgámonos de ejemplos tomados, no como

los de la obra, de la historia de Rumania, sino de la nuestra. Preguntémosnos, por ejemplo, por qué existe como independiente la República Mexicana. Si nos atenemos solamente a los grandes anillos de la cadena, encontramos la causa de este hecho en la proclamación del Plan de Iguala. Analicemos los elementos de esta causa: impulso de los insurgentes para tener un gobierno autonómico, e interés de las clases acomodadas y ricas de librar a la colonia de la influencia de las ideas reinantes en España, y de conseguir que la Iglesia se emancipara de la tutela del poder civil, que la había sojuzgado por las prerrogativas del regio patronato. Las condiciones fueron, entre otras, la convicción, entre los jefes del ejército virreinal, de que no podrían acabar con el anhelo de la independencia en los insurgentes; y en éstos, el deseo de realizar esa independencia, por la que habían luchado durante 10 años, así como la confianza que tenían, unidos insurgentes y realistas, de que se constituiría el pueblo nuevo sobre bases de duración. Las condiciones de esa causa las dan los hechos precedentes: por lo que toca a los insurgentes, los ejemplos de amor a la independencia, ofrecidos por los angloamericanos contra Inglaterra; por los franceses, contra su monarca y contra los prusianos y los austriacos; por los españoles, contra la invasión francesa en 1808 y por estos mismos, cuando depusieron al virrey Iturrigaray, sin contar con la voluntad del gobierno español; y por lo que toca a las clases que tenían a su cabeza a Iturbide, la aversión a la Constitución de Cádiz, restaurada, que era contraria a sus intereses y a sus aspiraciones.

Si queremos remontarnos de esas causas a otras anteriores encontraremos que los mexicanos se lanzaron a la lucha por su independencia, desde 1810, porque los mismos españoles los habían ilustrado y les habían dado con sus enseñanzas los medios de creerse aptos para gobernarse por ellos mismos; y que los realistas de la colonia (criollos, mestizos o españoles que habían vivido en las comodidades que les proporcionaban sus fueros y sus prerrogativas) por instinto comprendieron que, de seguir en España las cosas como iban, aquellos sus intereses desaparecerían o sufrirían sensible menoscabo. Remontándonos más, esto es, buscando los orígenes de estos hechos, llegaremos de examen en examen, hasta el instinto de conservación, o la tendencia a la lucha por la existencia.

He citado, siguiendo el mismo plan de Xénopol, un hecho de nuestra historia; mas como se trata aquí de un punto de importancia, quiero aclarar más los conceptos del autor, reproduciendo otro pasaje por él aducido; dice así:

Consideremos también, en sus grandes etapas, la sucesión de los hechos que produjeron la gran revolución francesa. Su causa más cercana fue la organización política de Francia, tal como era a fines del siglo XVIII. Como fuerza, esta causa se debe a la tendencia de todo poder a abusar de su preponderancia; como condiciones, a la ruina del sistema feudal, cuyo poder político habían destruido los reyes de dicha nación, sin dejar de mantener sus privilegios sociales. La ruina del sistema feudal tuvo por causa la lucha de los reyes, ayudados por la burguesía y por el pueblo bajo, contra los señores. Fuerza: lucha por la existencia, y tendencia de predominio; condición: organización feudal que impedía cualquier progreso. El sistema feudal, a su vez, tiene su causa explicativa en el establecimiento de los germanos en la Galia romana. Fuerza: mezcla de los pueblos y tendencia a la dominación de los recién venidos; condiciones: destrucción de la organización romana, falta de orden, necesidad en los débiles de buscar la protección de los poderosos. Aquí, la causalidad se bifurca también: de un lado se remonta, de escalón en escalón, al través de la decadencia romana, hasta la expansión romana; de otro, a la de los bárbaros; pero por ambos lados se eleva a lo menos hasta el origen de las sociedades.

Por los casos citados se advierte que, en los hechos de sucesión, la cadena en que se van enlazando las causas, es decir, las fuerzas y las condiciones, es muy extensa. Esto no pasa al examinar la causalidad de los hechos de repetición, que es limitada y que a pocos pasos se detiene en lo incognoscible, como lo hemos hecho notar, hablando de la caída de los cuerpos, respecto de la que llegamos a la gravitación, sin que podamos precisar cuál es la causa de ésta. Cuando entre los factores productores [*sic*] de los hechos se encuentran el azar o la acción personal de un individuo o de varios, la cadena de la causación tampoco es muy extensa. Por ejemplo, si consideramos la energía de Juárez como una de las causas de la reforma, al buscar la causa de la energía, no podemos remontarnos, a lo menos con certeza, a la causa de que se derivó: porque las personalidades, como fuerzas, son ya

indescifrables para nosotros, y allí tiene que detenerse el análisis de la causación. ¿Cómo podríamos explicar por qué apareció Juárez en el escenario de nuestra historia, no como un simple hombre, sino con aquel carácter inflexible que lo ha hecho inmortal?

Después de esas importantes consideraciones que habían de servir para dar a la historia su verdadera naturaleza, entra Xéno-pol a otros de menos interés, pero no desatendibles, acerca: 1º de cómo se combinan con causas más generales, las que corresponden al influjo de los hombres y al azar; 2º de la necesidad que hay, lo mismo en la historia que en todas las ciencias, de buscar las causas, aunque muchas de éstas no se hayan encontrado hasta hoy, y 3º de cómo, a la inversa de lo que han sostenido otros pensadores, las causas más precisas y más claras, en la historia, son las de los hechos más generales y no las de los que abarcan un campo más reducido. Después de esas consideraciones, inserta el párrafo que va a verse y que contiene una de las aseveraciones más inesperadas para los que han buscado en la historia las revelaciones para lo porvenir; dice así:

Es preciso también observar que el encadenamiento sucesivo no es nunca fatal y necesario *a priori*. En historia, dada la causa, no la sigue siempre el efecto, y sí, sólo después de que éste se ha producido, se muestra como consecuencia necesaria de la causa. Es lo único necesario: porque, entre varios efectos posibles, es el único que se ha realizado. Los hechos históricos no vienen a ser fatales e irrevocables, sino después de su realización. *Lo que ha sucedido, debía suceder, puesto que así ha sido*, ése es el pensamiento fundamental de la historia. Este fatalismo, aun cuando no pueda determinarse de antemano, no deja de ser *a posteriori* enteramente tan irrevocable como las leyes fatales de la repetición. Por eso no comprendemos mucho la utilidad de los razonamientos sobre lo que hubiera podido ocurrir...

“La hipótesis no alcanza al pasado; nada puede variar lo que una vez fue”, dice con mucho acierto Andrés Lefebre.

Es sorprendente esta tesis, porque envuelve la curiosa enseñanza de que hay hechos que son fatales, pero que no pueden preverse, como se prevén un eclipse y una reacción química. Adelante veremos que, no por la imposibilidad de prever los sucesos futuros, deja la historia de alumbrarnos de algún modo para lo porvenir.

En las ciencias de sucesión se eliminan las causas últimas, y esto les da la ventaja sobre las que versan sobre la repetición. He aquí las diferencias entre unas y otras ciencias: 1<sup>a</sup> en la repetición, la causa es concomitante con el efecto; en la sucesión, aquélla precede a éste; 2<sup>a</sup> en la repetición, la causa última rodea muy de cerca a lo incognoscible; en la sucesión, aparece relegada al infinito; 3<sup>a</sup> la causalidad, en la repetición, se manifiesta en forma de ley; en la sucesión, en forma de serie.

Nos habla al fin el autor de la “Transición entre las dos formas de la causalidad” y diserta, no con la claridad que fuera de desearse, acerca de cómo la causalidad de repetición pasa insensiblemente a la de sucesión.

Cuando el progreso supera —dice— a la repetición, ésta acaba por perder la importancia que tenía, y la sucesión viene a ser la parte principal de los fenómenos, la que sorprende y se impone al espíritu. Las grandes figuras de una nación no se cuentan, aunque sean también hechos de repetición... La literatura, la filosofía, las artes, no son cuestiones de estadísticas. La historia de los pueblos es también un fenómeno de repetición, porque la evolución de todos ellos ofrece analogías que da la naturaleza íntima, común, del ser humano; pero esta historia es de tal modo distinta, que la parte similar, el elemento repetido, no desempeña casi ningún papel, y desaparece ante el elemento distintivo de la evolución. Estas diferencias no impiden, sin embargo, hacer en cada caso las distinciones que cada ciencia exige, así como los fenómenos que unen a la física con la química no oponen obstáculo para que se constituyan la una y la otra.

En el capítulo tercero, el autor, faltando al rigor lógico, habla del carácter científico de la historia. Este punto debe ser tratado a lo último, esto es, cuando el autor haya determinado todos los aspectos y actividades que constituyen a la historia. Porque establecer que la historia es una ciencia es, realmente, encontrar en la definición de la misma lo que los estudiantes de lógica llamamos el *género próximo*, base de toda definición.

Permítaseme, por eso, los que me escuchan, o los que vean estas líneas, reserve la exposición en resumen, lo mismo que mis comentarios, para el fin, y que pase al capítulo cuarto, que trata de las opiniones erróneas acerca del objeto de la historia.

## CAPÍTULO III [SIC]

*Opiniones erróneas acerca del objeto de la historia*

El capítulo que comienza con este rubro es uno de los más importantes de la obra, pues que en él el autor explica cuál es la verdadera misión del historiógrafo. Si no fuere impropio de éste, mi trabajo, habría yo de reproducirlo íntegro a este capítulo; mas como es preciso extractarlo y comentarlo, me limitaré a estos propósitos.

En toda ciencia, lo esencial es la fijación de las verdades; pero en la historia no basta esto; se necesita la determinación de las causas de los hechos.

La historia, como otras ciencias, tiene, para constituirse, la dificultad de desvanecer las preocupaciones que a los autores arrastran a la desnaturalización del objeto que esa ciencia persigue. Y esa desnaturalización ha dependido de la tendencia en los escritores sobre dicho ramo, a juzgar, a apreciar los hechos, no por lo que la experiencia enseña, sino por los prejuicios o por el criterio personal del narrador. Preciso es, por lo mismo, delimitar la función de la historia, de modo que no conduzca a errores y sirva de enseñanza limpia e irreprochable.

Lo que ha contribuido en mucho a falsear el concepto de la historia ha sido el afán de los que sobre ésta escriben, de exponer, no lo que enseña la realidad, sino sus propias ideas, sus principios y hasta sus intereses y pasiones. Tenemos nosotros, los mexicanos, dos escritores que narraron nuestra guerra de independencia; don Lucas Alamán y don Carlos María de Bustamante. Uno y otro, al exponer los hechos de esa guerra, no fueron fieles; pues, al juzgarlos, llegaron al colmo de la desviación. Don Lucas Alamán, apasionado de los españoles, no vio en aquella guerra el pensamiento del nuevo pueblo, que aspiraba a un régimen autonómico; sólo vio crímenes y excesos; don Carlos María Bustamante, enconado contra los españoles, no advirtió que éstos, inconscientemente si se quiere, habían preparado al nuevo pueblo para la vida independiente. Las apreciaciones de uno y otro narrador no pueden llamarse de orden histórico, no sólo porque ambos desfiguraron, por la pasión que los guiaba, los hechos reales, sino porque no precisaron, como debe hacerlo la historia,

las causas de los sucesos. Sus obras son políticas, no de historia; contienen, no la expresión de lo que realmente ocurrió, sino el proceso de los insurgentes, por lo que toca a Alamán, y el de los españoles, en la obra de Bustamante; y hay en algunos pasajes algo más que un proceso: una acusación, una requisitoria, que empaña por completo la diaphanidad que se necesita para revelar el pasado, y para formar con él un caudal de enseñanzas útiles. Pero sigamos exponiendo, en extracto, las profundas observaciones que hay en el capítulo cuarto de la *Teoría de la historia*.

Preocupa a Xénopol, con razón, lo que él llama valor en los hechos históricos, es decir, la apreciación que el narrador hace acerca de los sucesos. Esa apreciación puede falsear la historia, de dos maneras: por lo que toca a la determinación de los hechos, y en lo concerniente a las causas de éstos.

Algunos han creído que, para los fines del patriotismo y de la moral, es debido presentar los hechos de modo que estimulen para la virtud y eviten los desfallecimientos. Esto es un error: el influjo de los hechos debe buscarse en los hechos mismos, no en la manera de presentarlos o de juzgarlos, desfigurándolos o mutilándolos; y la razón de esto está en que los lectores o los oyentes, si llegan a verse engañados, no se atenderán a la apreciación del narrador, sino a los mismos hechos. Los ejemplos moralizadores que puede ofrecer la historia no ejercerán influjo, sino cuando estén demostrados (o cuando menos, agrego yo, cuando se basen en lo verosímil y no en lo ficticio). No debe olvidarse que vivimos en una época en que no se está ya dispuesto a creer sólo en palabras. Por eso, aun en aquello que no es seductor para el corazón, hay que proceder con severidad, a fin de que los pueblos vean de dónde han venido sus desgracias y sus fracasos, y por eso habrán de enseñárseles las causas reales de lo que ha sucedido; porque, según Fustel de Coulanges, es peligroso confundir el patriotismo, que es una virtud, con la historia, que es una ciencia. Cuando los que escriben sobre historia y sobre glorias nacionales no se inspiran en la realidad, y, llevados por fines patrióticos, exageran o falsean los hechos, no es difícil que el fracaso responda a ese noble pero insensato anhelo. Recuérdese la patriotería española, efecto de las excitaciones de los escritores, en el fracaso de la guerra con Cuba, a fines del siglo XIX; y no se olvide que Pi y Margall, mes a mes, iba advirtiendo a sus compatriotas los pe-

ligos a que se exponían, y que, casi profeta, por el conocimiento del pasado, presentía lo que habría de llegar, y que llegó: la desaparición del dominio español en la Perla de las Antillas.

Aunque la historia no puede servirnos, como la astronomía, para predecir algún hecho con el conocimiento del pasado, puede, sí, sernos útil para hacernos advertir la marcha que las cosas habrán de tomar. Y esto fue lo que sirvió al insigne español a quien hemos citado para alumbrar a sus compatriotas, señalándoles los errores que estaban prohiendo, y el desenlace, funesto para ellos, que no se hizo esperar mucho tiempo: la pérdida del dominio en Cuba.

Tomando por base lo sucedido, el historiador puede favorecer la evolución del pueblo, en el sentido del bien, sin necesidad de inventar causas, o de formular procesos o sentencias que no estén fundados sobre los hechos.

Mucho es ya que la historia nos enseñe cuál es nuestro presente, y nos haga comprenderlo, pues así sabremos cuáles son nuestras capacidades para el mañana.

Lo que Xénopol llama *historia-censura*, esto es, la historia escrita no para presentar la serie, encadenada por la relación de causa a efecto de los hechos, sino para hacer triunfar determinados principios, es una falsa ciencia. El historiador, en esta clase de estudios, se erige en acusador o defensor, en vez de ser un revelador de la realidad. Pero la historia-ciencia no puede ni debe seguir este camino.

Tratándose de los caracteres, esto es, del modo de ser de los personajes, debe distinguir en éstos el fondo natural y el carácter histórico. El fondo natural sólo es apreciable en hombres de notable relieve, como Morelos y Juárez; si se trata de otros de menos importancia, de aquellos que han figurado poco tiempo, es fácil apreciar su modo de ser propio; pero si han vivido mucho, como Santa Anna, por ejemplo, para comprenderlos y presentarlos, hay que tomar en consideración la influencia que en ellos ha ejercido el ambiente moral y político en que han vivido. Para que se comprenda cómo sobre el natural modo de ser de un personaje histórico influye el medio, Xénopol dice así:

No citaremos más que un ejemplo, el de Tiberio, analizado por Beulé, y que prueba superabundantemente que el monstruo de la isla de

Caprea fue producto más bien de las circunstancias, que de disposiciones innatas. Tiberio era un hombre como nosotros, mejor dotado que nosotros. Aquel descendiente de los ilustres Claudios, si hubiera vivido en tiempos regulares, y en un país libre, habría sido moderado, enérgico, útil y, por consiguiente, dichoso; quizá habría dejado gloria pura, como la mayor parte de sus antepasados. Pero nació y creció en un medio insano, rodeado de detestables ejemplos, sometido al contagio de la omnipotencia; conoció todos los apetitos, todas las ilegalidades, todas las pasiones; pasó por la bajeza, el miedo, la desesperación, la servidumbre voluntaria, el destierro, antes de que un cambio brusco de fortuna le arrojara al trono, envilecido y enervado, en medio de los peligros, de las traiciones, de las adulaciones, de las sospechas; de suerte que sufrió, por espacio de cerca de medio siglo, una desmoralización lenta que le degradó, que le puso por bajo de la animalidad y le llevó a la rabia y al frenesí. Por el contrario, un carácter como el de Napoleón, es mucho más constante. Los hechos le asignan como marco, el mundo; pero no habría sido otro, aun en las más modestas condiciones de fortuna, y todavía, en este caso mismo, ¿puede sostenerse que el carácter de Napoleón no se ha modificado bajo la presión de los hechos, o al menos que ciertas partes de su carácter no se han modificado a expensas de los demás?

Por esto, no podrá jamás pintarse con una sola pincelada el carácter de los personajes históricos. Hacerlo, cuando un personaje entra en escena, es anticipar su desarrollo ulterior; resumirle al fin de su vida es condensar hechos separados por el tiempo y que no se parecen unos a otros. La exposición del carácter, para ser verdadera, ha de hacerse a medida que se forma (es lo que hizo Prescott con Cortés, pues fue describiendo las modificaciones que sufrió éste, después de su vida de colono; más tarde, como conquistador, y por último, como reconstructor de lo que había destruido). Debe partir esa exposición del fondo humano, por pálido que nos parezca, desde el momento en que entra en escena, y desarrollar una por una las particularidades que la marcha de la vida le hace contraer.

Necesito detenerme algo en este punto. No se advierte en lo expuesto hasta aquí por Xénopol, ni en toda la obra, si acepta o no acepta la idea de la libertad humana, base de la responsabilidad; ni si es o no es partidario del determinismo; pero sí reconoce, en varios trances de la misma, que ciertos hombres influyen en la dirección que toman los sucesos. Si esto es verdad, se infiere que no siempre es incontrastable la influencia del medio

y de la raza, y que la voluntad humana significa un factor para el progreso o la retrogradación de los pueblos. Si se conviene en esto, no puede aceptarse sin limitaciones la doctrina del autor, en la cual se condena todo juicio del historiador acerca de determinados personajes.

Bien está que, tratándose de los hechos, el que escribe la historia los exponga como han pasado realmente y no como él quiere que aparezcan; y bien está también que, para comprender esos hechos y para enlazarlos en series, no se expongan más causas de ellos que las que resulten comprobadas. Pero, tratándose de los hombres que, cediendo a sus pasiones, o dejándose llevar por otros más enérgicos, han contribuido de algún modo a las desgracias de un pueblo; y asimismo, cuando se examina a los hombres superiores, a los héroes y a los propulsores del humano progreso, preciso es que se condene la conducta de los primeros, y se ensalce la de los segundos. Si el historiador hubiera de limitarse sólo a la exposición de los hechos y de sus causas, sin condenar a los hombres depravados, y sin aplaudir a los que han rayado a una altura moral no común, resultaría la historia cómplice de las tiranías, e inútil casi para el progreso moral; porque muchos perversos, apoyándose en ella, en el determinismo histórico, reclamarían la irresponsabilidad, y no reconocerían freno; y, por otra parte, habría que borrar todas las páginas de gloria de que se enorgullecen los pueblos, y arrojar al cesto los panegíricos que alientan a los salvadores sociales.

No creo que la historia, que es la maestra del hombre y que siempre es temible para los tiranos (recuérdese que Santa Anna mandó recoger y destruir la obra en que se condenaba su conducta en la guerra con los Estados Unidos del Norte), no creo que la historia, repito, deba, con enseñanzas frías, convertirse en un soplo letal que apague los entusiasmos para el heroísmo y para todas las virtudes cívicas; ni que se convierta en un impulsor del despotismo, señalando solamente los hechos y las causas de éstos, y dejando de ser la voz de la conciencia pública, que ajusticia a los opresores de los pueblos. Xénopol, que probablemente no conoce a nuestro historiador de los hechos más salientes en la Intervención y el Segundo Imperio, tal vez ignora también cómo se mostró disgustado el dictador Santa Anna cuando vio revelados sus manejos indecorosos en nuestra guerra del 47. El

profesor rumano cree, según se infiere por lo que dice, que la historia sólo puede ser leída por el común de los hombres; pero olvidó que también los tiranos la leen, porque la temen, y que las censuras de los historiadores pueden alguna vez evitar o disminuir los atentados de los déspotas.

Tal vez esto haya querido decir, en el fondo, Xénopol, al referirse a lo que es el proceso que la realidad y no el juicio del historiador, formulado implícitamente en la historia, escrita sin pasión; pero, si no ha de entenderse el pensamiento de Xénopol en este sentido, no acepto su doctrina, porque con ella quedaría libre de toda condenación, por ejemplo, el dictador Santa Anna; y no habría razón para ensalzar a hombres como el segundo conde de Revillagigedo, como Hidalgo, como Morelos, como Bravo, como Mina, como el Pensador Mexicano, como Gómez Farías, como Ocampo, como Ramírez, como Altamirano y como Juárez, que, según don Joaquín Baranda, son los ungidos por la gloria en el martirologio de los mexicanos.

Don Fernando Iglesias Calderón, a quien cito en otro lugar de estos comentarios, como crítico profundo y sagaz de nuestros escritos históricos, ha formulado severos juicios contra Santa Anna y contra Maximiliano, haciendo ver la traición del primero y las deslealtades del segundo; y no podrá caer bajo la censura de Xénopol, porque ninguno de los cargos por él formulados ha dejado de fundarse en pruebas satisfactorias.

En lo que sí hay que convenir con el autor de la *Teoría de la historia* es en que no es fácil, ni aun posible en algunos casos, apreciar con toda exactitud la influencia ni la responsabilidad de muchos hombres públicos, precisamente porque el medio en que esos hombres han actuado ha sido factor para arrastrarlos hacia determinada senda.

Tratándose de la apreciación de los hechos, cuanto éstos sean más generales, y más extensa la esfera de los espíritus que dominan, tanta menos divergencia habrá en la apreciación de esos hechos y de las personalidades que con ellos se relacionan. ¿Quién ha puesto en duda, por ejemplo, la rectitud administrativa del virrey, segundo conde de Revillagigedo, o la suma de conocimientos enciclopédicos del Pensador Mexicano? En esferas menos amplias, ya hay más divergencia de pareceres. “Con bastante frecuencia, la lucha entre los escritores tendrá por objeto hacer

prevalecer un credo, un principio o una doctrina, lo que enturbiará la corriente de la historia.”

Condema Xénopol, con sobrado fundamento, las aseveraciones de los historiadores, cuando éstos, procediendo como Beulé, al referirse a que pudo el pueblo romano recobrar su libertad, al morir Augusto, quieren que los pueblos hagan lo que debían hacer, y no aquello a que su decadencia los conduce. En efecto, ¿qué fenómeno más inevitable, entre nosotros, que el de la sumisión de los jefes militares y de no pocos hombres civiles a la voluntad del general Victoriano Huerta, en 1913, después de tantos ejemplos de infidencia, en el cuerpo del ejército, y de la supresión del civismo que había resplandecido desde Ayutla hasta las postrimerías del gobierno de don Sebastián Lerdo de Tejada, supresión debida al sistema político que se derivó de la revuelta de Tuxtepec?

Los juicios del historiador sobre el pasado deben suprimirse, aun cuando parezcan los más razonables: porque no son los que determinan los del público, que se basan en el conocimiento de la realidad. La historia escrita, bajo la inspiración personal del historiador, será obra sectaria, no científica. En cambio, el alegato más elocuente será el que los mismos hechos reales inspiren. La verdad histórica no está más que en la reproducción de los hechos pasados, y en la de sus causas comprobadas. Querer hacer otra cosa es como si un químico dijera pestes contra el rayo o contra las substancias tóxicas, porque aquél o éstas pueden dañar al hombre. Véase sobre este punto con cuánta profundidad razona el autor.

Los hechos que forman la historia son objeto de debate, de crítica, en tanto se realizan; los personajes que los introducen en la realidad de las cosas son muchas veces escarnecidos, insultados, calumniados o colmados de elogios, por los diferentes partidos que luchan por la vida. No se deposita de manera suave y tranquila, en los archivos del pasado, el material de la historia. Marcan cada paso, la sangre o las lágrimas de alguno. Es la vida, que se descarga poco a poco de su peso, y lo deposita en la tumba de los muertos. El proceso que origina la historia es semejante a los grandes trastornos que dieron origen a los depósitos de que se han formado nuestras montañas y llanuras. En los mares hirvientes, las rocas eran trituradas, machacadas, reducidas a polvo; poco a poco, el mar se calmaba y depositaba en el fon-

do la arena fina que constituye las capas actuales. Lo mismo ocurre en la historia. Los tiempos presentes, con sus pasiones, sus intereses momentáneos, aguzados unos contra otros por la lucha vital, impulsan a los hombres a destrozarse, a odiarse, a acabar unos contra otros. Pero los hechos se cumplen de una u otra manera, los rencores se olvidan, los intereses se avienen al nuevo orden de cosas, y la muerte viene a extender su bálsamo consolador sobre las heridas todavía abiertas. El depósito histórico empieza a formarse, y pronto será capaz para que en él asiente la historia. Se comprende que, si el papel de los partidos políticos, de las sectas religiosas, de las escuelas literarias o artísticas, se asemeja a los elementos que la naturaleza arranca de su seno para alimentar las convulsiones terrestres, el historiador no tendrá motivo alguno para tomar parte en esas luchas, cuyas peripecias se limita a narrar, como tampoco el geólogo podría atender en otra forma a los fenómenos de la corteza terrestre, sino para conocer su evolución. El historiador sólo difiere del geólogo en cuanto a que los fenómenos que está llamado a exponer son obra de la humanidad, cuyas convulsiones constituyen la historia.

Se puede, hasta se debe, combatir por lo que se juzga verdadero, en tanto las corrientes no se han estratificado en el pasado, en tanto contienen hechos en vías de realizarse; pero en cuanto vencedoras han llegado a ser factores de la historia, toda censura o aprobación es vana y sin objeto. Las más elocuentes recriminaciones no harán desaparecer los hechos realizados.

Ya he expuesto mi opinión acerca de esta tesis del autor, que no repruebo sino que interpreto, para que la historia nos sea útil.

Después de esas consideraciones, entra Xénopol en otras sobre cómo, en la apreciación de las causas de los hechos, es donde más influye el espíritu sectario, o la inspiración personal del escritor, citando a Taine, que no precisó las verdaderas causas del Terror; y a los que han atribuido la Reforma a la ambición del monje Lutero, o a causas generales, lo mismo que a los que han señalado las causas de la guerra franco-prusiana; y hace notar que, a medida que el tiempo pasa, va siendo menos apasionada, y más cercana a la verdad, la determinación de las causas.

Formula nuevas conclusiones, que no creo ya necesario reproducir; pero las formula, después de haber hecho observar que en historia, como en las demás ciencias, no siempre se pueden precisar las causas, y que hay que mencionar sólo las que estén bien conocidas.

Ya hemos hablado de cómo Alamán y Bustamante no hicieron realmente la historia de nuestra guerra de independencia; pero es tan importante este punto que creo conducente copiar a la letra lo que Xénopol dice acerca de Taine, autor de *Los orígenes de la Francia contemporánea*; se expresa así:

Este eminente escritor, que ha expuesto con una abundancia de pormenores verdaderamente extraordinaria, la historia de la revolución francesa, en vez de limitarse en asunto tan vasto y profundo, a dejar que hable, con su autoridad indisputable, la lógica de los hechos, juzga conveniente criticar el gran acontecimiento, cuyas peripecias expone, y quiere demostrar que la revolución era inútil; que no eran necesarias otras reformas que las que fueron concedidas voluntariamente por los cuadernos de la nobleza y del clero, y por la declaración del rey. “Era suficiente eso —dice Taine—, porque así todas las necesidades reales quedaban cumplidas.” Hace seguir esta afirmación de una serie de consideraciones que deberían probar “que toda la sangre vertida, todos los horrores de la revolución eran inútiles; que no se podía reformar el estado de la sociedad, de un día a otro; que un sistema nuevo de instituciones no funciona sino por un sistema nuevo de hábitos, y que decretar éste es querer edificar una casa vieja”. Tal es, sin embargo, continúa Taine, la obra que los revolucionarios emprenden al rechazar las proposiciones del rey, las reformas limitadas, las transformaciones graduales. Según ellos, su derecho y su deber consisten en rehacer totalmente la sociedad; así lo ordena la razón pura, que ha descubierto los derechos del hombre y las condiciones del contrato social.

Taine no se limita a exponer la historia de la revolución francesa; hace el proceso de ella. Por eso, todo su libro se resiente de esa falsa concepción de la historia. Quiso juzgar la revolución y condenarla. Hubo de dirigir sus investigaciones, sobre todo, a descubrir las pruebas de que tenía necesidad para lograrlo. “Los resultados a que estas investigaciones condujeron, podrían —como dice Monod— ser aceptadas por todos los espíritus libres de prejuicios revolucionarios, pero con tres condiciones: 1ª si Taine hubiera mostrado la diferencia entre las ideas falsas de las constituyentes y las consecuencias que de ellas se dedujeron; 2ª si hubiera indicado que los crímenes de los jacobinos tuvieron por resultado no solamente ideas falsas, sino una situación interior y exterior violenta que enloquecía los ánimos; 3ª si hubiera determinado algunas restricciones y matices.”

Monod insiste en el particular, en el artículo necrológico que consagra al gran escritor. Nota en él, con disgusto, “que Taine había aban-

donado la serenidad procedente de su determinismo filosófico. No se contenta con describir y analizar, juzga y se indigna; en vez de mostrar, simplemente, en la caída del Antiguo Régimen, en las violencias de la Revolución, en la gloria y en la tiranía del Imperio, una sucesión de hechos necesarios e inevitables, Taine habla de culpas, de errores y de crímenes". No queremos investigar los móviles que han impulsado a Taine a apartarse, en su última obra, del espíritu verdaderamente científico de la historia, que se ve en todos sus escritos anteriores, y a infringir él mismo el principio que le había guiado hasta entonces "de que la ciencia no proscribiera ni perdona, sino que hace constar y explica". Nos contentaremos con observar que, a pesar de la inmensidad del trabajo depositado en *Los orígenes de la Francia contemporánea*, Taine no ha hecho una historia de la época, sino una obra de partido. ¿Por qué? Porque en vez de perseguir el encadenamiento necesario de los hechos que estudiaba, ha creído conveniente juzgarlos, como si esos hechos hubieran podido ser distintos de lo que eran; porque ha abandonado el verdadero terreno de la historia.

#### CAPÍTULO V

##### *Los factores constantes de la historia*

El capítulo que lleva este título es, entre los de la obra, uno de los que más esfuerzo reclaman para ser expuestos y comentados. En él, el autor no se expresa con la claridad necesaria, comenta no pocas opiniones y se contradice.

Para Xénopol, *la raza y el medio* no son otra cosa que jalones en la dirección que los sucesos siguen; pero no ejercen en estos sucesos acción modificadora. Estos asertos, como veremos, no concuerdan con otros de los párrafos siguientes.

Refiriéndonos al influjo de la raza, combate la opinión de Lacombe, compartida por el historiador inglés Buckle, opinión adversa a ese influjo, pero que no sostiene su autor, el cual admite, dice Xénopol, que la flema es el término medio del carácter inglés, aparte de que el mismo Lacombe asienta que todo hombre, considerado de cierta manera, es único. El profesor rumano hace notar que es contradictorio sostener que hay una complejión particular de espíritu en cada individuo, y ponerla en duda en lo que atañe a los pueblos. Para reforzar esta aseveración de lo contradictorio, aduce el hecho de la existencia de varias razas cani-

nas y aun de las variedades en éstas, concluyendo que no es racional suponer que el hombre, cuyo organismo es más complicado que el de los otros animales y mucho más capaz de dar compuestos diferentes, no se diversifique para formar los grupos que llamamos razas.

En seguida combate el autor a Mongeolle, porque éste confunde lo que es la raza con lo que es el carácter histórico de los pueblos, es decir, con el modo de ser de éstos, por efecto de los sucesos que han variado de alguna manera las tendencias y las actividades de los grupos pobladores de una región.

Transcribe después, haciéndolos suyos, unos conceptos de Taine, sin darse cuenta de que esos conceptos no se avienen, por lo que toca a la raza, con lo que el mismo Xénopol había dicho de ésta. He aquí las palabras tomadas a Taine: "Lo que se llama raza son las disposiciones innatas y hereditarias que el hombre trae consigo a la vida y que comúnmente van unidas a diferencias marcadas en el temperamento y la constitución del cuerpo. Es la primera y más rica fuente *de esas energías predominantes de que se derivan los hechos históricos*".

Bien está que Xénopol considere, entre lo que influye en los hechos humanos de una manera permanente y no accidental, la energía de la raza; pero no debió aseverar, como lo hace al principio del capítulo, que la raza no ejerce en los sucesos acción alguna modificadora. Ésta es una inconsecuencia en que no debió incurrir un sabio como Xénopol, y que no debe aceptársele.

Comulgando el autor de la *Teoría de la historia* con algunas de las aseveraciones de Gustavo Le Bon, dice que las razas tienen potencias de distinto grado, siendo la más elevada la raza blanca; estando la amarilla en término medio, y quedando la negra en último lugar.

La cultura japonesa, añade, no es original, sino trasplantada de Europa; y es de creerlo, puesto que los japoneses son de raza amarilla, aparte de que su progreso data desde que entraron en relación con los europeos.

Impugna Xénopol al mismo Le Bon, porque éste se contradice al hablar de las razas, contradicción que arranca de que el escritor francés tiene varios conceptos de lo que es el carácter, y, al hablar de éste, en varios pasajes, no pone cuidado en distinguir el sentido en que va tomando esta palabra. No tiene importancia

examinar esa crítica, porque lo interesante es dilucidar el punto de la influencia de la raza en los hechos históricos. Lo que sí no voy a pasar inadvertido es la aseveración que, en su orgullo de sabio europeo, formula para colocar a los suramericanos (tal vez a nosotros también nos considere en esa denominación, porque estamos al sur de los Estados Unidos de América) en la categoría de las razas inferiores, a pesar de que los indios americanos se han mezclado con la raza blanca. Mas para poder rechazar sus asertos, preciso es copiar el párrafo conducente; de otro modo, podría creerse que lo condeno sin oírlo; dice así:

Las razas humanas no existen, sin embargo, más que excepcionalmente, y en sus representantes más inferiores, puras de toda mezcla. Los pueblos históricos provienen casi todos de amalgamas más o menos pronunciadas entre las diferentes razas y subrazas humanas. Los pueblos no constituyen razas naturales, sino compuestos formados “desde los tiempos históricos, según los azares de las conquistas, de las emigraciones, o de los cambios políticos”. Pero aun en estos productos artificiales del azar y de la historia, el elemento fundamental y distintivo sigue siendo el fisiológico y mental, la complejión orgánica y psíquica, reconstituída de nuevo, en cada pueblo, por la combinación de los elementos que le han dado origen. Esta mezcla de razas da por resultado productos distintos, según que la amalgama ha tenido lugar entre razas de distintas calidades.

Así, la mezcla de una rama de la misma raza, por ejemplo, de una raza superior, ha dado comúnmente origen a razas enteramente tan capaces de progreso como las razas más puras. Los franceses, los italianos, los españoles, procedentes de la mezcla de los celtas con los romanos y los germanos; los rumanos, salidos de la mezcla de los tracios con los romanos y los eslavos, han producido compuestos enteramente tan capacitados para el progreso, como los romanos, los germanos y los eslavos aislados.

A veces, no obstante, los compuestos resultan inferiores a los elementos que entraron en combinación. Tal los griegos modernos, procedentes de la mezcla de los griegos antiguos con los eslavos. Propondríamos la hipótesis explicativa siguiente de este fenómeno bastante extraordinario; la sangre de los romanos no era superior en calidad a la de los pueblos que con ellos se mezclaron, mientras que la de los griegos, de extraordinaria finura (lo prueba su civilización tan perfecta) no pudo menos de corromperse al mezclarse con la de los eslavos.

La mezcla de las razas diferentes tiene por resultado hacer que el compuesto se incline al elemento dominante. Este predominio puede manifestarse a veces en el uso de la lengua, como entre los búlgaros, en que predomina el elemento eslavo sobre el finés, o entre los húngaros, en que el elemento mongol, representado precisamente por el idioma, se sobrepone. Otras veces es por el carácter y las aptitudes por lo que el predominio se acentúa, como ocurre con los pueblos de la América del Sur, en los cuales, bajo una corteza exterior española, fermenta la sangre india. Por tanto, no hay motivo para que Le Bon considere la raza hispanoamericana como una raza latina pura, y atribuya la inferioridad de su civilización, comparada con la de los Estados Unidos, a una supuesta inferioridad de la raza latina con respecto a la anglosajona; porque Le Bon no podría encontrar esa inferioridad en Europa; ¿cómo, pues, y por qué, existiría en América? Pensamos que la mezcla de la raza latina (superior) a la raza india (mediana), mezcla en que esta última constituye el elemento predominante, da la única explicación posible de la anarquía continua en que viven las repúblicas sudamericanas, y de la imposibilidad en que se hallan de constituir organismos políticos duraderos.

Me veo precisado a rectificar los errores que envuelve ese párrafo, donde el autor habló, no como hombre de ciencia, sino como europeo, con la predisposición que los escritores del continente más sólidamente civilizado muestran cuando se trata de los pueblos de América. En primer lugar, la anarquía de los pueblos de América del Sur no es un fenómeno ni tan general ni tan permanente, que sirva para una generalización como la que se advierte en Xénopol.

En segundo lugar, suponiendo, sin conceder, que tal anarquía existiese, como un fenómeno general y constante, no indicaría ni inferioridad de las razas de la América del Sur, ni decadencia tampoco; pues los pueblos de Europa, que hoy forman naciones sólidamente constituidas, han pasado por periodos de anarquía iguales o de mayor intensidad que los que pudieran encontrarse en los pueblos suramericanos.

En tercer lugar, admitiendo, porque esto está comprobado ya, que la raza blanca es, entre todas, la superior, se comprende que, no el elemento indígena, sino el blanco es el predominante en los pueblos de la América del Sur, puesto que las estadísticas y los libros de información, lo mismo que las bibliografías, indican

notables progresos en esos pueblos. Hay un ramo, el del derecho público, en el que los suramericanos resultan iguales, si no superiores, a los tratadistas europeos. Aparte de eso, como la literatura y la expresión poética son una manifestación de la intelectualidad de los pueblos, véase lo que acerca de esa región de América escribió nuestro insigne literato Ignacio M. Altamirano; se expresó de este modo:

En la América del Sur, la poesía amorosa, como toda poesía, ha florecido bajo aquel cielo ardiente y luminoso, como floreció bajo el bello cielo de la Grecia, y ha sorprendido y sorprende todavía con todos los encantos de una riqueza original. Pero ¿qué mucho que allí se haya mostrado fecunda la poesía, si aquella turba de admirables cantores ha ido a buscar nuevos acentos e inspiraciones nuevas en los rumores armoniosos de las selvas seculares, en las riberas de los ríos majestuosos, en la contemplación de sus montañas gigantescas, coronadas por la nieve, o por el humo de los volcanes, en la orilla de los mares solitarios, en el silencio solemne de las pampas y en el fuego de las vírgenes morenas, de ojos negros, de boca de granada, de cintura cimbradora y de pie breve, que aman como gacelas y que odian como leonas?

El nacimiento de la poesía suramericana ha sido un verdadero génesis, y no la reproducción del arte antiguo, implantado en el Nuevo Mundo.

La libertad la hizo germinar en un suelo virgen; fecundóla el sol de los trópicos, y la guerra la arrulló en su cuna, con sus estrépitos terribles y con sus himnos de gloria.

Es fiera y original esa poesía suramericana, y para estimarla en su justo valor, es preciso considerarla como poesía primitiva, por más que su forma tenga algo de común con la poesía moderna.

Así, aunque Andrés Bello haya cantado en lengua castellana la *Agricultura de la zona tórrida*, y haya manejado como un antiguo el plectro griego, en su lira no vibran los acentos de ningún poeta europeo; las *Geórgicas* mismas palidecen ante las mágicas bellezas de la *Oda sublime*; Horacio es tibio y raquíptico; Lucrecio parece incompleto, y las fantasmagorías de Píndaro bajan a ocultarse en el polvo de Olimpia.

Bello no tiene ascendientes ni maestros en la poesía europea, y en cuanto a la lengua poética que usa, puede decirse de él también que ha dorado el oro y perfumado la rosa.

Apenas si lo tiene en Homero el cantor de Juninao; pero si en la voz del Homero colombiano se escucha a veces una armonía semejante a la armonía antigua, esa semejanza debe buscarse solamente en la *Iliada* y no en ningún poema épico de otra edad. Olmedo es también un patriarca.

¿Y Juan Carlos Gómez? Pues qué, ¿los alejandrinos del bardo oriental a la libertad, a los cantos de dolor que resuenan en su arpa, templada en la soledad melancólica de las pampas uruguayas, tienen algo de parecido en la poesía antigua?

¿Y José Mármol? El apóstrofe A. Rosas [*sic*, “Apóstrofe a Rosas”] no se expresa con acentos conocidos en ninguna lengua.

El poeta argentino los ha arrancado del huracán que agita las selvas de los Andes, del aliento destructor del pampero, del ronco estruendo del Tequendama, de los tumbos del mar embravecido, del mugido pavoroso del Chimborazo y de la catarata de truenos de las tormentas americanas. Buscad la explosión de cólera fulminante de Mármol en la poesía antigua, y no la encontraréis. Los Rosas no han faltado en ninguna parte, pero la lira de ese gran poeta honrado no había sido dada por el numen a ningún mortal, ni aun a los profetas iracundos de Israel. Juvenal agitaba el látigo, pero no lanzó rayos jamás. Los poetas no se habían sentado nunca en el trono de Júpiter.

Después de Mármol en América, Victor Hugo ha lanzado en Europa apóstrofes parecidos; pero antes que él, en vano sería escuchar el eco de las cóleras antiguas.

¿Y los cantores de amor? Los cantores de amor son también hijos de la virgen naturaleza americana, abrasada por el sol. Sus idilios tienen el aroma salvaje de las grandes florestas, el color del cielo, inundado por la luz, y el sabor de las frutas que destilan miel. Esos poetas no son plásticos solamente como los griegos, ni sensuales como los latinos, ni místicos como los trovadores, ni hiperbólicos como los árabes, ni libertinos como los franceses, ni sombríos como los alemanes. Son castos, aunque ardientes; dulces, aunque bravíos, y conceptuosos, a pesar de su graciosa sencillez. La poesía amorosa suramericana es una poesía *sui generis*, mezcla singular de la fiereza galante española y de la dulzura melancólica del indio.

Abigail Lozano tiene por alma una sensitiva; sus elegías son quejas de paloma enamorada y escondida entre los bosques; Esteban Echeverría, el cantor de *La cautiva*, es el soñador de las lla-



nuras, del desierto y del océano; Adolfo Berro es el cantor de los dolores americanos; Acuña de Figueroa traduce, en sus cantos, las armonías del pueblo oriental; Luis Domínguez canta la majestad del ombú; Ricardo Palma, las penas del pueblo de los incas, y Jorge Isaacs, el dulce y triste historiador de María, así como ha encontrado a la fatalidad antigua oculta entre las selvas del Cauca, ha encontrado también en ellas nuevos acentos de amor para Saúl [*sic*, Efraín].

Pues bien; éstos son, y otros muchos, los creadores de la poesía americana del sur. Ellos han sabido ser originales, porque, en vez de imitar pálida y fríamente la manera poética europea, han buscado en su país de América y en su propio corazón la fuente de sus inspiraciones.

Los hablistas, los castizos, los gramáticos, empeñados a toda costa en emparentar a los poetas sudamericanos con los poetas españoles, como se empeñaban a todo trance los frailes del siglo xvi en emparentar a los indios autóctonos con los judíos, encuentran graves defectos de lenguaje en estos cantos de una poesía virgen y exuberante de juventud.

Si meditaran un poco, comprenderían que los poetas suramericanos han roto adrede las ligaduras de las reglas para crearse una lengua propia en que expresar sus pensamientos, en que dar nombre y cabida a los objetos de su país; la lengua debe reflejar la naturaleza, el espíritu y las costumbres de los pueblos, y la lengua española, castiza, era ya pequeña para reflejar la naturaleza, el espíritu y las costumbres de los pueblos americanos. Desde temprano, la mezcla de las razas, el contagio de las lenguas, y la necesidad o el hábito, dieron un carácter peculiar al idioma de estas naciones mezcladas, y, en materia de lenguaje, ya se sabe que los pueblos no guardan nunca el fallo de las academias. Ellos son sus propios legisladores y oráculos.

Los pueblos americanos tuvieron su lengua, después tuvieron sus libertades y sus instituciones políticas, luego tuvieron su literatura. Asumieron su derecho en materia de nacionalidad, y pudieron asumirla en materia de idioma. No ha procedido de otro modo España, después de que se ha ido emancipando de la dominación de los cartagineses, de los romanos, de los bárbaros y de los árabes. No seguirá procediendo de otro modo al aceptar la invasión de los modismos científicos de la lengua alemana o

de la lengua griega, de los modismos artísticos y literarios de la lengua francesa, y de los modismos industriales de la lengua inglesa. Las lenguas castizas son estatuas modeladas en diferentes barro; ¿por qué no ha de formarse una en cada nación de la América latina?

“Los poetas sudamericanos la han levantado ya y la adoran. Por eso han sido y seguirán siendo originales.”

Todavía, antes de concluir la primera sección del capítulo v, expone y comenta el autor las opiniones de Seignobos, de Finot y de Benjamin Kidd, y cierra esa sección con aseveraciones poco explícitas y oscuramente formuladas; porque, para reforzar sus opiniones, copia palabras de Girard, que son éstas:

El factor raza (*factor*, se dice, no hay que olvidarlo) supera con mucho a los factores geográficos e históricos, en importancia, para la evolución. Es el elemento esencial y, en ocasiones, suficiente; los otros sólo son auxiliares. La raza es la causa intrínseca para hablar metafísicamente; todo lo demás es causa extrínseca y, muchas veces, contingente.

Se advertirá lo que ya dije al comenzar el capítulo v: que éste es uno de los capítulos más difíciles de entender en la obra; mas ahora agregaré, por lo que toca a la sección primera, que de la influencia de la raza trata, que en esta sección hay contradicciones que no deben pasarse por alto, y que deben resolverse, declarando, por lo que la misma historia enseña, que las tendencias de la raza, a más de ser de las causas más constantes para dar determinada dirección a los sucesos, son un factor que sí influye en éstos, a pesar de lo que, en contra de esta tesis, nos dice el autor al principio del capítulo.

Nos habla Xénopol, después del tema de las razas, de lo que él llama el carácter nacional, el cual es, según la obra, el desenvolvimiento del pueblo y, por tanto, de la acción que el fondo originario de la raza y el influjo constante del clima ponen en juego contra el peso de los acontecimientos. Los judíos, al dedicarse, a consecuencia de su situación precaria, durante la Edad Media, al comercio de la moneda, adquirieron en esta profesión una habilidad tal, que otros pueblos no pueden disputársela. Los franceses, venturosos en sus empresas militares durante largos siglos,

han sido y son aún de carácter guerrero. Los españoles, obligados a luchar por espacio de más de 700 años contra los moros, en nombre de la religión y de la patria, han llegado a ser, no sólo devotos, sino intolerantes. Además de estos casos, cita Xéno-pol otros, de distintos pueblos, casos que no creo necesario reproducir.

El carácter nacional, para formarse, necesita el transcurso de un largo tiempo. Hay pueblos, como el de los chinos, en que ese carácter parece inmutable; pero en otros pueblos va cambiando bajo la influencia de los sucesos. Los oaxaqueños de hoy, que han sufrido la influencia de la dictadura porfiriana, primero, y de las convulsiones revolucionarias después, nos ofrecen otro ejemplo; han modificado algo su carácter belicoso.

Para explicar los hechos sociales hay que referirse al carácter nacional, y sólo cuando éste no baste, habrá que desentrañar el origen de ese hecho en la raza. Si queremos, dice Xéno-pol, explicarnos la intolerancia española, hallaremos los motivos en el carácter nacional de este pueblo, formado durante su lucha secular contra los moros. Por lo que a nosotros toca, si queremos explicarnos la crueldad de algunos de nuestros indios y aun de algunos mestizos, después de los combates, la hallaremos en el carácter mexicano, formado bajo la influencia de los sacrificios humanos.

En cambio, si pretendemos explicar la perseverancia, que es la gran virtud de los oaxaqueños, no hay más que referirse a la raza; porque esa perseverancia viene de tiempos muy remotos.

Llama el autor *continuidad intelectual* lo que nosotros conocemos con el nombre de tendencia reaccionaria, es decir, el impulso en virtud del cual resisten los pueblos a las innovaciones. Influye esa continuidad intelectual en la verificación de los hechos, pero no para producirlos, sino para retardar la aparición de los nuevos. Esa continuidad origina no pocos choques sangrientos; pero es una fuerza que va debilitándose con el tiempo. Así, el apego de los franceses a la forma monárquica se manifestó, a pesar de las terribles enseñanzas del 93, en la creación del imperio de Napoleón, y al ser restaurados los Borbones; todavía se hizo visible en la monarquía de Luis Felipe de Orleans y aun en la época de Napoleón III; mas cada día ha perdido fuerza, y por eso parece ya consolidado el régimen republicano. En los oaxa-

queños se han advertido las tendencias a conservar las prácticas e ideas de la dictadura porfiriana; mas, poco a poco, esas tendencias han ido siendo cada vez más débiles, y no sabemos si acabarán por desaparecer por completo, o si originarán nuevas complicaciones; esto no podemos asegurarlo, menos aún conociendo la obra de Xénopol, en la que se aprende a ser cauto para no formular pronósticos; puesto que los hechos históricos son diferentes los unos de los otros, y si es verdad que la historia se renueva, eso es sólo en lo que toca a los fenómenos de repetición, que también los hay en los pueblos; esos fenómenos son la base de la sociología estática, y no de la historia, tal como la concibe y la explica el profesor rumano.

Hay una sección del capítulo v intitulada: "Influjo combinado de la raza y el medio", en la cual el autor asienta que la evolución se verifica bajo la influencia de la raza y del medio, pero éste sólo contribuirá a dicha evolución, según las energías de aquélla. El medio puede venir en ayuda de las energías de la raza, o en contra de ellas. El medio, esto es, la naturaleza circundante, en muy contados casos puede ser modificado por los impulsos de la raza.

La adaptación de la raza al medio depende de la calidad de la raza. Cuanto más superior sea ésta, más sabrá utilizar el pueblo los medios que la naturaleza le da para progresar, y así, tanto mayor será su triunfo en la lucha por la existencia. Síguese de aquí, como ley general de combinación entre el influjo de la raza y del medio, que la raza mejor dotada, la que más dominio tenga sobre la naturaleza, podrá librarse más del influjo del medio, teniendo éste menos importancia en relación con el de la raza. Ejemplos de este influjo los ofrecen los aztecas, que se asentaron definitivamente en la orilla suroeste del lago de Texcoco, y que, con el tiempo, llegaron a prosperar, construyendo calzadas en el agua; y los zapotecas, que desecaron el valle de Oaxaca, abriendo una salida al agua para el Pacífico.

Por lo que toca al clima, Xénopol asevera que el templado es el más favorable para la evolución de los pueblos; el frío, cuando no es excesivo, puede ser de algún modo soportado; el calor es el menos propio para cooperar al progreso de los pueblos. Sigue el autor haciendo consideraciones sobre los climas, consideraciones que yo creo propias más de la sociología estática que de la historia, que, como dicho queda, no admite leyes, sino series de

hechos. En este punto Xénopol, sin pretenderlo, entra en las generalizaciones, de las cuales ha pretendido huir, preocupado con la singularidad que ofrecen los hechos de sucesión. Los afectos a la sociología estática pueden, si lo desean, examinar las enseñanzas del libro acerca de la influencia del medio, esto es, de las condiciones de la tierra, del agua y del clima, en la marcha de los pueblos. No creo que esas enseñanzas dejen de ser útiles; pero, francamente, no son de las especiales que, en otros capítulos, desarrolla el profesor rumano, para delimitar bien el campo de la historia.

Concluye el capítulo con otra sección, que también es más de sociología que de historia; pero ella, por la reflexión final del autor, sí puede servir para conocer hasta dónde debe llegar la historia. Demos una breve explicación de lo que Xénopol llama "Falsas leyes formuladas por los autores".

Buckle pretende dividir las civilizaciones en dos grupos: las de Europa y las de fuera de dicho continente. Esta supuesta ley, dice Xénopol, es inadmisibile; porque con ella se pretende que la civilización se debe al medio, olvidando la raza. El mismo Buckle quiso atribuir a las erupciones volcánicas y a los temblores los progresos en las artes de la imaginación (pintura, escultura, música, etcétera), pero tampoco esto es admisible, puesto que hoy esas artes están sobresaliendo en Francia, Alemania y la Gran Bretaña, que no se hallan expuestas con frecuencia a los terremotos. He aquí un párrafo de los que más pueden servirnos para compensar el sinsabor de las nebulosidades y contradicciones que ya vimos en el autor:

Por otra parte, esa tendencia a hallar la explicación de los fenómenos del espíritu, en relaciones simples, al igual de las que sirven para explicar los fenómenos de la materia, es absolutamente falsa. Cuanto más se sube en la escala de las formas naturales, más se complican los fenómenos. Los físicos son ya más complicados que los que se deben a las leyes de la mecánica; los de la química, lo son más todavía. Si pasamos a los hechos orgánicos, la complicación aumenta de manera notable, en las plantas primero, luego en los animales.

Los hechos del espíritu, en fin, que son resultado último de todos los estados anteriores, ofrecen por ello la complicación más pronunciada. No sería posible comprenderlos, sino estudiando todas las causas que concurren a producirlos, y no eliminando algunas para

simplificar la explicación. Los elementos que dan origen a los fenómenos históricos son múltiples. Está, primero, la acción de los factores constantes y de las leyes que la rigen, leyes de repetición cuya resultante constituye la base eterna sobre la cual la evolución se desarrolla. Luego viene la acción de las energías evolutivas, que, ejercida sobre las manifestaciones del espíritu, abre paso, de un lado, a los hechos, de otro, a las series que los encadenan en la sucesión. Veremos que esas fuerzas son múltiples, y que, combinadas diversamente en su juego con la infinita variedad de las manifestaciones del espíritu, hacen que sean también infinitas en número las causas explicativas de los fenómenos históricos.

Después de estos párrafos, hace constar que, cuanto más se civiliza un pueblo, menos se somete al influjo del medio; los ingleses han llegado a imponerse al mar, que antes los aislaba; Suiza, que se veía obligada antes a vivir de la ganadería, hoy vive de numerosas industrias.

Herder y otros autores han pretendido que la civilización se ha propagado con uniformidad, de oriente a occidente, ley falsa también, como lo prueba el hecho de que hoy los países del occidente de Europa civilizan a los del oriente. Mongeolle pretende que la civilización avanza siempre del ecuador hacia los polos. Tampoco esto es admisible, puesto que la monarquía constitucional, que es una forma superior a la de la monarquía absoluta, descendió de Inglaterra al continente; la Reforma, nacida en Alemania, llegó a influir en la regeneración de la Iglesia, desde el Concilio de Trento; la forma democrática y republicana, más avanzada que la monarquía, domina en Francia, que está más lejos del ecuador que España e Italia. Por último, Metschnikoff pretende que la civilización se ha trasplantado de unos a otros medios; primero, nació a la orilla de los grandes ríos, es decir, en las regiones fluviales: Egipto, Asiria, Babilonia, India, China; de allí, pasó al Mediterráneo: Francia, Cartago, Grecia, Roma; más tarde, se dirigió a las orillas del Atlántico: Europa y América; y, en último término, comprende todos los mares y toda la tierra.

Concluye Xénopol haciendo notar que la propagación de la cultura es un hecho único, y, por lo tanto, que no puede inducirse de él una ley, pues ésta sólo puede existir cuando el hecho tiene repetición.

¡Ojalá que el profesor rumano se hubiera expresado en todo su



capítulo v con la claridad y precisión con que trata de refutar las pretendidas leyes acerca de la marcha de la civilización! Así, no habría sido difícil para mí comentar ese capítulo.

CAPÍTULOS VI-IX  
*Teoría de la historia*

Estos cuatro capítulos de la obra, aunque útiles para los que se dediquen a formar obras de historia, son más de sociología que de la materia que ha tratado Xénopol; porque se contraen a la evolución, es decir, al desenvolvimiento, al desarrollo de las actividades humanas, y no a los hechos de sucesión, base de la historia; considera, eso sí, a la evolución como uno de los factores de los hechos históricos.

Por no descuartizar la obra que examino, y porque pueden hacerse al paso algunas observaciones importantes, no omito dichos capítulos; pero haré de ellos brevísima exposición, y comentarios también brevemente formulados, para seguir tratando de lo que debe ser la historia y cómo ha de constituirse ésta. Para los que deseen conocer las profundas y valiosas enseñanzas del autor en los cuatro capítulos, está la obra del mismo, que pongo a su disposición.

En el capítulo vi, que trata de la “Evolución en la historia”, Xénopol expone cómo ha sido esa evolución en la naturaleza, comenzando por los mundos siderales, pasando después a la materia inanimada: explica, en seguida, cuál ha sido el desarrollo en la materia orgánica, en las plantas y en los animales, y, por fin, cómo la evolución se ha venido realizando en la humanidad, bajo el influjo del espíritu humano. He aquí los conceptos más importantes de ese capítulo.

En la evolución de la vida material, la materia era la que modificaba continuamente al espíritu. Bajo el dominio evolutivo de este último, él modificará de continuo la materia, para someterla a su servicio. El espíritu llegará a dominar cada vez más a la materia. Ese dominio tendrá por resultado aumentar constantemente la distancia que separa al hombre del reino animal, de que procede, y esa distancia será tanto mayor, cuanto más superior sea la raza. Se realiza por cuatro

caminos que constituyen el elemento diferencial humano, comparado con el elemento animal en que arraiga. El primero será la tendencia a dominar la naturaleza y hacerla servir a sus necesidades. Esa tendencia se realizará por la toma de posesión intelectual de la naturaleza, es decir, por el descubrimiento de sus leyes, que dará al hombre la posibilidad de dirigir sus esfuerzos en el sentido de sus necesidades, y de hacer de dichas leyes instrumentos de su bienestar. Pero, fuera de esta necesidad práctica, el hombre se verá impulsado, por la curiosidad, a darse cuenta de lo que pasa a su alrededor, y dirigirá sus esfuerzos a penetrar el secreto del universo, aunque no persiga un fin utilitario. Esta segunda tendencia se manifestará en la ciencia, en la filosofía y, en parte, en la religión. Vendrá con bastante frecuencia en ayuda de la tendencia a someter la naturaleza, dado que persigue también, entre otros, el objetivo de descubrir las leyes de esta última. La tercera inclinación del espíritu será la que busque la admiración y, más tarde, la reacción de lo bello, la tendencia estética. La cuarta tendrá como fin el justo reparto de los goces que proporciona al hombre la realización, cada vez más completa, de las tres anteriores.

Pueden resumirse las cuatro tendencias en dos principales: la que proporciona al hombre las tres clases de goces, elevándole por cima de la animalidad, y la que tiene por objeto el justo reparto de los mismos. En efecto, las tres primeras tendencias proporcionan al hombre tres clases de bienes que realzan su vida y le alejan cada vez más del reino animal de que ha salido. Porque descubrir una verdad, o contemplar una creación bella, proporciona un goce de igual clase que el dominio sobre la naturaleza. El justo reparto de los bienes de este mundo debe extenderse a todas esas formas de disfrutar, y es equitativo que todos los hombres lleguen a gustarlas en cantidad proporcional al esfuerzo que han empleado para producirlas. Todo individuo tiene, dentro de estos límites, el derecho de conocer las superiores verdades de la ciencia, de la filosofía, de la religión, y de deleitarse con las grandes creaciones del arte y con los sublimes espectáculos de la naturaleza. La condición de la humanidad no es lo que debería ser, cuando la mayor parte de sus individuos tienen que contentarse con una vida vegetativa. En este sentido, hay que interpretar las palabras de Fouillé, que dice que:

el fin a que la sociedad debe tender es, a la vez, conseguir la mayor utilidad posible (la mayor suma de goces) y la mayor justicia posible (el buen reparto de ellos), cosas ambas tan inseparables como la forma y el fondo. Fuera de la justicia, la utilidad no tiene otro valor y ni siquiera es ya verdaderamente aprovechable: por otra parte, la justicia, sin la utilidad, no sería más que una fórmula abstracta y vacía.

Heinrich von Sybel reconoce también la misma verdad cuando dice que:

la sociedad actual no conseguirá alejar los peligros que la amenazan, por parte de las doctrinas subversivas del socialismo, sino cuando haya consagrado los mayores esfuerzos a resolver ese problema, lo mismo que el del comunismo: trabajo infatigable del espíritu (adquisición de todos los goces posibles) y amor sin límites al prójimo (justo reparto de los mismos).

El progreso, es decir, la evolución mental del hombre, ha sido consiguientemente muy bien caracterizado por Ives Guyot, como “actuando en razón inversa de la acción coercitiva del hombre sobre el hombre y directa de la acción del hombre sobre las cosas”. Richet dice también que “ciencia, civilización, moral, esos tres términos, son paralelos”. Y F. Brunetière añade, en el mismo sentido, que “cualquier especie de progreso científico o industrial sólo existe y tiene razón de ser en función del progreso moral”. En otro lugar formula la misma idea, de la manera siguiente: “Fuera de la moral, todo progreso no es más que ilusión y quimera”.

Páginas adelante, se expresa con sabiduría, y aun con elocuencia, de este modo:

Buckle se ha esforzado para probar que no se había hecho ningún nuevo descubrimiento en el terreno de la moral. Aunque la cosa sea discutible aun desde este punto de vista, paréceme que el progreso de la idea de lo justo no consiste en el descubrimiento de principios morales desconocidos, sino en la aplicación, cada vez más amplia y completa, del justo reparto de los goces. El reparto más equitativo de los bienes, elemento enteramente tan esencial en la evolución del espíritu, como la adquisición de los mismos, ha progresado también. La filosofía griega le hizo dar los primeros pasos, pero más bien en teoría; luego, vino el derecho romano, que introdujo reglas precisas acerca de lo tuyo y de lo mío, en la vida social. El cristianismo hizo adelantar

mucho esta idea, sobre todo con la supresión de la esclavitud. Con la Revolución francesa, tocó la vez a la servidumbre, a las corporaciones, a los privilegios de cierta clase. El mérito se ha abierto paso cada vez más. En nuestros días, esa idea prepara el último asalto, que será, sí, el más difícil de vencer. Se trata de remediar la diferencia demasiado grande que hay en la medida en que los individuos se reparten los óptimos frutos de la naturaleza.

Este problema es el más arduo que el hombre haya tenido que resolver jamás. Los que ven realizarse cada día en mayor proporción la igualdad ante la ley, piensan que han de aspirar, como corolario preciso, a la igualdad de riquezas. Pero la igualdad ante la ley era una consecuencia del hecho de ser los hombres iguales entre sí como seres, y de que, por lo tanto, nadie puede ser inferior a su semejante. Otra cosa ocurre en las relaciones del hombre con la materia, y la adquisición de los bienes que le proporciona su elevación por cima de la animalidad. Aquí, la aplicación de la igualdad absoluta sería precisamente la más escandalosa injusticia, puesto que los hombres, aunque iguales como seres, son desiguales como energías creadoras de bienes.

Sus aptitudes, sus talentos, su actividad, su energía, difieren, y, por consiguiente, varía también su participación en el dominio de la materia. Los beneficios que la humanidad arranca a esta última no podrían dividirse entre los que toman parte en la lucha, sino proporcionalmente a la energía que en la misma despliegan. "A servicios desiguales, deben corresponder recompensas desiguales", dice justamente René Worms. No es posible asentir a la opinión de Benjamin Kidd, de que

la razón nos enseña que somos todos producto de la herencia y del medio, y que nadie es responsable de ser capaz o de no serlo; síguese, que todos deben participar por igual del bienestar. Importa éste tanto al capaz como al que no lo es, y cualquier ley que permita que el incapaz esté peor alimentado, digamos lo que queramos, es ley brutal, pura y simplemente.

La justicia no puede tener como objetivo corregir la naturaleza; todo lo que puede exigirse es no hacer que los demás trabajen gratuitamente para uno, lo que ocurre cuando los beneficios no se reparten proporcionalmente a las fuerzas productoras; pero

nunca la justicia podrá exigir que se trabaje gratuitamente para los demás, lo que fatalmente ocurriría en la hipótesis del igual reparto del bienestar.

Pero, aun para realizar esa distribución proporcional, ¡cuánto no hay que hacer todavía, y qué lejos nos hallamos del ideal a que lleva la evolución! En verdad, ese ideal existe, porque si no existiera, podría decirse con Huxley que:

si el aumento de los conocimientos y el dominio mayor sobre la naturaleza que es su consecuencia y, finalmente, la riqueza que prueba ese dominio sobre la naturaleza, no han de disminuir la extensión y la intensidad de la miseria y de la degradación física y moral, resultado de las angustias de las masas, entonces no vacilo en decir que saludaré como el único objetivo deseable la venida de algún caritativo cometa que eche muy lejos todo lo existente.

El capítulo VII, referente a los “Auxiliares de la evolución”, comprende entre éstos: 1º el medio intelectual, esto es, el medio interior, el ambiente que forman las ideas dominantes, para el mantenimiento o la desaparición de ciertos fenómenos espirituales; 2º *el instinto de conservación del individuo y de la especie*, que se manifiesta: *a)* en la expansión; *b)* en la lucha por la existencia, y *c)* en la tendencia de la imitación. Habla también del elemento individual, esto es, del influjo que los grandes hombres, los de genio y de carácter, tienen en la marcha de los sucesos. Concluye este último punto con estas palabras:

El individuo es un compuesto de pensamientos, de sentimientos, de voliciones. Todos esos elementos pueden impulsarle a obrar, y constituyen así otras tantas energías especiales que toman de la compleción orgánica propia del individuo su fuerza y su contenido. A Napoleón le llevó la ambición a no cesar en sus conquistas; Enrique VIII, enamorado, varió la religión de su país; Carlos XII, por afición a las batallas, terminó su carrera en la ruina; Law, por equivocarse acerca de la naturaleza del crédito, fue derecho a la catástrofe financiera que arruinó a Francia, y así sucesivamente. Pero los pueblos, las sectas, los partidos, son también capaces de determinarse a obrar por sentimientos. El odio, la venganza, han llevado muchas veces a los pueblos a guerras mortales. La simpatía por otros grupos humanos ha hecho caer a algunos de ellos en errores graves, como por ejemplo, la

de Rumania a Francia, que se manifestó en 1870, en los excesos cometidos contra la legación de Prusia en Bucarest, acción irreflexiva, que Rumania hubo de pagar muy cara.

Hay que distinguir la raza, como elemento constante evolutivo, del impulso momentáneo que puede determinar la acción de un grupo humano, o la de un personaje, como individualidad étnica. Las disposiciones de las razas no varían casi, o al menos su transformación es enteramente tan insensible como la del medio exterior; permanecen las mismas, pero, sobre este fondo inmutable, se mueven las olas cambiantes de las disposiciones pasajeras, que pueden hacer que las individualidades den lugar a hechos históricos.

El azar es, según Xénopol, otro de los auxiliares de la evolución; consiste, según Mildelband, en el encuentro de dos hechos, en el espacio o en el tiempo, sin que estén unidos tales hechos por la relación de causa a efecto.

No faltan escritores que, guiados por sus ideas religiosas, que en este punto nada tienen de apasionadas, atribuyan lo que Xénopol llama el azar, a la Providencia. En efecto, como nada puede admitirse que no tenga causa, alguien ha sostenido que fue la Providencia y no la casualidad la que dispuso que al mismo tiempo que se libraban órdenes de aprehensión contra el cura Hidalgo y sus colegas, fuese domingo, día de misa en Dolores, y así Hidalgo pudiera esparcir su idea de la emancipación entre gran número de gente que había concurrido a la iglesia.

Pero sea que se llame azar o intervención providencial, a ese encuentro fortuito de los hechos que se combinan para producir un efecto, el caso es que esa combinación es, en no pocos casos, uno de los factores de los sucesos que determinan la marcha de la evolución.

Concluye el autor ese capítulo VII refutando la curiosa, pero falsa teoría de Tarde —que no es más que una hipótesis—, pues dicho autor aplica, guiado por sus aficiones a la lógica, el silogismo, no sólo a las ideas, sino también a los deseos y a las voliciones. Descompone todas las acciones humanas en silogismos, y hace del juego inmenso de las pasiones, de los deseos, de las ambiciones, de los odios, de los amores, de los temores y de los arrebatos que llevan a la acción, una red inextricable de silogismos. En esta forma, la premisa mayor la da siempre un deseo: “Deseo preparar mi salvación en la otra vida”. La menor está

constituida por una creencia, y se formula así: “Ayunando, puedo lograrlo”. La conclusión estará representada por un acto voluntario: “Observaré la cuaresma”.

La lógica social, según Tarde, conduce a la vida de la realidad; impulsa de manera fatal al género humano a armonizar todos los pensamientos, todas las voliciones.

Esa curiosa hipótesis de Tarde, en la que quiere explicar la evolución entera de los pueblos por medio de silogismos, me recuerda un hecho que presencié en un acto de física, en el Seminario de Oaxaca. El actuante sostenía esta tesis: “el ángulo de reflexión [se trataba de óptica] es igual al ángulo de incidencia”; y para probarla, formuló el siguiente silogismo: “Todo lo que enseña el padre Almeida es verdad; es así que enseña que el ángulo de reflexión es igual al de incidencia. Luego, es verdad que los ángulos son iguales”.

Naturalmente, el que replicó, un canónigo muy ilustrado, don Florencio Castellanos, hizo ver al actuante que aquella cuestión no era asunto de silogismo, sino de comprobación experimental; que no debía haber formulado para aquel acto un aserto como aquél, puesto que allí no se tenían aparatos; y que había sido un error querer probar su tesis con silogismos.

Xénopol echa por tierra la llamada teoría de la *lógica social*, de Tarde, e inserta este párrafo que creo es del todo convincente:

Es cosa sabida que cualquier juicio puede adoptar la forma silogística, y es igualmente indudable que los hombres, en su vida consciente, se guían por juicios, verdaderos o falsos, poco importa. Pudiendo ser formulados esos juicios de manera silogística, y pudiendo ser transformados en juicios hasta los actos instintivos, siempre cabrá reducir la actividad humana a una serie de silogismos. Pero esa reducción nos parece más bien un juego que una ocupación seria. Tarde ha visto en ese juego del espíritu, en ese ejercicio a que el lógico puede dedicarse, el mecanismo real de la vida, su repetición y su historia. Ha querido introducir esa vida real en la lógica, y sólo ha conseguido introducir en la vida real el esquematismo de la lógica, o más bien, de una de sus formas, el silogismo. En vez de materializar la lógica, ha impuesto a la vida el formalismo de esta ciencia. ¿De qué sirve cubrir con esa vestidura extraña el fenómeno, hace tanto tiempo conocido, de la lucha por la existencia? Todos los ejemplos del desafío lógico, citados por Tarde, se refieren únicamente a la lucha por la existencia.

Pero como ella tiene lugar entre individuos humanos, dotados de pensamiento, el autor resuelve todos esos conflictos en silogismos. “Bajo esa disputa de tienda —dice— descubrimos con sorpresa un conflicto de proposiciones. La querrela, hoy día terminada, entre el azúcar de caña y la de remolacha, entre la diligencia y la locomotora, entre el barco de vela y el de vapor, era una verdadera discusión social, si se quiere, una argumentación. Porque no solamente dos proposiciones, sino dos silogismos se enfrentaban. Uno decía, por ejemplo: el caballo es el animal doméstico más veloz; la locomoción no es posible, sino valiéndonos de animales: luego la diligencia es el medio mejor de locomoción. El otro respondía: el caballo es, sí, el animal más rápido; pero no es cierto que las fuerzas animales sean las únicas utilizables para el transporte; luego la conclusión anterior es falsa.” Ahora bien, eso es precisamente lo que ponemos en duda. La lucha por la existencia no reviste, en el hombre, forma lógica; porque en ese caso deberían poseerla también los animales. En el hombre ha de pasar por el pensamiento, porque el hombre es un animal dotado de la facultad de pensar. Pero no toma en modo alguno del pensamiento los argumentos que dan la victoria a sus campeones o los hacen sucumbir. El resultado le marca la superioridad o la inferioridad de las fuerzas que combaten. Claro está que en la lucha por la existencia, entre el gato y el ratón, razonando de esta suerte: *tengo hambre, soy más fuerte que tú, luego te como*: ni el ratón huye en virtud de este otro silogismo: *ser comido es mala cosa; tengo buenas patas; luego me escapo*. Pero la lucha por la existencia, que sigue siendo el mismo fenómeno, indiferentemente de que tenga lugar entre animales o individuos humanos, sectas, religiones, partidos políticos, lenguas, escuelas literarias o artísticas, no puede ser formulada en silogismos, en lo que respecta al reino inferior. Síguese necesariamente que, cuando se libra entre formas nacidas de la vida humana, no son los silogismos que el espíritu puede formular acerca de las peripecias de la lucha los que determinan el resultado, sino que esa forma silogística de la lucha por la existencia es sólo reflejo que ella proyecta en la inteligencia humana. Tarde, que admite como medio de convicción los motivos reales de las acciones formuladas por silogismos, no hace más que revestir de apariencia lógica las formas mismas de la vida. La lógica social de Tarde no es más que un excelente estudio sobre la lucha por la existencia entre seres humanos.

“Lo inconsciente en la historia” llama el autor al capítulo VIII, y en él revela su potente energía de abstracción, pues examina uno por uno los factores de los sucesos, tanto los que ha llamado



factores constantes (la raza y el medio) como los variables. Es un capítulo más de sociología estática que de constitución de la historia propiamente dicha.

He asentado que, sobre ese tema, Xénopol revela su poder de abstracción, porque al hablar de cada factor de la historia, indica cuáles, entre ellos, se emplean conscientemente y con la intervención de la voluntad humana, y cuáles son fatales, o no suponen, como no supone el azar, por ejemplo, la conciencia y la voluntad. No creo necesario detenerme para exponer la doctrina del profesor rumano, ya porque la materia no es la más interesante para el que haya de consagrarse a formar libros de historia, y ya, también, porque no quiero hacer cansado, sin necesidad, este mi trabajo, destinado sólo a estimular y a orientar, si cabe, a los que se sientan inclinados a escribir nuestra historia.

Llegamos al último capítulo de los de orden sociológico, que incrustó el autor en su obra; al IX, que trata de “Las leyes de la evolución”.

Llamará la atención que en él hable Xénopol *de leyes*, cuando en muchas de sus páginas nos repite hasta la saciedad que los hechos de sucesión no se rigen por leyes; pero es preciso penetrar en su pensamiento para convencerse de que, de algún modo, puede hablarse con verdad de leyes en la historia. Voy a procurar explicar su mente para exponer sus ideas capitales en el asunto, sin formular comentarios que serían inconducentes, puesto que no se trata de historia.

¿Puede haber leyes en historia?, se pregunta, y después de refutar a los que han confundido los fenómenos de sucesión, siempre singulares y propios de la historia, con los de repetición, hace notar que bajo la influencia de la evolución, que es uno de los factores de los sucesos históricos, hay uniformidad y verdaderas leyes para ésta: porque existen causas, y las causas producen siempre efectos. Lo que sucede es, agrega, que como las condiciones en que obran esas causas no son siempre las mismas, los efectos se diferencian siempre unos de otros. Existen, sin embargo, continúa diciendo, fenómenos de evolución, que son los mismos en cualquier pueblo, en cualquier época y en cualquier lugar, por más que éstos no sean los fenómenos que deben preocupar al historiador. Hecha esa advertencia, que, no comprendida, echaría por tierra toda su obra, dice así:

Cabe formular, en el sentido en que hemos precisado, buen número de leyes de la sucesión; como ejemplos:

La evolución del espíritu humano no se limita a colocar las formas nuevas al lado de las antiguas, sino que las injerta en ellas (la literatura latina no quedó destruida, sino incorporada en las nuevas formas de los pueblos posteriores).

El progreso no es continuo; procede por ondas que avanzan, y luego retroceden, para avanzar de nuevo más allá de lo que habían hecho las anteriores.

El cambio de medio produce una variación en los hechos del espíritu, que sirve de ambiente (los judíos, que han sufrido persecuciones, dejaron de ser agricultores, para consagrarse al comercio del oro).

La lucha por la existencia tiene como resultado la desaparición del elemento vencido, cuando no puede ser asimilado por el elemento vencedor (la desaparición de los salvajes en los Estados Unidos, comarca en que los europeos se adueñaron por completo de la tierra).

“La imitación impide el progreso cuando se aplica a las formas existentes; lo favorece, por el contrario, cuando se aplica a las nuevas ideas” (mientras los oaxaqueños siguieron imitando a los españoles, quedaron estacionados; cuando bajo las ideas de Miguel Méndez, y los colegas de éste, se amoldaron a las ideas nuevas, de su seno, es decir, de Oaxaca, salieron hombres que lucharon por la Reforma y la hicieron triunfar). (El obispo Cantarines, Romero D. Félix, Mariscal, Díaz D., Porfirio, Carvajal, y aun D. Manuel Dublán que, a pesar de estar con el Imperio, propagó las doctrinas reformistas.)

“La acción del genio, cuando resume las tendencias de la época, acelera la evolución; cuando obra en sentido contrario, la retrasa. Esto ha pasado con algunos hombres inteligentes, pero que, por ignorancia o por fanatismo, no han favorecido al progreso.” El obispo Bergoza y Jordán, el licenciado Pazos y el doctor Rincón, por ejemplo, en la evolución del pueblo oaxaqueño, la cual pretendían atajar.

Todas éstas son leyes de sucesión, pero no sirven para formar las series históricas, sino para constituir la sociología estática, que es completamente distinta de la historia.

Hablando de *leyes psicológicas*, nos hace notar el autor que és-

tas rigen en el espíritu humano y, por tanto, importa conocerlas, para apreciar la marcha de la evolución de los pueblos. No cabe poner en duda tales leyes; las operaciones de la abstracción, de la memoria; los efectos del dolor y del placer, la transformación de los actos voluntarios en instintivos (o habituales), la rigidez de la conciencia, están sujetos a uniformidades ya comprobadas. Lacombe juzga que el estudio de la psicología viene a ser el de la historia, y que ésta se explicará por las leyes psicológicas; pero Xénopol hace notar que hay en esta tesis una confusión que proviene de que no se ha tomado en cuenta que, cuando las condiciones cambian, los efectos de la acción del espíritu no pueden ser uniformes. El cambio perfecto del caleidoscopio histórico depende no de que varían las fuerzas psíquicas, ni las leyes psicológicas, sino de las distintas condiciones en que obra la fuerza del espíritu. “Las leyes psicológicas pueden explicar algunos hechos históricos: por ejemplo, es ley de esta clase la que establece que ningún partido debe pactar con otro de principios opuestos, porque corre el riesgo de caminar a la propia ruina.” (Así sucedió en Ciudad Juárez con el maderismo, que pactó con el porfirismo, y que labró su ruina.)

Otra ley psicológica es la que ha conducido al historiógrafo francés Luis Adolfo Thiers a formular esta sentencia: *cuando una revolución triunfante se divide en bandos, y éstos luchan el uno con el otro, triunfa el más implacable, el que tiene menos compasión, el más radical*. Tal pasó entre nosotros con Carranza que aniquiló a Villa; con Obregón que se sobrepuso a don Pablo González, y con el general Calles, que dominó sobre Flores y sobre De la Huerta.

Pero los hechos singulares, y no los generales, sujetos a leyes, son los que constituyen el elemento importante de la historia, y, por desgracia, no pueden ser previstos con todas sus circunstancias, aunque sí pueden orientarnos de otro modo, según veremos en capítulo posterior.

Además de tener en cuenta, para explicar los hechos históricos, las condiciones en que actúa la fuerza psíquica, debe apreciarse el modo de ser de los individuos, cuando éstos inician o sostienen alguna idea influyente, un acontecimiento o un cambio en las instituciones. Y también para esto falta a veces la brújula; porque no es fácil, y a veces ni posible, penetrar en el origen, en la causa que ha determinado la acción de un hombre de importan-

cia. Esto pasa cuando se trata, sobre todo, de las tendencias innatas de los individuos o de los pueblos.

El carácter del pueblo inglés, del francés o del español, no es solamente producto de la raza. Su formación débese también a las condiciones que han rodeado la vida de estos pueblos. Pero, por ejemplo, si queremos hallar la causa de la diferencia en la civilización de los turcos y la de los españoles, civilizaciones que se parecen en cuanto al fanatismo religioso, nos veremos obligados a recurrir, para hallarla, al elemento irreductible de la raza, elemento que explica también cómo ocurre que la misma religión, la de Mahoma, haya dado un producto intelectual totalmente distinto entre los turcos y entre los árabes. Lo mismo pasa con la explicación de los caracteres individuales. Por eso, los hechos históricos no se realizan con elementos fijos, y hay que examinar las condiciones en las cuales obran las fuerzas que los producen.

Los cambios bruscos que sufren los pueblos dependen, unas veces, de fuerzas naturales y aun del azar; otros, de la energía de determinados personajes, como Alejandro el Grande, César, Carlomagno, Gengis Kan y Napoleón I.

De lo expuesto resulta que *el papel importante de la psicología en la historia consistirá en explicar los hechos individuales de que se compone la evolución.*

Trata después el autor de la cuestión que consiste en saber si la historia es o no es un arte, cuestión que no me parece de importancia, pues lo más que puede decirse en favor de esa tesis es que el que escribe una historia debe preocuparse por dar vida y colorido a sus exposiciones. Lo que sí importa es decir si la historia es o no es ciencia, punto ya controvertido entre los señores licenciado Antonio Caso e ingeniero Agustín Aragón, los cuales, por lo que presumo, no leyeron toda la obra de Xénopol que aquí comento.

Tampoco entraré en detalles acerca del otro punto anotado por el autor: el de la diferencia entre la historia y la sociología estática, porque, sobre esto, ya quedan indicados los caracteres de una y otra, y porque al final de este mi estudio, habré de agregar algunas consideraciones que espero dejen satisfechos a mis oyentes o lectores.

Cuanto a la previsión y predicción de los hechos históricos,

aunque queda indicada la utilidad de la historia, que consiste en hacernos comprender el presente y en dejarnos entrever (solamente entrever) la dirección de los sucesos en lo futuro, hay que declarar que esa previsión y esa predicción son imposibles, o, por lo menos, aventuradas siempre, por la sencilla razón de que los hechos de sucesión son siempre únicos y no se parecen sino en aquello que toca a la marcha general de la evolución. La sociología estática puede prever, y eso con ciertas limitaciones; la historia, no.

La *supuesta ley de la evolución religiosa*, en virtud de la cual algunos autores asientan que las religiones han pasado, primero, por el fetichismo, después, por el politeísmo, y a lo último por el monoteísmo, da motivo a las siguientes reflexiones del autor:

Si se examina la marcha efectiva de las ideas religiosas se observa, en lugar de una sola ley general de la evolución, un desenvolvimiento muy complicado, debido, en primer lugar, a las disposiciones innatas de las razas y a su diferente capacidad para las ideas religiosas. Las razas inferiores se detienen en el fetichismo; la raza amarilla en un animismo superior, con predisposición a los preceptos morales; pero la raza blanca es la que desarrolla, sobre todo, la idea religiosa, y, principalmente la raza semítica, la concepción monoteísta, que dio origen a las tres grandes religiones de este género: el judaísmo, el cristianismo y el islamismo; las razas arias desarrollan, por el contrario, la concepción politeísta. Ahora bien, estas tres concepciones religiosas son profundamente distintas una de otra. El fetichismo y el animismo no tienden a explicar más que el problema de la existencia individual; el politeísmo añade la explicación del mundo; el monoteísmo reúne las dos tendencias, poniendo al propio tiempo en relación al hombre con la Divinidad, por medio de la moral.

Pero esas religiones distintas no se detienen en el seno de las razas que les han dado origen; se extienden fuera, en otras razas, sufriendo el influjo del espíritu de ellas. Así el budismo, de origen ario, se extendió en la raza mongol; el cristianismo, nacido entre los semitas, ha abrazado casi toda la raza aria; el islamismo, de origen igualmente semítico (árabe), se extendió, de un lado, entre los pueblos mongoles (turcos, tártaros, etcétera); de otro, entre los pueblos de raza aria (persas, indios).

Pero aparte de esa confusión de las religiones con las razas, que influye hondamente en su desenvolvimiento en cada caso diferente, hay que notar también la circunstancia de que, mientras que el ani-

mismo, el politeísmo y la religión védica son productos del alma popular, las grandes religiones que hoy dominan las conciencias son obra toda de personalidades históricas, de los grandes fundadores, de religiosos, y que, sin la aparición de esas grandes individualidades, que nada tienen de común con la evolución natural de la idea religiosa, aquellas formas del pensamiento colectivo no tendrían el carácter que hoy tienen. Sin Confucio, Buda, Moisés, Jesucristo y Mahoma no existiera ninguna de las religiones que ellos fundaron.

Ningún estudio verdaderamente científico de la evolución de las ideas religiosas podrá tender a encerrar, en una sola ley, todo el desenvolvimiento de que hablamos. Teniendo en cuenta todos los influjos, renunciará a ahogar, en una sola fórmula pseudocientífica, el abundante desarrollo de la idea religiosa. No se podrá hacer más que estudiar las diversas series históricas, por ejemplo, en las religiones de la India, la védica, la brahmánica, la budista, y buscar los puntos de enlace de estas tres concepciones; o bien, se expondrán los cambios que experimentó la doctrina cristiana, cuando pasó de la idea mono-teísta semita al espíritu politeísta ario; o se estudiarán las vicisitudes por que pasó la religión mahometana, cuando se transportó de la raza semita árabe, en la que constituía un elemento de progreso, a la raza mongólica, turca y tártara, donde dejó de ejercer influjo civilizador y vino a ser obstáculo para todo desenvolvimiento. Y así en los demás casos.

*Supuesta ley histórica de la evolución política.* Según Letourneau, las sociedades humanas evolucionan regularmente por etapas sucesivas, que son: la monarquía, el clan comunista, la tribu republicana, primero, luego aristocrática; más tarde, la monarquía, que empieza por electiva, para transformarse en hereditaria; finalmente, ciertas naciones escogidas repudian la forma monárquica, para volver al régimen republicano, muy diferente, por otra parte, del de las tribus primitivas, preludiando de esta suerte formas sociales nuevas, ocultas todavía en el porvenir. Xénopol, después de recalcar lo de las *naciones escogidas*, puesto que, al referirse a una ley científica, no deben hacerse excepciones, reproduce otra gradación del mismo Letourneau, reprobando la versatilidad de este autor; después, critica la citada gradación en estos términos:

No vemos absolutamente, por ejemplo, cómo la ley de Letourneau pudiera ser aplicada siquiera a los pueblos de la raza inferior, cual los

negros de África, que han pasado directamente al despotismo monárquico más completo, sin atravesar los grados intermedios de ninguna forma republicana.

Respecto a los pueblos históricos, la evolución varía de uno a otro, según su espíritu, las circunstancias del medio natural y las de la vida histórica, es decir, según los acontecimientos fortuitos que vienen a influir en la marcha progresiva. Es imposible, en absoluto, formular una ley única evolutiva. Cada pueblo sigue una marcha particular. En cada uno de ellos hay series regulares de hechos históricos que explican un momento de su historia, pero no ley sociológica que pueda resumir, en una fórmula única, la evolución política de todos los pueblos del mundo.

Entre los griegos encontramos, probablemente, a continuación del clan, diferente evolución en los distintos Estados. Entre los griegos de Asia, la tiranía; entre los espartanos, una forma absolutamente curiosa y original, la de la monarquía con dos reyes en lugar de uno. Esa monarquía es hereditaria desde un principio y no pasa por la forma electiva. Se cambia con el tiempo en una especie de república aristocrática, dirigida por los éforos, aun cuando los reyes subsisten todavía. Jamás esta república adopta la forma democrática. Luego, la evolución política sigue un orden contrario al que formula Letourneau; monarquía-república, en vez de república-monarquía. En Atenas, por el contrario, encontramos (¿a continuación del clan?) la monarquía hereditaria, luego una república aristocrática al principio, democrática más tarde, siguiendo una marcha precisamente contraria a la fórmula de evolución política de Letourneau. Esa república conduce, a consecuencia de circunstancias absolutamente especiales, a un gobierno despótico, el de los Treinta Tiranos, para volver en Clístenes a la democracia. Los romanos empiezan por la monarquía electiva, pasan a la república aristocrática, primero, democrática después, también contradiciendo a Letourneau, y terminan con la monarquía absoluta de los Césares. Nuestro autor quiere esquivar esta dificultad insuperable observando que "la evolución regresiva de Roma a la monarquía absoluta ha probado brillantemente cuán funesto es, a la larga, este régimen para los pueblos que lo sufren". Pero ¿es que una ley natural debe absolutamente ser buena para la humanidad; y se trata de criticar la conducta de los pueblos, o de formular leyes fatales, que no puedan ser infringidas?

Si pasamos ahora al examen de los pueblos modernos, cuya evolución es tan varia, sorprende que haya podido surgir en cerebro humano el pensamiento de unificarla. Pero ¿qué no ha hecho el espíritu sistemático? Primeramente, el régimen feudal, que no puede ser cla-

sificado en ninguna de las categorías de Letourneau; luego, desenvolvimiento absolutamente distinto, en los diversos países europeos, que lleva en Inglaterra, en época bastante anticipada, al establecimiento de las libertades públicas y al régimen parlamentario; en Alemania, a la división del pueblo y a multitud de pequeños Estados; en Italia, a la dominación extranjera, a más de igual división; en Francia y en España, al absolutismo más fuerte.

¿Cómo es posible hablar de una ley de evolución única para todos los pueblos del mundo, cuando no hay dos que se sometan a ellas?

Hay, continúa el autor, otras supuestas leyes de la evolución, tan carentes de fundamento como las dos antes expuestas: Brunetière admite un desenvolvimiento de las artes, especialmente de la pintura. “La pintura —dice el mismo Brunetière—, por lo menos la pintura moderna, ha empezado por ser religiosa. Pronto, sin embargo, se ha destacado, como rama paralela, la mitológica, que se ha transformado, a su vez, en histórica. De esta última se separa primeramente el retrato que, a su vez, da origen a la pintura de género, para pasar luego, por el paisaje, a la naturaleza muerta.” Xénopol, para desechar esa supuesta ley, entra en el examen de la historia de la pintura en diversos países, revelando, una vez más, el conocimiento profundo que tiene de la historia en todos los ramos. Habla principalmente de la pintura en Italia y en Flandes, y dice en seguida:

Si queremos proseguir nuestra investigación en España, en Francia, en Alemania, en todas partes, hallaremos una evolución distinta, determinada por el medio y las circunstancias que en ella influyeron. Siendo estas condiciones distintas en todo lugar, es necesario que la evolución de la pintura lo sea también. Tan enteramente imposible es formular una ley que rijan esa evolución de manera igual, en todos los pueblos, como lo fue hacerlo en el terreno político o religioso. Para cada país, para cada pueblo, para cada escuela, también hay, sí, una evolución, una dirección marcada en el curso del desenvolvimiento; pero esa dirección es siempre especial, particular del grupo humano que se considera. No hay evoluciones paralelas semejantes. La de la misma forma no se repite jamás en el tiempo, de manera idéntica. Cada evolución es una forma única y característica. No puede lograrse una generalización de las manifestaciones de una misma forma del pensamiento, tal como aparecen en distintos pueblos, sino sacrificando

las diferencias que las distinguen, y que hacen de ellas unidades históricas aisladas. Cuanto más tratamos de generalizar las series paralelas evolutivas, tanta menos aplicación tienen esas operaciones a cada caso particular, tanto más se apartan de la verdad y, por consiguiente, de la ciencia que, no obstante, pretenden constituir. En los hechos de repetición, por el contrario, la verdad se percibe tanto mejor, cuanto pueden los hechos ser generalizados con más amplitud; y esa diferencia no es sino muy natural, dado que en los hechos de repetición, lo esencial es la semejanza; en los sucesivos es, por el contrario, la diferencia, tanto de unos con otros, como con los de series paralelas desarrolladas por otros organismos sociales. Los hechos de repetición se reproducen constantemente, con ligeras diferencias de que puede hacerse caso omiso, e importa notar su semejanza; los sucesivos se siguen sin repetirse nunca de igual manera, e importa notar lo que los diferencia. Sin diferenciación, no habría sucesión, sino repetición solamente.

Transcribe unos conceptos de Tarde, en los cuales se niega la posibilidad de establecer leyes de evolución en las artes, en la religión, en las lenguas, en los gobiernos, en las legislaciones, en los sistemas de moral y en las ciencias. Acerca de éstas, Xénopol enmienda a Tarde: porque la ciencia, dice, es lo único que no está sujeto a cambios; porque tiene carácter absolutamente universal, y no depende de determinadas condiciones; se desarrolla de una manera única e igual en todo el globo; seguirá una ley de desenvolvimiento, pero ley obtenida, no por el método de la sociología, puesto que el objeto que la constituye, la verdad, es uno e indivisible. “Hay pues —continúa diciendo— una ley única e idéntica para la evolución de la ciencia, para el conocimiento de la verdad, y esa ley es la evolución misma, uno de cuyos principios es la verdad.” Agrega a esos conceptos, el párrafo que va a verse:

No ha de creerse que esta ley sea la de los tres estados que formuló primeramente Turgot, que luego recogió y amplió Augusto Comte. No es exacto decir, con esos dos pensadores, que la evolución, es decir, el avance hacia el progreso, pase sucesivamente por tres etapas: el estado teológico, el metafísico y el positivo, y no es más exacto restringir esa ley a la evolución intelectual, como lo hace M. de Greef. Comprende esta última también las artes y las religiones, que no pueden pasar por esas tres fases evolutivas. Pero, aun aplicada a la persecución de lo verdadero y del bien, que son los grandes resortes

de la evolución, la ley de los tres estados excede con mucho del campo que realmente abraza, porque la verdad práctica, por ejemplo, jamás ha revestido la forma teológica, ni la de carácter metafísico; siempre ha sido positiva, lo mismo que la verdad científica. El único terreno de la verdad a que pueda aplicarse la ley de Comte es la investigación de la misma, en el gran sentido del Universo, en el misterio que nos rodea. La explicación del mundo ha recorrido, en efecto, los tres estados de la ley de Comte: teológico, metafísico y positivo.

Entra Xénopol, al acabar el párrafo transcrito, al examen de las leyes de evolución, citadas por M. de Greef, que son, dice, de estática social y de orden económico, y asienta que, cuando De Greef quiere aplicar el concepto de ley a la sucesión, cae bajo el peso de su crítica. Cita casos y ejemplos demostrativos de lo inexacto de estas erróneas aplicaciones del concepto de ley, y descarta otras supuestas leyes de evolución, en otros órdenes de cosas, tema que no juzgo de importancia para este mi trabajo. Concluye el capítulo IX refiriéndose a las *supuestas leyes de la estadística*.

La estadística ha sido llamada la ciencia de los hechos sociales, dice Xénopol; mas para mí no es otra cosa que la aplicación de la ciencia de la cantidad a esos hechos.

Ha originado la estadística, dice el autor, muchas concepciones erróneas; Kant, entre otros, afirmaba que las acciones humanas están sometidas a leyes universales, lo mismo que los fenómenos físicos, y cita la regularidad de los fallecimientos, de los matrimonios y de los nacimientos. Buckle nota la misma regularidad en la relación de los crímenes, especialmente en los asesinatos; aunque reconoce que éstos tienen causas tan variadas, que hay que renunciar, dice, a la esperanza de un método para descubrir tales causas; lo mismo opina respecto a los suicidios, en los cuales es aún más difícil la apreciación de las causas, por razón de la oscuridad de las pruebas. Las acciones humanas, continúa diciendo, forman parte de un vasto plan de orden universal, que es, a la vez, *base y clave de la historia*. Mongeolle opina casi en el mismo sentido.

Para que la uniformidad que hay en los hechos registrados por la estadística pudiera considerarse sujeta a ley, sería necesario que las condiciones para la producción de esos hechos fuesen siempre las mismas; pero ¿quién no conoce que esto no pasa

siempre? Comúnmente circulan por las calles de México gentes casi en igual número, de un día a otro; pero si hay, por ejemplo, algo nuevo, como las ascensiones del hombre-mosca en la Catedral, el número de gente ya no será el mismo que el del día anterior. En los días en que luchaban carrancistas y zapatistas, llegó a verse la plaza llamada *del zócalo*, sin una sola gente. Los promedios de la estadística, aunque muy útiles para el legislador y el gobernante, son falsos, cuando se trata de la explicación de los hechos históricos; porque lo que se quiere comprender es el porqué de las variaciones de las cifras de un año a otro, y este porqué no puede darlo la estadística.

Suponiendo que las cifras de la estadística presenten cierta regularidad en un lugar, no por eso acusan esas cifras la existencia de una ley, puesto que los suicidios, en Morelia, no han tenido el mismo incremento que en Veracruz. Para que hubiera, en la verificación de los suicidios, una ley, sería preciso comprender los del mundo entero, y este cálculo, si se realizara, jamás daría la uniformidad que implica toda ley de la naturaleza. Para que los datos estadísticos pudieran sujetarse a leyes sería preciso suponer, lo que es contrario a la experiencia, que las condiciones para la verificación de los hechos sean las mismas, lo que no sucede: el suicidio, por ejemplo, se debe, en unos casos, al amor; en otros, a la miseria, y en otros más, a la locura, a los excitantes, etc. Jamás una ley de la física o de la química reunirá en su enunciado hechos tan diversos, producidos por distintas energías. Aparte de eso, los hechos que registra la estadística (fallecimientos, matrimonios, nacimientos, crímenes, suicidios, etcétera) no son hechos históricos, puesto que cada uno de ellos, aisladamente considerado, no origina otro u otros; ni tampoco se encadena cada uno de ellos con otros anteriores para formar las series enlazadas por la relación de la causa a efecto, que la historia consigna. Transcribamos el párrafo de la obra:

Las acciones humanas son de dos clases: las que sólo sirven para mantener la vida diaria, tanto de los individuos como de la especie, y las que influyen en los tiempos venideros. Éstas son las únicas que corresponden a la historia. Necesariamente podrá haber, entre ellas, nacimientos, defunciones y casamientos, si se quiere, hasta señas olvidadas en las cartas, pero no de consecuencias históricas; mas

cuando se presente ese caso, el hecho será histórico, por su carácter individual y no por lo que tenga de estadístico, no porque aumente la cifra de los casos que esta ciencia recoge. Rumelín dice muy bien: “Todas las cifras de las estadísticas, ordénense como se quiera, no serán nunca más que la expresión de hechos, material muy importante para trazar la característica de los pueblos, de los Estados, de los tiempos, testimonios históricos del valor más grande, datos para el legislador y el estadista y para los pensadores todos”. Así ha sido aplicada la estadística por A. Bruckner, para determinar ciertas series de hechos históricos, como, por ejemplo, el aumento de extensión del imperio ruso, el progreso de la medicina en el mismo, el habido en los medios de proporcionarse alimentos, etcétera, etcétera. Puede servir, en ocasiones, para inferir las causas de ciertos cambios entre dos épocas más distanciadas; puede, sobre todo, ayudarnos mucho a conocer de manera precisa una situación pasada, pero su papel se limita a esto, a dar materiales para la historia, no a constituir las leyes de ésta. Boutroux niega también a esta disciplina la facultad de formular leyes. “La estadística —dice— ¿no tiene constantemente necesidad de ser completada por el razonamiento? ¿Cuándo tiene que habérselas con cifras que no exijan ser interpretadas y que expresen inmediatamente la realidad social de que se trate? ¿El número de individuos que saben leer y escribir es medida fiel del desarrollo de la instrucción en un país? ¿El movimiento religioso puede calcularse por el tráfico de los objetos utilizados en el culto? Se observa que, en este dominio, individuos de tacto y de experiencia llegan en sus expresiones literarias, y sin utilizar cifras, a una verdad que la valoración matemática no puede lograr.”

Todavía se detiene Xénopol en otras consideraciones acerca de la estadística, con el fin de caracterizar bien a ésta, y de hacer ver que, si puede algunas veces dar leyes de simple manifestación de los fenómenos, nunca podrá darlas acerca de los que se llaman *hechos de sucesión*, es decir, de los hechos históricos. Creemos que con lo que hemos expuesto bastará para comprender el pensamiento capital de Xénopol. Dejemos, pues, ese tema, con el cual concluyen los cuatro capítulos de sociología estática, y volvamos a los de la constitución de la historia.

## CAPÍTULO X

*El material de la historia*

Cualquiera creería, al leer el rubro que encabeza el capítulo x, que Xénopol va a tratar de las fuentes históricas, esto es, de las tradiciones, de los escritos y de los monumentos, que comúnmente han sido considerados como material de la historia. Pero no: el autor entiende por material de la historia lo que voy a exponer, no sin trabajo: porque en este trance de la obra, Xénopol se eleva y habla para los sabios, o, por lo menos, para los que él supone que ya lo han comprendido en los capítulos anteriores.

La primera sección se intitula: “El suceso histórico”. Éste es un hecho cualquiera, particular, general y aun universal, en lo que toca al espacio, pero singular por lo que corresponde al tiempo, siempre que sea posterior a otro hecho que se enlace con él y que sirva para explicarlo, y siempre, también, que haya de producir consecuencias o resultados *intelectuales*.

Recuerdo que en Oaxaca, cuando yo era niño, ascendió una vez en globo un aeronauta apellidado Padrón, y que, al desprenderse el globo de la tierra quedó prendido de un pie, en uno de los cables, un hombre, uno de tantos mirones. La ascensión continuó; mas para Padrón y para los espectadores fue un suceso emocionante, de aflicción, la cual acabó cuando el aeronauta aterrizó.

Si siguiéramos la antigua usanza de considerar hechos históricos los que conmueven a la sociedad, claro es que catalogaríamos para la historia la ascensión aquella; pero con lo expuesto por Xénopol se comprende que tal suceso no es histórico: porque ni se derivó de un hecho social de importancia, ni originó otro hecho de orden intelectual, importante también.

En cambio, el restablecimiento de la Constitución de Cádiz, en tiempo del virrey Apodaca, sí es un hecho histórico, porque se derivó de un movimiento en España en favor de las formas constitucionales, y porque contribuyó a que las clases acomodadas cooperaran a desligar a la Nueva España de la sumisión a la corona ibérica.

“Formas generales de la vida del espíritu”. Bajo este título, diserta Xénopol con alguna amplitud, pero no con la claridad deseable, y hace ver que lo que influye en la evolución de las sociedades, y

da lugar a hechos históricos, es la actividad de los hombres, en lo económico, en lo político, en la esfera de la religión, en la moral, en la esfera del derecho, en las artes y en las ciencias.

En algunas de estas actividades influyen las masas populares, y en no pocos casos son los grandes hombres los que ejercen el influjo; esto pasa generalmente con religiones como las mono-teístas y las dualistas, creadas por sus fundadores; pues el fetichismo y el politeísmo se deben a las generaciones sucesivas, y no se sabe quién las haya creado.

En el orden científico y en el de la moral y el derecho, el progreso no tiene límites; en las artes del gusto, no parece que pueda llegarse más allá de donde se ha llegado, y las escuelas y los artistas lo que hacen es restaurar las obras de la belleza que produjeron griegos y romanos.

Las masas de los hombres se preocupan más de las formas económicas, políticas, religiosas, morales y jurídicas, y son muy contados los hombres que se interesan por las científicas y las artísticas. Sobre esto se expresa así el autor:

¿Qué número de aldeanos, y aun de obreros, de los países civilizados visitan los museos de pintura y de escultura, o se deleitan con la audición de Aída, del Fausto o de Lohengrín? ¿Cuáles de entre ellos ambicionan saber si la tierra gira alrededor del sol, o si no se mueve; o se preocupan de averiguar los principios en que se basa el movimiento de la locomotora, que a cada momento ven pasar delante de ellos? Para la grande, la inmensa mayoría de los hombres, la ciencia y el arte superior, es decir, precisamente los productos supremos de la evolución, no existen. Todas sus aspiraciones se limitan a ganar el diario sustento, a procrear hijos y criarlos bien o mal, a adormecer su cerebro con la ilusión de algún ensueño religioso, a descansar de vez en cuando delante de un vaso de vino, oyendo música popular. En punto a la ciencia, se contentan con conocimientos prácticos que de ella derivan y que pueden servir para sus necesidades. Así, no dejan de utilizar los descubrimientos que pone a su disposición, sin preocuparse lo más mínimo de los principios en que esos descubrimientos se basan. Las últimas, las más altas verdades de la ciencia, como las más espléndidas creaciones de lo bello, siguen siendo para ellos letra muerta. Estas dos formas superiores de la vida humana, por consiguiente, a pesar de su gran importancia para la marcha de la humanidad, están lejos de tener para la inmensa mayoría el mismo valor que los elementos del bien y de la verdad práctica.

“Producción de los hechos históricos”. Al estudiar estos hechos, puede uno tomar los lineamientos generales, o bien, descender a los pormenores.

El primero de estos modos de proceder es complejo; el segundo ofrece más sencillez. Si estudiamos la evolución religiosa en Europa, la Reforma se nos presenta como un gran hecho, único, enlazado con el Renacimiento, con la corrupción de la Iglesia romana, con la rivalidad entre Francisco [I] y Carlos V, con la constitución del imperio germánico, con los ataques de los turcos, etcétera; pero si estudiamos la Reforma solamente en Inglaterra, tenemos que referirnos a la intervención de Enrique VIII, y después, al divorcio de este rey, y a otros hechos: el amor del monarca a Ana Bolena, la resistencia de Catalina, su apelación al papa, la sentencia de éste, la ruptura de Enrique VIII con Roma, etcétera.

Sea porque Xénopol no es suficientemente explícito en esa sección del capítulo x, o porque la traducción no es la más feliz, el caso es que los que lean los conceptos del autor no podrán imponerse de modo que no tengan dudas. Apuntaré, siquiera, lo que he podido comprender, aparte de que, para que se vea que no exagero, transcribiré algunas líneas de las que envuelven más nebulosidad.

Los hechos históricos, da a entender Xénopol, nacen de las fuerzas evolutivas, actuando éstas en determinadas condiciones. Tales fuerzas contribuyen a que puedan formarse las que se llaman series históricas.

Después de esos conceptos, apenas entresacados de entre otros, sigue este párrafo que reproduzco, con el deseo de que pueda ser comprendido, y también para que se vea que el lenguaje del autor no se ajusta a la comprensión del común de los oyentes o lectores:

Todo hecho histórico, simple o compuesto, es resultado de la acción de una fuerza, o de la combinación de varias de ellas, pasando por ciertas condiciones. No produce hechos una sola de las actividades históricas, y sí sólo da origen a las series; es la influencia del medio, que no podría crear hechos, sino solamente modificarlos y transformarlos, conforme a su carácter, la que puede producir de esta suerte series históricas. Por el contrario, hay un agente, el azar, que, sin embargo, no es una fuerza, sino el encuentro fortuito de la acción de varias fuerzas, y que, pudiendo siempre dar origen a hechos e inter-

venir así en el desenvolvimiento de las series históricas, no podría determinar su formación.

A lo transcrito, siguen otros párrafos tanto o más oscuros. La sección última del capítulo x, intitulada: “Generalidades y contingencias”, es en la que el autor se propone hacer notar la influencia de los grandes hombres en los sucesos que registra la historia, influencia tanto más poderosa cuanto es mayor la decadencia de las sociedades. Así pasó en Roma, pues a medida que aquel gran pueblo fue perdiendo sus osadías, la historia va explicándose, más por el estudio de los Gracos, de Mario, de Sila y de los Césares, que por las acciones de las masas populares. Lo mismo puede decirse de la historia del cristianismo, puesto que, si los primeros cristianos imprimieron a su religión la fisonomía especial que presentó en los primeros siglos, después esa historia se vincula con la vida de los papas. Asimismo, la historia de Oaxaca, después de la conquista, va explicándose —y así lo ha hecho el presbítero Gay— mediante la descripción de las vidas de los obispos, puesto que el pueblo conquistado y el nuevo que surgía no tenían acción política, dado el absolutismo de la dominación española.

Don Vicente Riva Palacio, al concluir el segundo tomo de *México a través de los siglos*, aseveró que llegará la vez en que se escriba la historia prescindiendo de los personajes; pero si, como lo espero, la obra de Xénopol tiene éxito —y este éxito habrá de basarse en las valiosas innovaciones que trae—, si tiene éxito, repito, no habrá de prescindirse de la actuación de los grandes hombres, que son a veces, aunque no siempre, factores de los sucesos.

## CAPÍTULO XI

### *Las series históricas*

Éste es un capítulo en que el autor se muestra más innovador acerca de lo que debe entenderse por historia, y más conocedor de los antecedentes y circunstancias de los pueblos europeos.

Hay en ese capítulo párrafos que, transcritos aquí, serían casi incomprensibles; pero voy a fijarme, como he venido haciéndolo, en lo esencial, y a exponer ejemplos, no sacados de la historia

y etnografía de Europa, sino de nuestro país; sólo cuando no los halle, citaré los del autor.

“Naturaleza de la serie”. Con esta sección empieza el capítulo, y en ella Xénopol establece que la serie es la forma del desenvolvimiento de los pueblos y aun de la humanidad.

La serie, dice, está constituida esencialmente por el enlace de los hechos, en virtud del nexo de la causa en relación con el efecto. Sin este nexo no habría serie propiamente dicha.

Muchos autores, a quienes cita la obra, han creído que la historia nada tiene que ver con las causas; que debe exponer los hechos, tales como han ido ocurriendo. Xénopol, refutando esas opiniones y apoyándose en las de Maurembrecher, Wundt, Sybel, Lamprecht, Gratenfelt y Seignobos, sostiene que lo capital para la historia es la determinación de las causas, para encadenar los hechos y formar con éstos las series.

Ya antes se ha hecho notar que, para que haya causa, se necesita que exista una fuerza y que esta fuerza actúe dentro de determinadas condiciones.

Una de las fuerzas más poderosas, productoras de los hechos, es la energía evolutiva, esto es, la tendencia que hay en cualquier grupo humano a desenvolver las potencias que ha traído a la vida. A esa fuerza se unen muchas condiciones que ya ha estudiado el autor y que son: el medio, la raza, el instinto de conservación, la tendencia a la lucha por la existencia, la imitación, la continuidad intelectual, es decir, el apego de los pueblos a aquello en que han vivido, apego que influye en que la evolución no signifique siempre progreso, sino regresión, pero apego que va siendo cada vez más débil; el azar y la intervención de algunos hombres hábiles y fuertes, que a veces es tan inexplicable como el azar.

Sobre la influencia de la fuerza evolutiva, y de las condiciones que la acompañan para dar origen a los hechos históricos, diserta ampliamente el autor; yo no creo conducente exponer a ese respecto todo lo que dice, y remito por eso, al que quiera profundizar el punto, al interesante capítulo XI; y lo hago así, con motivo tanto más fundado cuanto que Xénopol, para sostener sus afirmaciones, apela a hechos poco conocidos de la historia de los pueblos europeos, que tan sólo pueden ser apreciados por muy contadas personas. Hay, sin embargo, párrafos que son tan instructivos, que no deben pasarse inadvertidos; dice, después de

haberse referido a los antecedentes y factores que originaron el feudalismo, lo siguiente:

Por todas partes, a la acción de esas fuerzas, viene a añadir la suya, la individualidad, y a dar, de esa suerte, a todo desarrollo en serie, el carácter único y contingente que le distingue de todos los restantes desarrollos paralelos, anteriores y posteriores, de igual naturaleza.

La serie histórica de la Revolución francesa, en la que intervenían precisamente grandes fuerzas, dependió en gran parte de la forma que hubo de adoptar, de las individualidades que intervinieron; por tanto, del azar que las puso al frente de los acontecimientos. Si la burguesía fue invitada a elegir doble número de representantes que los que enviaban los demás órdenes, esa disposición, que tuvo las consecuencias más decisivas, debióse, en primer lugar, a las ideas que Nécker alimentaba acerca del particular; por tanto, a la intervención de una personalidad que el azar había forjado, y cuyo acceso, al frente de los negocios de Francia, era también en gran parte fortuita. Pero la intervención de Nécker en la marcha de los acontecimientos no por eso fue menos la causa principal de la evolución siguiente. Aquella doble representación del tercer estado dio lugar a la tendencia de la burguesía a poner mano sobre los estados generales, y ocasionó la discusión del voto por clases o por individuos. La resolución adoptada por los representantes de la burguesía, de común acuerdo con los de la nobleza y el clero que se unieron a ellos, fue causa de la negativa de la mayoría de clases a hacer conjuntamente la comprobación de los poderes. Esa negativa fue causa de que el tercer estado, aumentado con nobles y sacerdotes que se le unieron, se constituyera en Asamblea Nacional. El rey, naturaleza débil e indecisa, que en aquel gran conflicto vaciló siempre entre dos evoluciones, ordenó aquella vez, influido por los privilegiados, la disolución de la Asamblea. Ésta, por boca de Mirabeau, se negó a obedecer al rey, y así empezó la revolución. La intervención de la personalidad de Luis XVI, elemento fortuito, traído por el azar del nacimiento, y su particular complejión mental, colocada en el trono de Francia en aquel momento, no se halla en ninguna relación causal necesaria con los acontecimientos anteriores a su intervención; pero no por ello deja de ser, por su aparición en aquel momento, causa determinante de que un órgano del Estado negara obediencia al jefe supremo del mismo, y así se inició la Revolución francesa, no como lucha del pueblo sin organización contra su gobierno, sino como disensión de ese gobierno con uno de sus órganos principales, con una parte de sí mismo. El rey, en vista de la negativa del tercer estado a someterse a sus órdenes, ce-

dió, temeroso, y mandó a los dos órdenes primeros que se unieran a la burguesía. El 27 de junio, el rey ordenó a la nobleza que se uniera a la Asamblea Nacional, y consagró así él mismo, solemnemente, aquel decreto de 17 de junio, que había derogado el 23. Pero, alentado de nuevo por su camarilla de privilegiados, concibió el plan de un golpe de Estado; reunió sus tropas y despidió a Nécker, lo que dio lugar al levantamiento terrible de París y a la toma de la Bastilla (14 de julio).

Si quisiéramos continuar la narración de aquella gran serie histórica, veríamos intervenir siempre las grandes actividades del instinto de conservación de las masas, de un lado; de otro, la individualidad vacilante del rey, así como la de las personalidades que dirigían la revolución.

En la formación de las series influyen, como dicho queda, las energías evolutivas, combinadas de diversas maneras. Hay un fenómeno histórico muy complicado que, a pesar de lo que han creído algunos pensadores, no puede explicarse de una manera uniforme, sino solamente aplicando, tan pronto una combinación, tan pronto otra, de las leyes que rigen la evolución; ese fenómeno es el que se ha llamado la desnacionalización. Para hacer aplicaciones que ilustren la cuestión, Xénopol se refiere a casos de la historia de los pueblos europeos, varios de ellos apenas conocidos por nosotros. Voy, para evitar la oscuridad, a referirme a los que se contraen a nuestra historia y a nuestra etnografía, bien que los que no sean ignotos, sí los tomaré de la obra.

Si hubiese para las desnacionalizaciones verdaderas leyes sociológicas, siempre se observaría el mismo resultado y aun podría preverse; pero no sucede así, como vamos a verlo.

Si se dijera, por ejemplo, que el pueblo conquistado es siempre desnacionalizado por el conquistador, la pretendida ley sería desmentida por lo que ocurrió con los griegos, que, en vez de desaparecer, civilizaron a sus dominadores, los romanos. Si, a la inversa, se pretendiese que es el pueblo conquistador el que queda absorbido por el conquistado, tampoco sería acertada la fijación de la ley; los aztecas, los tarascos, los mayas, los zapotecas y los mixtecas, han perdido con la conquista su cultura, de la cual quedan sólo algunos lineamientos.

Podrían abandonarse estas formas, y atenerse a la proporción numérica; pero aun así no se halla la pretendida ley Xénopol cita en contra el caso de las Galias, que quedaron sometidas a los

romanos, menos numerosos que los de aquella región; y yo me atrevería a citar para el mismo fin, el de los mismos pueblos del Anáhuac, más numerosos que los grupos de conquistadores que llegaban, pueblos que fueron sojuzgados y perdieron su autonomía.

Budinger sostiene que, de dos nacionalidades en pugna vencerá siempre la que sea superior en número, en riqueza, en poderío político o en su cultura intelectual. El autor a quien comento, le objeta que esa ley es absolutamente vaga (lo indica así la conjunción): porque, si se trata de uno solo de esos elementos, pueden faltar los otros, y cualquiera de éstos puede hacer frustráneo el supuesto; y si se suponen en el pueblo dominador todos esos elementos juntos, el caso no se presenta así nunca en la humanidad.

Por lo expuesto se comprende que sería en vano buscar ley que explique la desnacionalización; ésta sólo puede quedar explicada por medio de los antecedentes históricos, en cada caso. Así, los historiadores, al referirse a la desaparición de los toltecas, y a la incorporación de los que sobrevivieron, a las razas posteriores, la explican como efecto de las hambres, las pestes y las guerras. En el antiguo continente, los asirios, los medos, los fenicios, desaparecieron también, pero fueron las invasiones y el empuje de otros pueblos más poderosos los que contribuyeron a su desaparición.

Xénpol hace notar que en los fenómenos de desnacionalización, lo que se opone más a ésta es la religión, y cita el ejemplo muy elocuente de los judíos, que, habiendo perdido el territorio y aun la lengua, se mantienen aún como una nacionalidad, bajo la influencia de su religión. También en nuestra historia hay un caso que lo comprueba; el de Cosijopii, rey de Tehuantepec, y de sus súbditos que, muchos años después de la conquista, fueron sorprendidos en sus adoratorios ocultos, por los misioneros, los cuales se indignaron al ver que aquellos zapotecas no abandonaban el antiguo culto a sus dioses.

“Acerca de los diferentes modos de producción de las series”, el autor entra en consideraciones que no creo necesario transcribir, porque no conducen directamente a mi objeto, que es el de interesar a nuestros amantes de la historia, a fin de que la escriban sobre las bases nuevas, propuestas por el mismo Xénpol.



La última sección del capítulo XI trata de “La afirmación e importancia de las series”. El autor indica, en dicha sección, que, para formar las series, se necesita el examen atento de los hechos de sucesión, y el de las causas que los enlazan bajo las relaciones de causa a efecto. He aquí las reflexiones del autor, que servirán para que acabe de comprenderse el concepto que tiene de la historia, y que espero contribuyan a orientar, para trabajos nuevos, a los que desean hacernos conocer nuestro pasado, en el que está la comprensión del presente.

Los historiadores que han dirigido sus esfuerzos a descubrir las ideas generales que rigen la evolución se han dejado inducir a error por las ciencias de repetición y por las teorías históricas que las toman como base. Llevados, de un lado, por el predominio del espíritu científico de nuestra época; de otro, por el papel, cada vez más considerable, que tienen las masas, en cuyo seno parece desaparecer la energía individual, han pensado que la historia era semejante al campo de la naturaleza, y han tratado de descubrir también leyes en la sucesión de la historia. Hemos visto que esfuerzos tales no pueden conducir más que a falsear la narración del pasado.

Cuando se habla de sucesión, no se trata de leyes universales, en el sentido de las que rigen la repetición, sino de series (ideas generales también), siempre únicas y particulares, que no se repiten jamás de una manera idéntica, que son siempre desemejantes en el espacio, lo mismo que en el tiempo, y que no poseen, por tanto, el carácter de leyes.

Siendo la historia el reflejo de la realidad pasada en el espíritu humano, la fuerza de las cosas obliga a los historiadores a hacer resaltar, más o menos, en sus narraciones, las series históricas, aun cuando no las consideren especialmente. Todos los títulos, más o menos generales, dados a ciertas partes de la historia, abrazan casi siempre series, como, por ejemplo, caída del imperio romano, invasión de los bárbaros, triunfo del cristianismo, conquistas del pasado y el imperio, emancipación de los comunes, establecimiento del régimen feudal, avances de la aristocracia, desarrollo de las repúblicas italianas, cruzadas, etcétera, etcétera. Esos títulos corresponden en todas partes a series históricas, dado que designan los resultados alcanzados por la evolución de esas series. Pero no se sigue esta misma de una manera consciente como serie histórica, es decir, como sucesión de una continuidad de hechos, debida a la repetición del mismo impulso, o el encadenamiento de diferentes hechos por el juego de las fuerzas y de las condiciones exteriores.

Concluye esta sección reclamando el autor dos cosas: primera, que al formar las series se escojan los hechos, no atendiéndose al valor que el criterio del historiógrafo quiera darles, sino a la importancia que tienen, por razón del enlace que muestran en la marcha misma de las cosas; segunda, que para relacionar los hechos no se atenga uno a las opiniones o juicios de los narradores; han de enlazarse los unos con los otros, por razón de las fuerzas y condiciones que les han precedido para producirlos.

Seignobos ha creído que la historia no es más que un encadenamiento evidente e indudable de *accidentes*. Éste es un error, según el profesor rumano, el cual se expresa así, con motivo de ese aserto:

La lanzada de Montgomery es causa de la muerte de Enrique II, y esa muerte lo es del advenimiento de los Guisas al poder, que acarrea el levantamiento del partido protestante. En la evolución humana se encuentran grandes transformaciones, que no tienen otra causa inteligible que un accidente casual. Es lo que puede presumirse en dos casos: cuando sirve de ejemplo a una masa de hombres y ha creado una tradición; cuando ha podido dar órdenes e imprimir dirección a un conjunto de hombres, como ocurre a los jefes de Estado, del ejército, de la Iglesia. Los episodios de la vida de un individuo son entonces hechos importantes: en cuadro reducido a los hechos generales de la vida, no habría lugar para la victoria de Farsalia o para la toma de la Bastilla, hechos accidentales o pasajeros, pero sin los cuales no podría comprenderse la historia de las instituciones de Roma o de Francia. La misma opinión reproduce Seignobos, no sólo en teoría, sino también cuando explica los hechos históricos. Para él, "la Revolución de 1830 fue obra de un grupo de republicanos oscuros, servidos por la inexperiencia de Carlos X; la Revolución de 1848, obra de unos cuantos agitadores demócratas y socialistas, ayudados por el desaliento súbito de Luis Felipe; la guerra de 1870, obra personal de Napoleón III. No se ve ninguna causa general de esos tres hechos imprevistos en el estado intelectual, político o económico del continente europeo. Esos tres accidentes han determinado la evolución política de la Europa contemporánea". Escribir líneas semejantes es desconocer por completo el influjo recíproco de lo general y de lo individual en la historia, tesis que hemos sostenido en nuestro libro. Así, aprobamos la crítica que Mátter hace del libro de Seignobos. Pero Mátter participa de otra concepción errónea sobre la historia. Dice que "la explicación del desenvolvimiento general de Europa no es científica;

que se basa en una hipótesis y no en documentos, y que, en tanto que no se hayan descubierto los archivos secretos de la Providencia, estaremos reducidos a hacer hipótesis, para dar cuenta de las corrientes históricas". Quizá es cierto que los documentos no indican siempre de manera explícita el sentido de las grandes corrientes históricas; pero su conjunto, sus relaciones, la indicación de los hechos generales que en ellos pueden estudiarse, nos dan materia suficiente para la explicación casual que, por lo mismo, deja de constituir una hipótesis y llega a la certidumbre más o menos determinada. Cuando se ven las causas de la Revolución francesa en la opresión del gobierno y las desigualdades del estado social, así como en las ideas extendidas por los grandes pensadores del siglo XVIII, la explicación de esa gran corriente histórica no es seguramente hipotética, sino todo lo científica posible, dado que se basa en la verdad, afianzada con pruebas.

Se ve cuán necesario es determinar bien el carácter de la historia, puesto que unos la hacen consistir en una sucesión de accidentes; y los que critican esta opinión hacen de ella una ciencia, basada no más que en hipótesis, lo cual no es mucho mejor; y otros quieren que sea ciencia conjetural. Accidentes, hipótesis, conjeturas, son elementos reales o intelectuales que entran en la historia; pero su desenvolvimiento real no es ya una sucesión de accidentes, como su exposición tampoco es una serie de hipótesis o de conjeturas.

### CAPÍTULO XIII

#### *El método en la historia*

El autor de la *Teoría de la historia* dispuso los capítulos de su obra no según lo exigen la ideología y el orden lógico, sino conforme al plan por él ideado.

Habría yo procedido injustamente si, en vez de aclarar sus conceptos, hubiese condenado, por incomprensibles, no pocos de los párrafos del libro; porque éste no se escribió para el vulgo, ni aun siquiera para los estudiantes; se formó para los hombres de ciencia.

Pero, si no condeno las nebulosidades que para los profanos contiene la obra, sí tengo necesidad de hacer los extractos de ésta, de modo que las ideas se enlacen con claridad y precisión en la mente de los que hayan de honrarme, fijándose en este mi trabajo.

Por ese motivo, reservé el resumen y el comentario del capítulo III para el lugar oportuno, y he invertido la colocación de los

capítulos XII y XIII. Me parece —salvo la mejor opinión del autor y de los inteligentes en la materia— que, para decidir si la historia es o no es ciencia, hay que conocer antes cómo se constituye la historia y con qué elementos se forma; y por lo que toca a los dos últimos capítulos: el XII, que trata de la concepción de la historia; y el XIII, que se contrae al método de ésta, juzgo que primero debe exponerse este método para comprender cómo se enlazan sus verdades, y que después se podrá ya definirla, dándole el lugar y el rango que ocupa entre los ramos del humano saber, y distinguiéndola de las simples narraciones y de la sociología estática. Pero es tiempo ya de entrar a la exposición y examen del capítulo XIII, último de la obra, que debiera haber sido el antepenúltimo, esto es, el XI.

Como, por lo que nos ha enseñado Xénopol, la historia debe, no sólo fijar y ordenar los hechos de sucesión, sino descubrir las causas que van enlazándolos, para que así se formen las series, resulta que el que hoy deba consagrarse a la historia, necesita emplear dos procedimientos intelectuales de índole diversa: el uno, de investigación de los sucesos, distinguiendo lo verdadero de lo falso, en las enseñanzas de las tradiciones, de los monumentos y de los escritos, procedimiento ya antes sistematizado en lo que se ha llamado *crítica histórica*; el otro, que sirve para encontrar las verdaderas causas de los hechos históricos. En ambos modos de proceder es la inducción, esto es, el raciocinio que parte de los hechos y no de los principios, para concluir con algo más general que esos hechos; es la inducción, repito, la base del trabajo del historiógrafo; pero veremos en qué forma se aplica ese modo de raciocinar cuando se trata de trabajos de historia.

Asevera el autor que el método en la historia difiere del de la ciencia en que domina la repetición, porque en la historia hay que comprobar la existencia de los hechos, y esta comprobación no se hace por observación directa de los mismos, con los sentidos, como en física y en química, y se ha menester examinar los medios por los cuales nos viene el conocimiento del pasado.

Considera el autor como fuentes de la historia los monumentos y los documentos. No me explico por qué haya omitido hablar de las tradiciones; y no me lo explico porque Xénopol refuta, y con razón, a los que asientan que sólo hay historia desde la aparición de la escritura. No debió, a mi juicio, dejar de hablar

de las tradiciones, porque de éstas también nos viene el conocimiento de los hechos pasados, y hasta sirven para explicar otros hechos. Por tradición se llegó a fijar en los escritos el origen de la fundación de México en el lugar en que el águila, parada sobre una planta de nopal, devoraba una culebra. Esa tradición sirve, pues, para explicar por qué el águila figura en el escudo nacional de los mexicanos. Pero, prescindiendo de la omisión del autor, veremos lo que objeta a los que juzgan que la historia sólo existe desde el empleo de la escritura.

Sabido es, en efecto, que la historia de nuestros días no se limita solamente a los documentos escritos para tomar de ellos los hechos que registra. La historia del arte, por ejemplo, y las conclusiones de gran enlace que de ella se derivan, no se basan gran cosa en documentos escritos, sino en los monumentos del arte mismo. Si la historia no ha de recoger sus hechos más que en los documentos escritos es evidente que debería desechar cualquier otra fuente de información, desde que apareció la escritura. Porque si esta condición es indispensable para que la historia pueda existir, sin ella no podría haber historia. Pero ¿qué historiador trataría de historiar el Renacimiento, o la Grecia de los tiempos de Pericles, o el Egipto, sin extender sus estudios a la arquitectura, la escultura y la pintura de aquellas épocas? Si la historia tiene que recurrir a los monumentos, aun en el periodo en que puede basarse en documentos, ¿por qué no utilizar esa fuente de información para los tiempos en que la escritura no existía? Porque, en último término, no podría decirse que la historia de la humanidad no empieza sino con la aparición de la escritura. No es ésta otra cosa que el resultado de una larga evolución anterior, y la historia, que tiene que exponer la evolución del género humano, no puede atender menos a la que precede a la escritura que a lo que la sigue. No vemos las razones que hacen que no se estudien, con ayuda de las lenguas, cuyos restos constituyen también monumentos, es decir, restos materiales, sonidos dejados por los hechos mismos (la lengua hablada en otro tiempo), las emigraciones de las razas; con ayuda de los restos prehistóricos, las etapas sucesivas del progreso realizado por las sociedades humanas; con ayuda de los monumentos, el estado de las ciencias, y así sucesivamente. Parécenos que esas enseñanzas, acerca de la humanidad primitiva, forman tanta parte de la historia como las que se logran más tarde con ayuda de los documentos escritos, y que tienen también por objeto las emigraciones, el estado de la civilización, el progreso realizado, así como el conocimiento de los pro-

ductos de la inteligencia. Por otra parte, es indudable que, respecto a los tiempos primitivos, los datos obtenidos de los monumentos son mucho más ciertos que los que proceden de algunos documentos oscuros y confusos que aquellos tiempos nos han legado. Así, las pomposas inscripciones, que los faraones de Egipto mandaron poner en las paredes de sus templos, encierran un material histórico mucho más pobre que los dibujos y relieves que las adornan; los datos etnográficos de la Biblia son de escásísimo valor, comparados con los que nos ha aportado el estudio de los idiomas hablados por los pueblos. La cuestión del lugar originario de los arios, problema histórico de la mayor importancia, no podría plantearse siquiera sin el estudio de la lingüística comparada.

Todos esos nuevos descubrimientos de la historia, que hacen remontarse más el conocimiento de la evolución humana, se deben al estudio de las lenguas y de los restos enterrados en el suelo, al estudio de los monumentos y no al de los documentos escritos. Todos esos medios de investigación sirven, pues, para determinar la historia de los tiempos que nos los han legado, y no vemos motivo alguno para que no se base también en ellos el conocimiento del pasado.

Los sentidos son indispensables para las ciencias de los hechos de repetición; en historia, apenas pueden emplearse para la fijación de los hechos contemporáneos; pero son de mucha importancia cuando se trata de conocer el pasado, en los monumentos; especialmente en la historia del arte; ellos son en ésta los mejores informantes, puesto que las obras que nos quedan dan en muchos casos más luz que las mejores relaciones. Téngase presente, sin embargo, que las obras de arte no nos dan más que el conocimiento general de las épocas y de las fases evolutivas; pues por lo que toca a los hechos, hay que atenerse siempre a las relaciones escritas, esto es, a los documentos.

Refiriéndose a éstos, el autor los divide en dos clases: los inconscientes y los conscientes, es decir, son inconscientes aquellos en que el autor cuenta el hecho, sin proponerse hacer historia del mismo, como la carta de un soldado a su familia, en que refiere cómo fue un combate, de muy distinto modo de como lo relata un parte oficial; y son conscientes los documentos en que quien los redacta se propone hacer historia, y presentar el hecho como el relatante lo quiere.

Para Xénopol, que, como he dicho, no se ocupa en hablar de las

tradiciones, las fuentes de la historia, en el orden de su importancia para la verdad, son tres: la primera, y más valiosa, es la de los monumentos; en seguida vienen los documentos inconscientes; por último se toman en cuenta los documentos conscientes, que son los menos dignos de fe, precisamente, dice el autor, porque en ellos sus autores se han propuesto presentar el hecho como ellos desean que aparezca.

Yo, sin dejar de lamentar la omisión relativa a las tradiciones, no condeno esa apreciación de Xénopol, que es útil, aunque no es la única enseñanza valiosa que debe guiarnos en la formación de la historia; pues Donou ya estableció las bases para apreciar el valor de los testimonios y para aceptar o desechar los escritos de los narradores. Las enseñanzas de Donou, aun sin las de Xénopol, son valiosísimas para la fijación de los hechos históricos, y podríamos prescindir de las de Xénopol.

Entra el autor en exámenes detallados acerca de cómo los métodos inductivo y deductivo se emplean en historia. No creo que esos exámenes puedan conducir a otra conclusión que a ésta: *el método de investigación de los hechos históricos es inductivo, pero con una forma especial*; es decir, se pasa en él, no de un hecho o de varios a un principio o a una ley, sino de un hecho a otro: por ejemplo, de la aparición de instrumentos de labranza, en una excavación, se infiere que en el lugar del encuentro vivió un pueblo agricultor.

Xénopol propone que a la forma especial de la inducción en la historia se la llame *inferencia*, a fin de que se comprenda que ese raciocinio toma en historia una forma especial. No acepto esa innovación que trastornaría el significado de los vocablos técnicos de la lógica; es mejor decir que se trata del método inductivo, pero de un caso particular a otro.

“Determinación de los hechos y de sus causas, por inferencia”. Con este encabezamiento desarrolla Xénopol la última sección del capítulo último de su obra, capítulo en el que intenta innovar el tecnicismo de la lógica.

Expondré sus ideas capitales, para hacer las consideraciones a que se prestan.

¿Cuál es, pregunta, la operación lógica que sirve para reconstruir los hechos desconocidos, por medio de los que conocemos? Y declara que son la inducción y la deducción las que sirven en el caso.

La inducción nos conduce para concluir que lo que hay en una clase entera es lo mismo que hemos hallado en ciertos individuos de esa clase; es una generalización de la experiencia, y se funda en la uniformidad de la naturaleza. La deducción, a la inversa, pasa del principio o de la ley, al hecho.

La inducción es la base de las conclusiones, en las ciencias de los hechos de repetición y aun en la sociología estática; y la deducción servirá para descubrir hechos individuales, y aun hacernos comprender lo que sucedió en tal o cual caso particular.

Podemos darnos cuenta de la ruina del sistema de Law si le aplicamos los principios generales del crédito. El empobrecimiento de los pequeños propietarios será siempre una consecuencia de las guerras hechas a sus expensas, en todos los tiempos y en todos los pueblos. El nacimiento de la aristocracia, a consecuencia de una diferenciación económica, será la consecuencia universal de una ley de sociología estática, de las más características. Lo mismo ocurrirá con el poder de los sacerdotes, consecuencia de la autoridad de la religión; con la formación de las grandes ciudades, que se derivará siempre de la concentración de los negocios; con la corrupción moral, que seguirá a la acumulación de las riquezas; con la situación del agricultor, que irá siempre unida a la propiedad del subsuelo; con la rivalidad entre los pretendientes al trono, que se mostrará allí donde no exista el principio hereditario; con la presencia de palabras semejantes en idiomas diferentes, que supondrá siempre un desarrollo común de esos idiomas, durante cierto tiempo, y así sucesivamente, en infinidad de casos. Estos principios generales podrán ser siempre formulados inductivamente, y una vez conocidos, servirán para explicar, por vía deductiva, los hechos singulares que presente la evolución.

Mas, fuera de los hechos coexistentes y de las leyes del desenvolvimiento, la inducción y la deducción no pueden aplicarse en historia, porque en ésta los hechos no están sujetos a uniformidades. "Jamás podríamos remontarnos en historia, de un caso singular a todos los de la misma especie, de lo que ha sucedido una vez, a lo que ocurrirá siempre."

Hemos visto que en historia se parte de lo conocido para llegar a lo desconocido, es decir, que se sigue la misma marcha que en la inducción y en la deducción. ¿Cómo puede explicarse esto? Es que en historia, lo desconocido individual se descubre por lo

conocido, también individual. Del descubrimiento de una inscripción, se colige que en tal pueblo y en tal época reinaba un monarca o dominaba una dinastía.

El autor, queriendo modificar, como decía yo, el tecnicismo de la lógica, quiere que se llame a ese modo de proceder, *inferencia*, para distinguirlo de la inducción y de la deducción. El mal está en que el lenguaje lógico no permite esa restricción en el significado de los términos, pues *inferencia* es el género que comprende a las especies *inducción* y *deducción*. Pero, prescindiendo de esta exigencia inadmisibles del autor, véase este párrafo que sí puede aceptarse:

La inferencia puede ser de tres clases, atendiendo a la posición que el hecho que se busca ocupa con respecto al conocido. Puede ser ascendente, cuando el hecho que hay que determinar precede al que sirve para descubrirle. Por ejemplo, vemos que, a partir de una fecha, ya no sanciona los documentos un rey, sino su hijo. De ello inferimos: que el padre ha muerto, o que ha abdicado, aun cuando no conozcamos directamente su muerte ni su abdicación. O bien, vemos a los bárbaros pidiendo continuamente licencia a los romanos para establecerse en el imperio, e inferimos que la causa es la atracción que la civilización romana ejercía sobre ellos. La inferencia puede ser lateral, cuando el hecho desconocido coexiste con el conocido. Así, la presencia del bronce en un pueblo, cuyo territorio no encierra cobre, nos hará admitir, absolutamente, o que el estaño que se necesita para la aleación se importaba, o que los objetos de bronce eran de procedencia extranjera. O también, la existencia de dos palabras iguales, en dos idiomas diferentes, nos probará que los pueblos que las hablan hubieron de poseer en común, antes de separarse, lo que esas palabras designan. La inferencia puede ser descendente, es decir, que un hecho conocido puede hacernos inducir la existencia de otro posterior. Ejemplo: una inscripción consigna la fecha de la muerte de un personaje. Hay crónicas que refieren hechos que habría realizado con posterioridad a esa fecha. Dedúcese: o que los hechos no son verdaderos, o que son equivocadas las fechas que se les asignan.

Expone el autor, y refuta con razón las aseveraciones de Bernheim, Bain y Stuart Mill, que no se han dado cuenta de cuál es el verdadero método en historia, y después de explicar muy bien lo que es la hipótesis en las ciencias naturales, y hacer ver cómo la hipótesis se convierte en teoría, dice: La hipótesis puede em-

plearse en historia, pero en muy contados casos, y para que nos lleve a la verdad, necesitamos que el supuesto que contiene se confirme por las revelaciones de los monumentos o de los documentos. Por ejemplo, pudiera suponerse —y creo que lo han dicho algunos cronistas— que los aztecas, previendo su ruina, ocultaron sus más valiosos tesoros, a fin de que los conquistadores no se apoderasen de sus riquezas; para que ese supuesto llegase a ser una verdad, sería necesario o que se hallasen esos tesoros, o que apareciese alguna relación fidedigna que confirmara la ocultación. Pero como ni una ni otra cosa han ocurrido, el supuesto no tiene aún valor científico alguno.

Como los hechos históricos tienen varias causas, y como una misma fuerza puede producir diferentes efectos, resulta que el hecho histórico sólo puede admitirse como cierto cuando está comprobado; no pasa en historia lo que, por ejemplo, sucede en astronomía, en la que puede admitirse como indudable un eclipse ya ocurrido, aunque no se haya observado, si ese eclipse correspondió a la marcha de los astros, sujeta a leyes fijas.

Hay casos de otra naturaleza, en los que es preciso hacer inferencias, ya no para fijar los hechos, sino para señalar las causas de los mismos, especialmente cuando se trata de combinaciones de ideas que se muestran al exterior: tal es, por ejemplo, el caso de Aníbal, después de su triunfo en Cannas, y en el cual Xénopol descubre que el motivo que lo impulsó a no marchar sobre Roma fue la indecisión. Esa falta de energía, dice el autor, se apodera algunas veces de las naturalezas más audaces. En otros casos, la inferencia es más difícil, porque las suposiciones son varias, tal es, *v. gr.*, el de la inacción de Hidalgo después del triunfo en el Monte de las Cruces; pues unos la atribuyen a la falta de elementos de guerra; otros, al temor del cura a los desórdenes de los improvisados soldados; y algunos, a la previsión de una resistencia invencible en la guarnición de la capital.

Para encontrar la causa de un hecho histórico, se necesita penetrar a veces en las leyes psíquicas, y hacer aplicación de éstas. Veamos sobre este punto las muy instructivas enseñanzas de Xénopol:

Fustel de Coulanges encontró, por inferencia, la causa de por qué los merovingios suprimieron los impuestos, en la idea que los reyes de

aquella rama tenían de las contribuciones. Pero sugirióle esa inferencia al gran historiador la lectura de varios pasajes o escritos de la época, que censuraban a los reyes que despojaban al pueblo en provecho propio. No hay ninguna indicación que pruebe que los reyes no dieran por buenos esos reproches, y, para librarse de ellos, abolieran los impuestos. Pero la inferencia tiene tanta fuerza, en ese caso, que sustituye casi al testimonio directo, y así, el espíritu inventivo suplente muchas veces la falta de elementos.

No hay que decir que los razonamientos, con ayuda de los cuales se determina la conclusión en la inferencia, se basan también en ideas generales, en premisas universales, y que sólo el resultado último atiende el hecho individual. Así, por ejemplo, cuando se quiere determinar la cuna de los arios, por las palabras comunes recogidas en las distintas lenguas de los pueblos de dicha raza, el razonamiento utiliza también elementos generales, para determinar el juicio individual relativo a dicha cuna. Se halla, por ejemplo, la palabra *mar* en las diferentes lenguas. El razonamiento que se apoya en este hecho es el siguiente: para que la palabra sea común, es preciso que los arios hayan habitado cerca del mar, verdad que, a su vez, se basa en este otro principio más general: que no se pueden designar con una palabra común sino las nociones de que en común se adquiere conocimiento, pero esos elementos generales, sin los que es imposible todo razonamiento, no sirven en la inferencia más que para llegar a una conclusión que atañe a un hecho individual. Así, el razonamiento que ha de llevar a descubrir la cuna de los arios, parte de un dato individual: la presencia de la palabra *mar* en todos los idiomas arios. Por medio de una serie de premisas más o menos generales y hasta universales (para que una palabra se encuentre en varios pueblos, es preciso que la hayan inventado en común; para que la palabra *mar* se encuentre entre los arios, es preciso que, antes de separarse, habitaran en las orillas de ese elemento), se llega a la conclusión individual también; la cuna de los arios debe buscarse en las proximidades del mar; para precisar más esta región, hay que recurrir a otras palabras comunes, que indiquen, de manera cada vez más precisa, cuál de entre las regiones marítimas pudo ser asiento primitivo de dicha raza, y así se llega, por razonamientos que utilizan también ideas generales, a obtener una conclusión absolutamente individual: que la cuna de los arios fue la meseta del Pamir, la Escandinavia o las costas del Mar Negro.

En la transcripción que acabo de hacer hay una declaración que no debe olvidarse, para cuando examinemos la tesis del

autor en la que asevera que la sentencia de Aristóteles: *no hay ciencia de lo particular*, no tiene el alcance que ha querido dársele; Xénopol dice que los razonamientos de que ha hablado se hacen con ayuda de *las ideas generales*. Ya nos ocuparemos en este punto, para oponer este aserto al que habíamos dejado pendiente en otro comentario. Ahora, vamos a referirnos al capítulo en que el autor se propone revelar el carácter científico de la historia, para llegar así al concepto nuevo de ésta, que Xénopol ha traído al debate de los sabios.

### CAPÍTULO III

*(que debió ser el penúltimo, esto es, el XII)*  
*Carácter científico de la historia*

Éste es el más extenso de los capítulos de la obra, por razón del acopio que hace el autor de las opiniones de muchos pensadores acerca del carácter de la historia: pero voy a reducirlo, de modo que no resulte fatigoso.

Xénopol expone y refuta los asertos de los autores que han pretendido negar a la historia el carácter de científica, y hace ver 1º que lo que da a los conocimientos el carácter de científicos es la prueba, la cual existe en la historia, como en las demás ciencias; 2º que lo característico en los hechos históricos, es decir, en los de sucesión, es la influencia del tiempo, puesto que en las demás ciencias, el factor tiempo es secundario, en tanto que en historia cada hecho es distinto de los demás, precisamente, porque el tiempo ha contribuido a individualizarlo; 3º que, a la inversa de lo que piensan otros hombres de ciencia, los hechos más ciertos, en historia, son los más generales, del mismo modo que un panorama se aprecia mejor en el conjunto, que en cualquiera de sus detalles. Tenemos conocimiento más cierto y más claro de la guerra de independencia, que del saqueo del Parián.

A esos conceptos sencillos reduzco las largas consideraciones de Xénopol, en las primeras páginas del capítulo tercero, páginas interesantes, por las réplicas que opone a los que han pretendido desacreditar a la historia, o negarle el carácter de científica. Los que deseen conocer los pormenores, tienen a su disposición la obra.

El conocimiento de los hechos históricos es más difícil que el de los que corresponden a otras ciencias, porque, para ese conocimiento, no aprovechamos la visión directa, la intuición, que nos sirve, por ejemplo, en física, en química, en astronomía. Para conocer el hecho histórico hay que reconstituirlo, con la ayuda de los rastros que ha dejado:

Estos últimos solamente son percibidos de una manera intuitiva. Por ejemplo la presencia de conchas en la cima de las montañas; la de la huella, en las profundidades de la tierra; la disposición y la estratificación de las rocas, en geología; la huella de los distintos organismos, impresa en las rocas; los esqueletos de animales en estado fósil, en paleontología; la concordancia entre los organismos vivos, confirmada por los restos que han dejado en las capas terrestres; la serie en la aparición de los seres orgánicos, en la evolución de las formas vivas; los instrumentos primitivos, los kiokenmodingos, los restos de las habitaciones lacustres, respecto al hombre prehistórico; las instituciones de los pueblos salvajes de hoy; las trazas dejadas por las lenguas y, en general, por la vida de las sociedades primitivas, en nuestra civilización actual, para la parte inconsciente de la historia; finalmente, las inscripciones, los monumentos y los diferentes documentos escritos, respecto a la historia propiamente dicha, he aquí los últimos elementos que el espíritu puede percibir de una manera intuitiva y que deben servirle para reconstruir los hechos pasados. Estos últimos, a su vez, sólo pueden ser inferidos, es decir, determinados, por medio de una inducción individual. “Nuestro conocimiento intuitivo —dice Bain, con acierto— está limitado por el tiempo presente, y, por tanto, el conocimiento del pasado y del porvenir es necesariamente mediato.” Pero, porque un conocimiento no pueda ser obtenido sino de un modo determinado ¿hay que renunciar a poseerlo, y declarar que todo lo que no se conoce intuitivamente está fuera de las condiciones de la ciencia?

Esta transcripción podría envolver algún concepto modificador de los que, siguiendo a Xénopol, tengo expuestos: porque, como se habrá visto, se habla en ella de hechos que estudian las ciencias naturales, como la geología y la paleontología; pero adviértase que también en éstas puede haber hechos de sucesión, y que no están sujetos a leyes, puesto que son fenómenos que no se repiten ni se repetirán jamás, y que para ser conocidos, reclaman el examen de las huellas que han dejado sobre la tierra. De

paso, diré que no he podido hallar en los diccionarios la significación de la palabra *kiokenumodingo*; pero supongo que se refiere a las construcciones primitivas de los pueblos de civilización incipiente.

Hay, en el curso del capítulo III, un párrafo que necesito copiar, a fin de desvanecer un juicio del autor, con el que no estoy conforme; dice así Xénopol, después de haber hecho notar que en las que él llama ciencias teóricas, esto es, ciencias de los hechos de repetición, los cuadros generales son dados por las leyes:

Examinaremos más adelante la razón de que la historia y la sucesión en general no puedan formular leyes de producción de los fenómenos. Por el momento, nos contentaremos con observar que, si en historia no pueden exigirse estos marcos generales, deben ser sustituidos por otros equivalentes; porque, aun cuando no podemos admitir el principio de que no hay ciencia más que de lo general, *non est fluxuorum scientia*, puesto que hemos visto que hasta en la ciencia de la repetición el elemento individual desempeña papel importante, no podría ponerse en duda que, sin marcos generales, sin ideas abstractas, no puede haber ciencia.

No estoy conforme con que Xénopol pretenda eliminar el principio de Aristóteles, de que *no hay ciencia más que de lo general*; y no lo estoy: 1º porque la crítica histórica, base de la fijación de los hechos de sucesión, procede inductivamente cuando establece los principios de interpretación de las tradiciones, los monumentos y los escritos, y, procediendo inductivamente, contiene principios generales; 2º porque, para que la historia nos guíe a fin de decir cuál, entre las causas que se señalan para un hecho, es la verdadera, necesita también la inducción, y, por tanto, lo general; 3º porque en la historia, según nos lo enseña el mismo Xénopol, si no pueden predecirse los hechos futuros, sí se alcanza el conocimiento de las tendencias y de la marcha que seguirán los sucesos, lo cual implica ya un conocimiento, aunque vago, de lo general; 4º porque como el propio autor lo hace notar en el capítulo III, los hechos que mejor se conocen en historia son los más generales; y 5º porque para Xénopol, el carácter científico de la historia está en la prueba. Los conocimientos empíricos, dice, se distinguen de los científicos precisamente porque éstos tienen

prueba. Ahora bien: no es posible la prueba sin fundarse en principios generales.

Xénopol, sin reflexionar, dejó que se escapara de su pluma su intención de suprimir un principio que yo creo indestructible. Esa supresión no se compadece con las aseveraciones en el libro formuladas y que acabo de apuntar.

Creo que el profesor rumano (lo mismo que el ingeniero don Agustín Aragón, que ha defendido la tesis de que la historia es una ciencia) no tenía necesidad, para fundar esta tesis, de eliminar uno de los principios fundamentales de la filosofía, que me ha guiado en mis estudios de lógica. No tenía esa necesidad, repito, porque, si la historia descubre y enlaza verdades, y si aprovecha la inducción para formar las series, no carece del carácter científico.

Ya se ha visto que Xénopol, a pesar de que no admite el principio de Aristóteles, acaba por declarar que no podría ponerse en duda que, *sin marcos generales, sin ideas abstractas, no puede haber ciencia* (otra prueba más de que no tuvo razón para eliminar la sentencia del filósofo de Estagira). Partiendo de esa idea, y examinando la tendencia de algunos pensadores alemanes que han creído encontrar ese elemento generalizador de la ciencia en el valor de los hechos, por cuanto éstos son más o menos culturales, hace ver que, resulta que, en último análisis, es la moral la base de generalización de los hechos históricos. Pero este criterio, este punto de partida, no es, dice Xénopol, exclusivo de la historia: en todas las ciencias pueden hacerse aplicaciones de los principios de la moral: por tanto, no es el principio ético el que da carácter de generalidad a la historia. El procedimiento para escoger, entre los hechos los que han de servir para formar las teorías, no es exclusivo de la historia; es de todas las ciencias. He aquí cómo concluye sobre este punto el autor:

El valor, por tanto, en el sentido de *criterio*, para elegir entre los hechos que el espíritu considera importantes y los que no lo son no podría concebirse como noción moral y como elemento particular de la historia humana. No es más que una apreciación del interés que ha de despertar en nosotros todo contacto con la verdad, y se aplica a cualquier conocimiento científico.

No puede basarse la organización de una ciencia en una idea que muestra elasticidad al través de las edades. Los principios morales

varían según los tiempos y lugares, y no pueden servir para un sistema científico que ha de ser fijo e inquebrantable como la verdad. El bien, como lo bello, puede ser sometido al criterio de la verdad: porque el bien no es sino lo que nos parece verdadero, en la esfera moral, y lo bello, lo que creemos verdadero, en la de la estética. La verdad es la noción más comprensible que el espíritu humano puede formar, porque reproduce la conformidad con la realidad y con los postulados de la razón. La trinidad de lo verdadero, de lo bello y del bien semeja, en este respecto, a la trinidad cristiana, en la cual, aun cuando las tres divinidades sean de la misma naturaleza e iguales entre sí, no por eso dejan de estar dominadas por Dios Padre.

Como no todos los pueblos tienen, de lo que en los sucesos se llama valor, el mismo criterio para apreciar éste, resulta que la idea del valor no puede ser base para la historia. El valor cultural, de que hablan algunos autores, al referirse a los hechos históricos, no tiene más que una significación subjetiva, según el criterio del que aplica esta idea.

Todavía, con motivo del concepto del valor, entra Xénopol en otras consideraciones, de las cuales siempre viene a resultar que el valor no es el carácter distintivo de los hechos científicos. Hay, sin embargo, en este estudio del autor, tanta elocuencia, que no resisto al deseo de transcribir lo que dice, al insistir en que no se tome el valor como una base para la ciencia; he aquí los párrafos más luminosos del capítulo III.

Pero la noción del valor no es suficiente para constituir la base científica de la historia, por otro motivo más, que concierne a una cuestión capital de la teoría de esta disciplina.

Según la conciben los autores cuyas opiniones hemos referido, es decir, como valor cultural y moral, es evidente que no puede encontrar aplicación adecuada sino en la historia propiamente dicha, la que expone la evolución del espíritu humano.

Pero esta limitación del estudio de los principios lógicos de la historia sólo al desenvolvimiento del espíritu, no nos parece en modo alguno justificada; porque se trata de formular los principios absolutamente generales que dominan este desenvolvimiento y que no difieren en nada de los que rigen la evolución en general. No se podría discutir que la evolución de la humanidad es sólo la última etapa, ciertamente la más importante, de una evolución anterior, cuyo comienzo se pierde en el infinito de todos los orígenes. No cabría

tampoco dudar del desenvolvimiento orgánico e intelectual continuo de las razas humanas, hasta la aparición de la raza blanca, con la que la naturaleza puso fin a la evolución orgánica, y llevó el progreso a otro terreno, el del espíritu. No cabe poner en duda tampoco la evolución de las formas orgánicas, que las llevó de la materia primitiva hasta el ser humano, y si el hiato del antropopiteco no ha sido llenado aún, no es por eso menos verdad que debe haber una continuidad no interrumpida entre el hombre y las primeras manifestaciones de la vida. No cabe poner en duda, finalmente, la evolución de la Tierra, a partir de la nebulosa de que procedió, hasta que vino a ser el globo con las arrugas de las montañas, surcado por corrientes de agua, bañado por los mares, cubierto de bosques, de yerbas y de flores, en que se agita por todas partes superabundancia de vida que brama, muge, canta y arrulla, en el concierto inmenso de todo lo que se mueve. Y aun cuando la aparición de la vida, del seno de lo inorgánico, pasa por un precipicio tan hondo como el que separa al paso de la facultad de evolucionar, de la materia al espíritu, es indudable la continuidad de la evolución, porque es un postulado de la razón, antes de ser demostración efectiva. Nuestro espíritu debe admitirla, aunque respecto a determinados momentos de ella, hayamos de decir con Du Bois-Raymond: “*ignoramus* y quizá hasta *ignorabimus*”.

Pero, por otra parte, ningún hecho permite admitir la generación espontánea, y es cierto que los seres vivos provienen unos de otros. Además, los periodos geológicos se han sucedido de una manera continua, y no los han separado cataclismos universales, según creía Cuvier; finalmente, casi todas las especies que viven actualmente, no existían en otro tiempo. La suma de esas tres condiciones obliga, por tanto, a admitir, como dice Edmundo Perrier, que las formas vivas en la actualidad, por distintas que sean de las antiguas, provienen de ellas, por una serie continuada de generaciones. Herbert Spencer ha determinado que “toda evolución, sea en el gobierno, en la sociedad, en la industria, el comercio, el lenguaje, la literatura, el arte, la ciencia, en el fondo, es siempre la misma, yendo de lo simple a lo complejo, a través de la diferenciación sucesiva”.

Gastón Richard observa, a propósito del célebre fundador del evolucionismo, que “nunca se habría discutido acerca de la evolución universal, si los geólogos, al clasificar las rocas y analizar los terrenos, no hubieran buscado y conseguido trazar los orígenes y la formación de la corteza terrestre; si los embriólogos no hubieran seguido, paso tras paso, las transformaciones del huevo en hojitas blastodérmicas, y las de éstas, en aparatos orgánicos; si los paleontólogos no hubieran seguido de igual modo, día por día, la sucesión de las formas de la vida

orgánica y animal; si los paleógrafos [*sic*, paleoetnógrafos] no hubieran recogido los indicios que nos muestran las razas primitivas de la humanidad, creando poco a poco los elementos de una industria y de un arte; si los filólogos no hubieran descubierto una ley de transición de los temas indeterminados a las partes de la oración y las inflexiones verbales; si los historiadores no hubieran estudiado las antiguas formas de la disciplina social y sus relaciones con los grados de civilización”.

Pensamos, por tanto, que puede sostenerse, con razón, que el desenvolvimiento no ha comenzado con la humanidad; que el realizado por esta última es sólo el último anillo de una larga cadena anterior.

A continuación de esos párrafos, Xénopol muestra el anhelo de que se cree la lógica de los hechos sucesivos, distinta de la de Aristóteles y de la de Bacon. Yo creo que eso es mucho pedir; lo más que puede concederse es que, al aplicar los principios inductivos de la lógica de Bacon, perfeccionada por Stuart Mill, se tenga en cuenta lo que quiere el mismo Xénopol: la evolución entera del pueblo estudiado, o de la humanidad.

No creo pertinente detenerme en otras extensas réplicas del autor contra otros pensadores, acerca de la necesidad de que la historia abarque toda la cadena de la evolución, porque este tema nos aleja del objeto capital; el de decidir si la historia es o no es ciencia. Todavía, con motivo de la noción del valor, se detiene Xénopol en nuevas objeciones, enderezadas contra los que adoptan esa noción, y concluye así:

La noción del valor no puede servir para la constitución científica de la historia: 1° porque es extraña al dominio de la lógica, en virtud de su naturaleza moral; 2° porque no puede ser absoluta, y porque la ciencia no puede basarse en lo relativo; 3° porque, si le da la acepción de interés científico, pertenece a la esfera toda del conocimiento y no puede así constituir nota distintiva de la historia; 4° porque, si se la entiende como valor cultural, tendrá que aplicarse a todo el dominio de las ciencias del espíritu, a las de las leyes de este último (psicología), como a la historia; y 5° porque esa noción se induce solamente de la evolución del espíritu y no puede aplicarse a la evolución entera.

Hemos llegado al punto más importante del capítulo III, en que se trata del “Carácter científico de la historia, y de la serie”.

Manifiesta el autor su extrañeza de que, habiendo existido en historia las series, los autores no se hayan preocupado con ellas. Hace notar que la serie no sólo se encuentra en la historia, sino en otras ciencias en que se estudian también fenómenos de sucesión; en geología, en botánica, en zoología, lo mismo que en la época prehistórica de la humanidad, bien que esas series son fragmentarias e incompletas, como las que ofrece también la historia de las primeras civilizaciones.

Para las ciencias teóricas (con las que Xénopol ha formado un grupo, porque en ellas la verdad sólo se aprecia por medio de leyes), el conocimiento se adquiere por estas leyes; en la historia, sólo por medio de las series.

La diferencia entre la serie y la ley consiste en la relación de la primera con el tiempo, puesto que las leyes no toman en consideración este factor, tan valioso para formar las series en la historia. La ley no es más que la generalización del fenómeno observado, y en éste, el tiempo no tiene influencia; es sólo el marco, el vehículo en que se realiza, sin que influya en la realización.

Hay, además, otra cosa que distingue a la serie de la ley; en la serie existe un núcleo, un punto de partida, de donde arranca el encadenamiento de los hechos; en las leyes, no hay tal punto de partida.

Así, la serie de los terrenos primitivos se compone de la sucesión de los terrenos silúrico, devónico, carbonífero y pérmico, constituyendo a su vez cada uno de ellos series de depósitos sucesivos. La serie de transformación de los reptiles en aves se señala por las especies siguientes (al presente, desaparecidas), en cuyo organismo se acentúa el cambio, de manera cada vez más característica; los dinosaurios, reptiles que podían alzarse para caminar con las patas traseras; los ornitococlos, reptiles pequeños que avanzaban dando saltos; los comprognatas, que ya tenían cabeza de pájaro; el kadrosauro, que tenía verdadero pico; el pterodáctilo, en el que se marcan las primeras membranas de las alas; finalmente, el arqueoptérix, en el que, aun cuando persisten algunos caracteres del reptil, se ven ya aparecer las plumas. En el kesperornis se ven predominar los caracteres de las aves, aunque no se hayan borrado del todo los de los reptiles.

La serie de la época prehistórica de la edad de piedra pasa por las formaciones sucesivas de la época cheluna, musteriana, solutreana y magdaleana.

La evolución de las libertades inglesas tiene su origen en la conquista normanda, y se desarrolla a través de gran número de hechos y de peripecias, hasta la Constitución de 1688 que fija, de una manera definitiva, el triunfo del constitucionalismo. La afirmación de poder real en Francia comienza con Luis VI, y entrando en relación con los hechos más diversos, aumenta continuamente hasta que llega con Luis XVI al apogeo de su desarrollo, y hace triunfar por completo el poder absoluto. El renacimiento artístico nace en Italia con Nicolás Pisano, y penetrando cada vez más hondo en los espíritus, hace triunfar definitivamente el retorno de la pintura y de la escultura a las bellas formas de la antigüedad, mientras que, en Flandes, un movimiento análogo lleva a la imitación de las formas de la naturaleza.

Hay otra diferencia entre la serie y la ley; en ésta se rompe el molde de los hechos de que se ha inducido, no dejando subsistente más que el carácter común de esos hechos; la serie deja subsistir por entero los hechos que han servido para formarla. De aquí que, para comprender una ley, basta conocer su fórmula abstracta, en tanto que, para comprender una serie, precisa conocer todos los hechos que la han constituido.

Xénopol, insistiendo aún en que el tiempo es un elemento esencial para la formación de las series, refuta, con abundantes razones, a Munsterberg y a Rickert, que no parecen haberse penetrado del carácter verdadero del hecho histórico, esto es, del que sirve para formar la serie.

Aunque, en lo general, el procedimiento para conocer y apreciar los fenómenos es el mismo, ya se trate de la ley o de la serie, porque ésta y aquélla entran en el mismo molde de las ideas abstractas,

“la serie —dice el autor— no se refiere —es cierto— más que a una continuidad de fenómenos:

Así, la que da origen a la constitución inglesa sólo se compone de hechos que con ésta se relacionan; pero la ley se encuentra absolutamente en el mismo caso. No comprende tampoco más que una sola clase de fenómenos, que encarnan los fenómenos-tipo, generalizados; por ejemplo, la ley que dice que ciertos minerales cristalizan en forma cúbica no rige más que en lo que a dichos cuerpos se refiere; la que dice que el ángulo de reflexión es igual al de incidencia sólo rige en lo que al modo de caminar la luz se refiere. Por tanto, si la serie reproduce el desarrollo de una sucesión parcial, la ley reproduce



también el modo de manifestación de una repetición parcial. Y si las leyes parciales se fusionan en otras más generales, hasta los límites de la abstracción posible, las series menores se incorporan también en otras más comprensivas que desempeñan, respecto a las series componentes, el papel que las leyes más extensas desempeñan con relación a las más restringidas. Así, de un lado, tenemos la ley de ascensión de los globos, dominada por la de la caída de los cuerpos, y ésta última, por la de la gravitación; como, de otro, tenemos la serie de las guerras italianas, de Francia, componente de la serie de las afirmaciones del poder real, que es a su vez componente subordinada de la serie histórica de la civilización moderna.

Aparte de esa semejanza que presentan la serie y la ley, existe entre ambas otra: la ley pone en juego la generalización; la serie encadena los hechos diferentes, en el hilo de la causalidad, y de aquí que la historia, como antes se ha dicho, sea una verdadera ciencia. Mientras que los hechos sucesivos se expongan simplemente, a continuación unos de otros, como muchos historiadores han hecho, y hacen todavía hoy, sin preocuparse del lazo causal que los une en las series de la sucesión, podremos tener materiales, pero no ciencia histórica.

No debe pasarse inadvertida una circunstancia, que es ésta; en tanto que en las ciencias en que domina la repetición es la ley, más que la causa, la preocupación del investigador, en la historia, la causa es lo esencial; porque por medio de ella se forma la serie, y ésta es la que en historia hace las veces de la ley. Debe advertirse, sin embargo, que la ciencia de los hechos no prescinde de la averiguación de las causas; pero no es esta investigación el principal objeto de esas ciencias.

Repitémoslo, porque es punto de mucha importancia; sin la averiguación de las causas, no hay historia; referir, por ejemplo, que Madero proclamó el Plan de San Luis; que después vinieron los sucesos de Puebla, con la muerte de Aquiles Serdán, y los de Chihuahua y Pachuca; pasar en seguida a hablar de las estipulaciones de Ciudad Juárez, a la renuncia del general Díaz, a la entrada de Madero y a su exaltación al poder, no es hacer historia. Cada uno de esos hechos debe ir encadenado con la causa o causas productoras, y sólo así se hará alguna vez la verdadera historia de la Revolución de 1910.

Yo escribí en 1915, y publiqué en *El Demócrata* de México, unos 50 artículos, en los que procuraba no hacer precisamente la historia de la citada Revolución, sino señalar las causas que la origi-

naron. Mi estudio puede ayudar en ese punto de las causas a los que, siguiendo al autor, se consagran a la historia.

Lamprecht, según Xénopol, se ha ufano de haber sido quien introdujo en el campo de la historia el método genético, esto es, el que señala el nexo causal en los sucesos; pero tal sistema se ha usado desde la antigüedad, y lo han empleado los verdaderos historiógrafos.

El autor se detiene, aunque brevemente, explicando cómo en la historia se encierra un sistema de verdades *supra*, *sub* o *coordinadas*, puesto que hay series que se descomponen en otra, de detalles más particulares; otras que encierran series de menos importancia; y, por último, series paralelas que se encadenan. De eso resulta que, en historia, no faltan la subordinación y la coordinación, que, bajo otras relaciones, se encuentran en las demás ciencias.

Algunos autores han pretendido negar a la historia el carácter de ciencia, porque no formula leyes sobre los hechos. Acerca de esto, véase lo que, con razón, asienta Xénopol:

Pero se trata de una petición de principio; porque habría que empezar probando que la realidad sólo está compuesta de repeticiones, y que, por consiguiente, su reflejo en nuestro espíritu, que constituye la ciencia, no podría basarse más que en la idea de ley. Ahora bien, prueba tal es imposible de hacer, a menos que se quiera apartar de la esfera del conocimiento la evolución del universo, de nuestro globo, de los organismos, así como la historia humana, evolución que presenta, desde sus orígenes hasta nuestros días, el carácter constante de dar origen de continuo a formaciones nuevas que no se repiten jamás idénticamente en el curso del tiempo.

He aquí las conclusiones contenidas al fin del capítulo III:

- 1° que la historia es, sí, una ciencia;
- 2° que la noción del valor es enteramente extraña a ella, y que no hay ninguna necesidad de apoyarse en ella para constituirla;
- 3° que el verdadero elemento organizador de la ciencia histórica es la serie.

CAPÍTULO XII  
(*que debió ser el XIII y último*)  
*Concepción de la historia*

Cuando aprendí lo poco que sé de lógica supe que hay definiciones provisionales, las unas, y fundamentales, las otras; que las primeras son propias de los tratados de simples nociones; que las otras, las fundamentales, han de figurar al fin del estudio; y que, para formar esas definiciones fundamentales, es preciso comparar el objeto que va a definirse con los de su mismo género o especie, a fin de hacer resaltar, en la definición, lo que lo caracteriza.

Como la obra de Xénopol no es un tratado escolar, sino una serie de profundas y luminosas enseñanzas acerca de la naturaleza de la historia, lo conducente habría sido colocar en ella el punto de *la concepción de la historia* al fin, y no antes del capítulo que trata de cómo se procede para formar la historia; éste es el motivo por el que he invertido la colocación de los últimos capítulos. Entro, pues, a compendiar y comentar lo dicho por Xénopol acerca del concepto de la historia.

Dicha ciencia debe extenderse a todos los hechos del espíritu, para hacernos comprender el desenvolvimiento entero de los pueblos.

“Elemento principal de la historia”. Acerca de este punto, Xénopol dice substancialmente que, en la historia, debe ser tomado en consideración el elemento que haya favorecido directamente la elevación del hombre por cima de la animalidad; por eso, las relaciones de los pueblos (base que ha servido para cimentar el derecho internacional) y la organización de la autoridad pública son los mejores puntos de partida para desarrollar las enseñanzas de la historia.

Pocos autores, al escribir sobre el pasado de los pueblos, se han preocupado por esos dos puntos; pero los que los han tenido presentes han dado a sus obras una sólida consistencia. Recuerdo que don Julio Zárate, haciendo la historia de nuestra guerra de independencia, tuvo cuidado de hablar, en los trances oportunos, de la marcha del gobierno español y de la influencia de la Constitución de Cádiz en los sucesos de nuestra guerra. El histo-

riador Luis Adolfo Thiers, en la historia del consulado y del imperio, también explica, a veces con detalles minuciosos, la situación de las potencias europeas en relación con Francia. Ni uno ni otro, esto es, ni Zárate ni Thiers presentan en series encadenadas, como quiere Xénopol, los sucesos; pero sí han tomado en cuenta las relaciones de pueblo a pueblo, que son necesarias para comprender y enlazar los fenómenos de sucesión.

Por lo que toca al segundo punto, es decir, a la explicación de la organización de la autoridad pública, me cabe la satisfacción de que un oaxaqueño, el licenciado Ramón Rodríguez, haya preferido, para hacer la historia de México, el estudio de la marcha política de la nación, sin detenerse, como casi todos nuestros historiadores, a describir las batallas, ni a contar, como lo hace Pérez Verdía, sucesos más o menos curiosos, como el de la Monja Alférez, pero que no son del dominio de la historia; porque ni explican la evolución del pueblo ni sirven para la formación de las series. Don Ramón Rodríguez, que hizo nuestra historia política, en su tratado de derecho constitucional se adelantó, pues, a su época, y supo escribir la historia nuestra, sobre el plan de referencia al orden político, que hoy se propone para constituir la historia.

No todos los que se han dedicado a formar la historia proceden como lo exige el profesor rumano, y como lo han hecho don Julio Zárate, Thiers y Rodríguez, aprovechando, ya las relaciones de pueblo a pueblo, o bien el estudio de la organización política; pues unos se han preocupado por la religión; otros por las ciencias y las artes; los de más allá, por la guerra, no faltando los que, menos exclusivistas, hayan escrito acerca del desarrollo de la cultura, en general, pero sin fijarse, de preferencia, en la organización de la autoridad pública, como lo hizo mi ilustre conterráneo, el señor licenciado Rodríguez. Bossuet, por ejemplo, dio preferencia a la religión, y lo mismo hizo —aunque por motivos que ya dejo expuestos— mi otro conterráneo, el presbítero don José Antonio Gay, al escribir sobre historia de Oaxaca. Marx y otros escritores socialistas se han fijado en los hechos de orden económico; Buckle y Dráper, en los acontecimientos científicos, y algunos autores más, en el elemento de la cultura en general, en el desarrollo de las ideas, el cual se subordina a la evolución política. En cambio, Dietrich, Schafer y Ohtócar Lórenz opinan

como Xénopol, y lo mismo creen Elimar Klebs, Lamprecht, Seignobos e Hinze. Aparte de eso, hay que observar, dice el autor, que los mejores historiógrafos son aquellos que se han fijado, de preferencia, en la marcha que han seguido las administraciones públicas. Esto no quiere decir que se prescindiera de los otros aspectos de la evolución.

¿Cómo comprender —dice la obra que resumo y comento— la corrupción de la sociedad romana, hecho de civilización por excelencia, si no se toman en consideración las conquistas de los romanos, que consisten en una serie de hechos esencialmente políticos, es decir, de fuerza y de poderío? ¿Cómo comprender la transformación del espíritu árabe, hecho de civilización, sin la expansión del Califato, hecho político? ¿Cómo explicar el triunfo de la Reforma, hecho de civilización, sin la rivalidad de Francisco I y Carlos V, y sin los ataques repetidos de Solimán II contra el emperador germano? Y, por el contrario, ¿qué explicación puede darse de la expansión del poderío árabe, hecho esencialmente político, si se hace caso omiso del influjo de la religión de Mahoma, hecho de civilización, o bien, de la unidad política de Italia y de Alemania, si se olvidan las corrientes literarias y artísticas que cimentaron la unidad moral e intelectual de esos pueblos? ¿Cómo podría comprenderse la revolución de los griegos en 1821, si no se toma en cuenta la tradición de cultura que une al mundo griego moderno con el antiguo? ¿Habría tenido lugar jamás la unión de los principados rumanos, si los espíritus no hubieran estado preparados para ella por el poderoso influjo de la cultura francesa, y así sucesivamente?

Hay, sin embargo, algunos hechos de la cultura humana que no se derivan de la vida política, ni se relacionan con ésta; pero eso pasa porque, si todas nuestras resoluciones son resultado de las ideas, no todas las ideas dan origen a resoluciones.

Así, el descubrimiento del espectroscopio, de Fraunhöfer; o del planeta Neptuno, por Le Verrier; o la estética trascendental de Kant, no se resuelven en modo alguno en hechos políticos. Son, sin embargo, hechos de civilización de primer orden. Estos hechos, que no están en relación ninguna con la suerte de las masas, pueden también ser objeto de exposición histórica; pero esa historia revestirá carácter especial, y no será lo que entendemos por dicha palabra, en sentido recto, narración de los destinos de los pueblos o de la humanidad.

No es menos interesante el párrafo que en seguida se verá, y en el que se da fuerza a la tesis, muy valiosa para mí, de que, para comprender la evolución de un pueblo, hay que fijarse, de preferencia, en la organización de la autoridad pública.

Mientras que las otras ramas de la historia pueden limitarse al terreno de sus investigaciones especiales, se puede tratar la historia de las artes solamente desde el punto de vista de la estética; de las religiones, desde el dogma; la de las ciencias, con relación a los progresos realizados por los descubrimientos respectivos; la historia política debe comprender todos los hechos que se refieren a la vida entera de los pueblos de que se ocupa. No puede ser tratada desde el solo punto de vista político, dado que los hechos que la componen son el resultado de todos los demás, y exigen, para ser comprendidos, el estudio entero del desenvolvimiento humano.

Supongamos que se quiere hacer la historia de la decadencia de la república de Venecia, hecho político por excelencia, puesto que se refiere a una cuestión de poder. Para explicar esa decadencia, habrá que remontarse a los descubrimientos marítimos que señalan nuevo derrotero para las Indias, y acarrear un cambio en la dirección del comercio. Pero las cuestiones relativas a los descubrimientos marítimos no pueden comprenderse sin llegar a las ideas científicas de la época, por tanto, a la historia de las ciencias. Para comprender bien el influjo del cambio de la dirección del comercio, hay que examinar las cuestiones económicas de él dependientes. Para caracterizar y exponer los síntomas en que esa decadencia se manifiesta, precisa exponer la de las artes, que fueron una de las glorias de la república. Habremos, pues, de ocuparnos de la historia artística. La literatura ofrece también puntos de vista interesantes, y habrá que llegarse también a su desenvolvimiento.

La historia de la reforma de Lutero, que tuvo como consecuencia política la ruina de Alemania y la elevación de Francia, no puede comprenderse sin conocer el renacimiento artístico, literario y científico de los siglos xv y xvi. Pero el triunfo de la reforma fue también poderosamente ayudado por hechos de orden puramente económico, como la secularización de los bienes del clero.

Hay que tener presente que la historia de la marcha del Estado no puede exponerse de un modo completo y, por lo tanto, provechoso si no se toman en consideración las direcciones de las diversas actividades del espíritu humano, cuando éstas han

tenido influjo en la evolución. ¿Quién negará, por ejemplo, que es preciso conocer los escritos del Pensador Mexicano para comprender cómo se modificaron las ideas de las clases cultas de la Nueva España, durante los años en que se manifestaban ya las aspiraciones a la autonomía? La religión, las artes, las ciencias, las letras, el comercio y las industrias son actividades que cooperan a la evolución; por eso, el historiador no debe desatender el influjo que todas las actividades hayan ejercido en la marcha de las administraciones públicas.

Claro es que la historia política no está en la descripción de las batallas; en este punto, Thiers, tan acertado al explicar el enlace de los sucesos de Francia con los de las demás potencias, abusa de la paciencia del lector, haciendo en muchos casos la narración muy detallada de los combates napoleónicos. Tampoco está en las anécdotas referentes a los hombres de gobierno, sino en la exposición completa, metódica y encadenada sobre todo, por el nexo causal, de la evolución de los pueblos.

Hay todavía otro motivo para preferir en la historia la marcha de las administraciones públicas a la de las otras actividades del espíritu; y ese motivo nos lo explicará este párrafo del autor:

Es el indicado, el único medio de poner orden en el relato y de enlazar entre sí los hechos de una manera metódica y precisa, de fijar la fecha de los acontecimientos, y de hacer fácil su recuerdo. Sin esa base de la historia política, dividida en reinados, la historia flota a capricho de los vientos. No es ya un punto de mira. Los hechos generales pueden confundirse fácilmente, y en vez de seguir la sucesión real en que se han desarrollado los acontecimientos, se puede, en cualquier momento, cambiar los papeles y falsear, por consiguiente, la explicación causal sucesiva, la esencia misma de la historia.

“El materialismo histórico”. Es ésta una escuela que ha tenido no pocos prosélitos, y que aun hoy goza de algún prestigio. Consiste en la tendencia a explicar todo lo que sucede en los pueblos por el factor económico. El autor se extiende considerablemente sobre este punto, a fin de combatir ese criterio exclusivista, que desnaturaliza la historia. No puedo copiar como quisiera, por no cansar a mis oyentes o lectores, todo cuanto acerca de este punto expone Xénopol; pero creo que bastarán algunas transcripciones; he aquí uno de los párrafos más convincentes:

Los teorizadores del materialismo histórico, comprendiendo bien que la parte flaca de su doctrina está en la aplicación de los hechos, evitan en cuanto pueden la explicación materialista de los acontecimientos de la historia. Cuando por casualidad se atreven a ello, se ven obligados a hacer entrar a la fuerza los hechos en su teoría. Así, Gerard Krause explica la caída de Napoleón, “no por el hecho de haber perdido tal o cual batalla, sino porque su política toda contrariaba los intereses de la burguesía de su tiempo. La burguesía francesa, y no las batallas de Leipzig y de Waterloo, derribó al usurpador”. Si la burguesía hubiera derribado a Napoleón, habría tenido que hacerlo mediante una revolución en el país y no sabemos que estallara una en París, ni siquiera después de Waterloo, mientras los ejércitos que habían vencido al gran conquistador entraron por dos veces en la capital de Francia. El mismo autor atribuye el nacimiento de la literatura alemana “a la idealización de la necesidad económica de unificar Alemania, suprimiendo las aduanas y los obstáculos que los pequeños Estados en que estaba dividida habían ido poniendo, movimiento que representaba la burguesía”. ¿No es curioso que el materialismo histórico recurra a la idealización para aplicar sus principios? En nada contraría a Krause que el movimiento literario haya precedido a la unión aduanera, iniciada en 1818, cuando la literatura alemana estaba en pleno florecimiento. Para él, el movimiento literario es una simple anticipación, en forma bella, de la necesidad económica. Si la hubiera seguido habría sido una consecuencia de ella. Se comprende que todo puede explicarse de esa manera. Resta saber solamente si son comprensibles semejantes explicaciones. Labriola, por otra parte, trata una sola vez, en las 350 páginas de su libro, de la explicación de un hecho histórico, la Reforma. Pero la manera como lo hace prueba que hubiera sido preferible se atuviera a las simples abstracciones, a la teoría del materialismo histórico, sin tratar de ofrecer ejemplos. Su explicación de la Reforma como “una rebelión económica de la nacionalidad alemana (o más bien, del tercer estado, de la burguesía), contra la explotación de la corte pontificia”, se asemeja mucho a las explicaciones de los hechos históricos que da Krause. Si la explicación de Labriola fuera verdadera sería preciso que por doquiera que se extendió la Reforma (Francia, Países Bajos, Inglaterra, Dinamarca, Suecia y Noruega, entre los sajones y los húngaros de Transilvania) se hubiera dado la misma circunstancia, la rebelión del tercer estado, es decir, de la burguesía contra la explotación de la curia romana; porque sólo en esta forma podría atribuirse aquel movimiento religioso al factor económico. Ahora bien, no ocurre tal cosa, porque todos los países citados estaban más o menos sometidos

a la autoridad romana, y la Reforma se extendió en ellos solamente a causa de que la doctrina que encerraba se adaptaba mejor al espíritu de toda o de una parte de la población. Los Países Bajos, principalmente, no se rebelaron, como Alemania, para adoptar la nueva doctrina. Una parte de ellos, Holanda, la había aceptado sin ninguna lucha, y sólo la hubo cuando Felipe II quiso introducir en sus dominios el absolutismo administrativo y la intolerancia religiosa. Bélgica, aun cuando católica, se unió a Holanda, para defender sus derechos contra las usurpaciones de España; pero cuando Felipe II se vio obligado a reconocer la autonomía administrativa a las provincias sublevadas, Bélgica se sometió, mientras que Holanda siguió la lucha. El motivo económico, la opresión financiera, había desaparecido no obstante. ¿Por qué Holanda no depuso también las armas? Porque tenía que defender sus doctrinas, la nueva religión que la había llevado a sufrir, primero, las persecuciones más crueles; luego, la guerra más terrible, por no abandonar una creencia que tenía por verdadera, de la que esperaba la salvación. ¿Cómo es posible reducir, en último término, la resistencia de Holanda contra el rey de España, al abstracto económico? Es lo que ni Labriola ni los demás partidarios del materialismo histórico han demostrado ni demostrarán probablemente nunca. Lo mismo ocurre con la propagación de la Reforma en Francia, donde una parte solamente de la burguesía la adoptó, viéndose obligada a matarse con la otra, que la rechazaba. ¿Qué motivo económico dividió en dos a la burguesía francesa respecto a la Reforma? ¿Y la matanza de la noche de San Bartolomé se explica, en último término, por motivos de orden económico, o es más bien resultado de la pasión religiosa? Lo mismo podría decirse de la revocación del Edicto de Nantes. ¿Aquella medida, tan desastrosa para el bienestar de Francia, se inspiró en un interés económico, o en escrúpulos religiosos? A todas esas preguntas y a tantas otras sobre la Reforma, la escuela materialista habría debido dar respuestas claras y precisas.

Líneas adelante dice Xénopol también:

Pero volvamos a los hechos. Los protestantes franceses, que a consecuencia de la revocación del Edicto de Nantes se vieron obligados a abandonar posesión, bienes y patria, para poder conservar la fe religiosa, ¿obedecieron también a un impulso de orden económico? La emancipación de los esclavos, en los diferentes países europeos, la guerra de Secesión en los Estados Unidos, la historia de los judíos, en la Edad Media, todos esos hechos ¿se explican con la ayuda de la producción y del cambio de riquezas? No era un interés material el que

impulsaba a los judíos a negarse obstinadamente a cambiar de religión y les exponía a sufrir las más crueles persecuciones por no abandonar las creencias de sus antepasados, creencias que eran, no obstante, causa de todos sus males. “Cuando los ingleses —nos dice Green— se rebelaron contra Carlos, había algo que les era más caro que la libertad de palabra, la seguridad de los bienes y hasta la libertad personal, y era, para usar el lenguaje de la época, el Evangelio”. En todos estos casos, y en infinidad de otros, en contra del principio establecido por Marx y que Labriola considera indiscutible, era la conciencia de los hombres (su religión) la que determinaba las condiciones de su existencia, y en modo alguno la existencia material la que determinaba su conciencia. El progreso del derecho romano no se debió a causas de orden económico. La riqueza y el bienestar del pueblo romano iban disminuyendo constantemente, mientras que se profundizaba cada vez más la idea del derecho, del *summum quique*. Los descubrimientos científicos ni tienen todos carácter utilitario, y no todos fueron inspirados por el deseo de explotar mejor las fuerzas naturales, sino también por el de descubrir la verdad, por sí misma, y ciertamente Galileo no proporcionó su *e pur si muove* en nombre del utilitarismo.

Entrando el autor al origen del materialismo histórico, hace notar que la escuela socialista es la que ha tenido verdadero empeño en hacerlo triunfar; porque, extendido ese concepto, las conclusiones a que se llegue serán una victoria para los que persiguen los ideales igualitarios. Pero no están exentos esos pensadores de una réplica que se funda en los hechos.

No se ve —dice Xénopol— la lucha de clases en la evolución de la pintura italiana, ni en la de la música alemana, ni en la de la filosofía positiva, ni en la de la física, la química o la de cualquiera otra ciencia. La historia no es solamente la narración del desenvolvimiento respecto de la lucha de clases; narra también *la lucha del hombre contra la naturaleza*, lucha que tiende a darle cada vez más libertad, a elevarlo por [en]cima de la animalidad de que procede.

Por otra parte, los mismos inventores de esa teoría, que quieren explicar, en último término, el curso entero de la historia mediante la manera de producirse y ser distribuidas las riquezas, se apercibieron de que no era suficiente para sus fines, ni siquiera en lo que respecta a los orígenes de la sociedad. No dejaron de observar los socialistas que, aparte de la necesidad de vivir como individuo, el hombre siente tan imperiosamente la de procrear, la de perpetuar la especie. Pero

esa necesidad, igualmente elemental, tan apremiante, no puede caber dentro de la de proporcionarse los medios de subsistencia. Engels ha dado muy pronto con la fórmula que resuelve la dificultad. Dice que “según la concepción materialista, el elemento determinante, en último término, es la producción y la reproducción de la vida, la cual es de dos clases: de un lado la producción de los medios de subsistencia, materias alimenticias, vestidos, alojamiento; de otro, la producción de los hombres mismos, la perpetuación de la especie”. ¡Pero la producción de hijos, dando lugar a bocas que compiten, disminuye los medios de vida! Engels, para salir de la dificultad, sustituye la palabra *vida* a la expresión *medios de vida*, procedimiento digno de los sofistas.

En vano es atenerse sólo a los fenómenos económicos para formar la historia porque las necesidades del hombre, que lo impulsan a obrar, son de muy diversa índole: tiene la de la conservación individual (económica), la de la conservación de la especie (procreación), la de conocer la verdad (tendencia científica), la de penetrar el misterio del universo (tendencia metafísica, religión), la de admirar las bellezas (estética), la de repartir las conquistas logradas sobre la naturaleza, conforme a otro principio que el del más fuerte (moral, justicia); y estas tendencias no se derivan las unas de las otras, aunque sí hay influjo recíproco entre todas. Si la forma económica influye sobre otras, también es verdad que es a su vez influida por éstas: por la ciencia, por la moral, por el derecho, etcétera.

La humanidad, sigue diciendo Xénopol, tiene otros intereses que defender que los del estómago, y afirmar lo contrario es asimilar el hombre con el bruto, reducir la vida humana a la lucha por la existencia, que se libra entre las formas inferiores de las especies.

“Exposición del pasado”. En esta sección del capítulo XII, el autor resume así lo que debe hacer la historia, y es esto: 1º esforzarse en reproducir los hechos, todo lo exactamente posible, y en darnos a conocer lo que existió (para esto, es indispensable que haya crítica histórica, la que, por las inducciones de la experiencia, nos enseña a distinguir lo verdadero de lo falso, en las narraciones); 2º explicar los hechos, exponiendo su encadenamiento causal, y 3º señalar, merced a ese encadenamiento causal, las series históricas, y, mediante éstas, encerrar en líneas generales la evolución.

Respecto del primer punto, el autor hace notar que en nuestros tiempos ha avanzado en gran manera la crítica histórica; que hay algo sobrante en las narraciones, y que ha faltado la formación de las series pero que se ha progresado notablemente en la investigación de la verdad, en historia. En efecto, agrego yo: en México, tenemos a un profundo y sagaz investigador, don Fernando Iglesias Calderón, quien siempre escribe probando lo que afirma o niega. De deplorarse es que, a pesar de que sus escritos, y especialmente los que se refieren a la entrega de Querétaro por Maximiliano, no se hayan consultado, escritos que se han extendido por el extranjero y han tenido la aceptación de Emilio Olivier, historiador francés; lo que hay que deplorar, repito, es que la *Historia universal*, de Guillermo Oncken, y la *Historia de las naciones*, de Baladere, todavía pretendan sostener, aunque no con toda la entereza que da la posesión de la verdad, que Maximiliano fue traicionado, y que no fue él quien mandó secretamente que fuese entregada la plaza de Querétaro al general Escobedo. Nosotros tenemos, pues, mucho adelantado para la verdad de nuestra historia, a lo menos en los puntos que ha tratado el ilustre hijo de don José María Iglesias.

Por lo que toca al segundo punto, la historia actual no puede ufanarse mucho de haber avanzado: porque hay no pocos puntos en que no se han precisado las causas de los hechos. Uno de esos puntos, interesante por cierto, es éste: ¿Por qué Enrique IV de Alemania, que primero se sometió y hasta se dejó humillar por el papa Gregorio VII, pudo después perseguir a éste y hasta obligarlo a huir? Entre nosotros también hay sucesos cuya causa no ha sido precisada. Tal es, por ejemplo, la del no avance de Hidalgo sobre México, después de su triunfo en el Monte de las Cruces. Tampoco está aún bien aclarada la verdadera causa de la renuncia al poder del general Porfirio Díaz, en 25 de mayo de 1911; pues unos la atribuyen al impulso generoso de que no se derramara más sangre; otros a las influencias norteamericanas; no falta quien la impute al miedo, ante los gritos de furor (que yo presencié, por cierto) en la plaza de México; y hasta ha habido quien la explique por la neuralgia que atacó al dictador en la cara, en aquellos días. Lo cierto es que aún no se ha dicho la última palabra sobre este asunto, y que habrá de aclararse cuando —como lo espero— se impongan en las clases cultas

las innovaciones que Xénopol propone para constituir la historia.

“Toma en consideración de las series históricas”. Es en esta última sección del capítulo XII que el autor se presenta como audaz innovador, y por eso necesitamos penetrar en su pensamiento.

La formación de las series no ha preocupado a los historiadores, pues los que se han interesado por hacer consideraciones generales, en vez de escoger los hechos y encadenarlos, han penetrado al campo de la sociología estática, el único, tratándose de los hechos humanos, en que pueden encontrarse leyes.

Las que se han llamado leyes históricas no constituyen más que uno de los elementos de los hechos históricos y que, actuando en condiciones siempre nuevas, dan, por combinaciones complicadas, origen a las series, siempre diferentes, según los tiempos y lugares. Las series sucesivas y aun las que son paralelas, constituyen la trama de la historia. Ningún historiador debe olvidar que todo hecho sucesivo forma parte de una cadena, y que jamás ha de exponerse un hecho histórico, fuera del marco de la serie a que pertenece, aunque se trate de un hecho aislado, como, *v. gr.*, la monografía acerca del motín de los polkos, o la muerte de Arturo Arroyo.

La verdad es que, para proceder como lo indica Xénopol, se hace necesario, en este procedimiento nuevo, un *modus faciendi*, esto es, ver cómo se escogen los hechos, cómo se enlazan después, y qué raciocinios van empleándose para fijar las causas que encadenan en series los sucesos; pero como eso no es realizable, se haría preciso, por lo menos, que el autor nos descubriera, tomando un punto histórico, cómo procedería para tratarlo. Tal vez lo mejor sea que se anoten en cédulas los sucesos que se han escogido como importantes y que ya están comprobados; después, convendría agruparlos según sus relaciones causales, y formar con las cédulas departamentos que después, ya convertidos en relatos, se conviertan en series.

El trabajo, como nuevo, ofrece dificultades, pero creo que hay que vencerlas: 1º porque así se logra realizar el verdadero fin científico de la historia; 2º porque con ese empeño se descartan hechos que no son realmente históricos, como no lo son las notas sobre inundaciones, epidemias y nacimientos de monstruos, de que habla Tácito, al ocuparse en las guerras; o los detalles sobre

la vida de las dos reinas francas: Brunequilda y Fredegunda, en las cuales se entretienen, copiándose unos a otros, no pocos historiadores, sin reflexionar que los detalles de esas vidas no tienen importancia para la historia.

La verdad es que, no sólo la historia de México sino la de todos los pueblos europeos, tal vez con excepción de la de Rumania, escrita por el mismo Xénopol, están por hacerse, si se han de aceptar como norma las enseñanzas que aquí he comentado.

El autor hace notar que en lo que hasta el día se ha escrito sobre la historia, hay mucho aprovechable; pero sin que se hayan formado las series, indispensables para que la historia forme un cuerpo científico, homogéneo.

También se hace preciso, si no formar una lógica especial de los hechos de sucesión, por lo menos comprender en los tratados de esta materia un capítulo especial en que se establezcan los cánones de la inducción, también especial, que se han menester para fijar las causas de los hechos históricos, y para la ordenación de las series.

Yo, en vista de las luminosas revelaciones de Xénopol, me propongo dos cosas: 1ª escribir una historia de México, bajo el plan que propone el sabio profesor rumano; pero eso lo haré cuando vea cómo procedió él mismo al escribir la historia de Rumania; 2ª ampliar un tratado de lógica elemental, de la que se han hecho ya dos ediciones, aumentándole el capítulo de la inducción especial que debe adoptarse para investigar las causas de los hechos de sucesión. Por ahora, doy por concluidas mis exposiciones compendiadas de la teoría de la historia y mis comentarios, y formularé además las conclusiones a que aquéllas y éstos me conducen.

#### CONCLUSIONES

*Primera.* La obra *Teoría de la historia* revela una profunda erudición y un espíritu innovador, audaz y experto, para lograr que la historia se constituya como verdadera ciencia, distinta de las simples narraciones y de la sociología estática.

*Segunda.* Esa obra trae como innovaciones aceptables y hasta dignas de aplauso para la formación de la historia: a) La distinción entre los fenómenos de repetición y los de sucesión, lo mis-

mo que entre las leyes naturales y las series. Es aceptable esa distinción, porque el factor tiempo caracteriza y distingue muy bien los fenómenos de la sucesión, entendida esta palabra, no como antes se tomaba, a la manera de simple secuencia, sino como la verificación de fenómenos que naturalmente se enlazan en el tiempo. *b)* Un concepto nuevo de la causa, que no habían expuesto hasta hoy los filósofos; el de que es la energía o la fuerza, la cual obra dentro de determinadas condiciones que pueden variar, y, por tanto, dar origen a efectos distintos. *c)* La necesidad de enlazar los hechos históricos, bajo la relación de causa a efecto, para formar las series explicativas de la evolución. *ch)* La preferencia que siempre debe darse, en la formación de la historia, al aspecto político de los sucesos, puesto que, bajo este aspecto se comprenden los otros, el económico, el religioso, el científico, el literario y el artístico, y *d)* el concepto nuevo de la historia, que puede entenderse según esta definición que encierra las enseñanzas del autor: *la historia es la ciencia que, investigando y comprobando los hechos de sucesión en los pueblos, formula las series que explican la evolución, ya se trate de los Estados, de la humanidad, o de alguna actividad del espíritu.*

Éstas son las conclusiones, inferidas del texto de la obra, con las cuales estoy conforme. He aquí las que se desprenden de mi estudio, en los puntos en que me separo del sentir de Xénopol.

*Tercera.* Los pueblos sudamericanos no son de raza inferior, aun en el supuesto de que en ellos predomine el elemento étnico americano, es decir, el de la raza cobriza.

*Cuarta.* No deben excluirse de la historia los juicios sobre la conducta de los personajes; pero esos juicios han de ajustarse estrictamente a lo que esté probado. Cuando, por la influencia del medio, no pueda guardarse el mérito ni el demérito de los personajes, el historiador debe anotar todo lo que pueda servir al lector para que éste decida según sus juicios.

Como advertirán los que conozcan estos mis comentarios, en las conclusiones que acabo de formular no he incluido algunas de mis divergencias respecto de las aseveraciones de Xénopol; pero ello se debe a que no son puntos de importancia en relación con el pensamiento que me ha guiado, y que es el de interesar a los amantes de la historia, para que la escriban sobre las nuevas bases que propone el profesor rumano, en el supuesto de que



se acepten las tesis fundamentales que contiene la teoría de la historia.

Doy por terminada mi labor, esperando oír o leer las observaciones de los entendidos en la materia, si es que me dispensan la honra de juzgar lo que he hecho.

Tacubaya, D. F., marzo de 1926



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS